

En estas páginas ofrecemos al lector dos cosas: primero, una traducción al español del libro de Ferdinand Tönnies publicado en New York en 1915: *Warlike England as seen by Herself*. En segundo lugar, un comentario sociológico al mismo.¹

¹ Este archivo, junto con algunos otros, fue depositado en primer lugar, el 13 de marzo de 2026, en el repositorio Minerva de mi universidad, de Santiago de Compostela: <https://minerva.usc.gal/home>

***INGLATERRA, LA BELICOSA, SEGÚN
ELLA MISMA***

FERDINAND TÖNNIES

G. W. DILLINGHAM COMPANY, PUBLISHERS, NEW YORK, 1915

NOTA DEL TRADUCTOR

En el año 1915, en plena Primera Guerra Mundial, el ilustre autor clásico de la Sociología alemana Ferdinand Tönnies publicó en Berlín -por iniciativa suya, pero con la ayuda del Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores- un libro titulado *Englische Weltpolitik in Englischer Beleuchtung*.

Ese escrito fue traducido y publicado ese mismo año en inglés, holandés y danés. La traducción norteamericana al inglés fue editada en New York por G. W. Dillingham Company, bajo el título *Warlike England as seen by Herself*.

Aunque el nombre del traductor no figura en el texto facsímil de la edición norteamericana que tengo en mis manos, no se tiene noticia de que Tönnies desautorizara en ningún momento esa edición de 1915.

Me he sentido urgido a traducir este texto de Tönnies al español (aún con la seria limitación que supone no hacerlo desde el original alemán, sino desde su versión en inglés), porque creo que argumenta -de una manera por completo diáfana e intensa-, un punto de vista útil para analizar la actual tesitura bélica que está sufriendo nuevamente Europa. Un punto de vista el de Tönnies que -más allá del juicio que le merezca a cada cual- creo que debe hacerse presente en esta hora en el debate *moral* occidental... y sobre todo, todavía más cara al futuro.

CARLOS ALLONES PÉREZ (2023)
(Universidad de Santiago de Compostela)

P. S.- He respetado en mi traducción española las cursivas que aparecen en el texto norteamericano.

***INGLATERRA, LA BELICOSA,
SEGÚN ELLA MISMA***

POR
FERDINAND TÖNNIES

Profesor de la Universidad de Kiel; del consejo editorial del American Journal of Sociology; Presidente de la Sociedad alemana de Sociología

“La sola hipocresía por sí misma, por mucho que sea difundida con toda seriedad en las declaraciones oficiales, no ocultará por más tiempo a la opinión pública educada estos actos de bandolerismo internacional.”

W. MORGAN SHUSTER, ex-Tesorero General de Persia, *The Strangling of Persia*, (1912), p. 222.

“Sea el gobierno liberal o conservador, la misma cosa pasa siempre -guerra, con todos sus horrores y miserias y crímenes y coste. Oradores y escritores están en su mayoría a favor de la guerra, y la multitud que aprueba o consiente la maldad en las altas esferas.”

(John Bright a un amigo, 1885. Cfr. “Life of John Bright”, p. 437)

“La nación inglesa (...) es la más valiosa aglomeración de seres humanos considerados en su relación recíproca, entre ellos. Pero como estado, en sus relaciones con los otros estados, es el más pernicioso, el más violento, el más ávido de poder, y el más belicista de todos.”

Enmanuel Kant

ÍNDICE

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

PARTE PRIMERA

LA POLÍTICA MUNDIAL INGLESA HASTA LA
CAÍDA DE NAPOLEÓN

SECCIÓN PRIMERA: GUERRAS EN CONTRA DE ESPAÑA,
EN CONTRA DE HOLANDA, Y EN CONTRA DE FRANCIA,
DESDE EL SIGLO XVI AL SIGLO XVIII

CAPÍTULOS

- I. La expansión de Inglaterra. Elizabeth, Cromwell, la Restauración. Bucaneros.
- II. Comercio y guerra. Los motivos éticos
- III. Las glorias de Pitt, el Mayor. Triunfo sobre Francia.

- IV. La pérdida de las colonias norteamericanas
- V. El comercio de esclavos como el pilar del imperio
- VI. La conquista de la India

SECCIÓN SEGUNDA: GUERRA EN CONTRA DE LA REPÚBLICA FRANCESA Y EN CONTRA DE NAPOLEÓN

- VII. Ataque contra la república francesa. El equilibrio de poder europeo
- VIII. La expedición pirata en contra de Dinamarca

PARTE SEGUNDA

LA POLÍTICA MUNDIAL INGLESA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

SECCIÓN TERCERA: QUERELLAS EN TRES PARTES DE LA TIERRA

- IX. Afganistán
- X. La guerra del Opio
- XI. La guerra de Crimea
- XII. Las Islas Jónicas
- XIII. Jamaica

XIV. La guerra de los propietarios de esclavos en América

XV. El motín hindú

SECCIÓN CUARTA: EL IMPERIALISMO MÁS RECIENTE

XVI. Egipto

XVII. La Guerra de los Boers

XVIII. Persia

XIX. La Guerra Mundial de 1914

CONCLUSIÓN

PREFACIO

Este libro ha sido escrito por la causa de la verdad. El testimonio de los autores ingleses más respetados no puede ser rebatido. Ese testimonio arroja la mayor claridad sobre la actual crisis europea.

Este libro no ha sido escrito para excitar el odio nacional. El autor distingue nítidamente entre la gente inglesa y la política mundial inglesa. Incluso los líderes de esa política tienen en su mayor parte tan sólo un conocimiento incompleto de las fuerzas determinantes que están detrás de ella.

El pueblo inglés está compuesto de elementos que difieren mucho entre ellos. Junto al auténtico inglés, están los escoceses, los galeses, los irlandeses y las numerosas mezclas de tales razas; a su vez, estos han de ser considerados descendientes de alemanes, flamencos, franceses, escandinavos y otros. Y todavía más, los caracteres y hábitos de pensamiento varían grandemente con las distintas ocupaciones, profesiones y posiciones sociales. Es decir, que son numerosos y complejos.

Sin embargo, en Inglaterra las clases altas son admiradas e imitadas por las clases bajas más que en cualquier otro país.

El verdadero poder gobernante en Gran Bretaña y en Irlanda ha estado durante siglos en manos de la “clase terrateniente”, tal y como se la ha llamado en tiempo modernos. Esta “clase terrateniente” consiente a los comerciantes adinerados prosperar a su lado, e incluso los incorpora a sus filas -un procedimiento que no es sinónimo del “nombramiento como par del reino”, mucho más frecuente. La relación se basa en el acuerdo tácito de que el destino de Inglaterra es gobernar y explotar la tierra para el enriquecimiento de esas clases.

En los últimos 50 años el pueblo llano, especialmente la clase trabajadora, a través de la prensa y a través de su representación parlamentaria, ganó una influencia creciente sobre sus señores, pero tan sólo en asuntos de política *doméstica*. La política exterior ha permanecido bajo el dominio de la oligarquía. El pueblo tiene tan sólo el derecho y la oportunidad de sentarse como espectador para aplaudir -y para silbar cuando la obra termina.

Y siempre, y una y otra vez, el pueblo de Gran Bretaña se permite a sí mismo escuchar -y ser movido a aplaudir- la declaración de que los motivos éticos gobiernan la conducta inglesa en la política mundial y las instigaciones a las guerras de la que esta política es responsable.

Veamos si esa política es coherente con esos motivos éticos.

INTRODUCCIÓN

¿Por qué Inglaterra declaró la guerra al Imperio Alemán?

El Rey y sus ministros, escritores de toda clase, en periódicos, revistas y libros, han replicado a la pregunta con resonante respuesta: Por razones éticas. “Luchamos contra Prusia por la más noble causa por la que los hombres pueden luchar. Esa causa es la ley pública en Europa, como un seguro refugio y escudo para todas las naciones, grandes y pequeñas, y especialmente pequeñas. A la doctrina de la omnipotencia del estado -a la doctrina de que los medios están justificados cuando son, o parecen, necesarios para su preservación, nosotros oponemos la doctrina de una sociedad europea, o al menos, de un comité europeo de naciones, dentro del cual permanezcan todos los estados; nosotros oponemos la doctrina de una ley pública para Europa, por la que todos los Estados estén obligados a respetar los acuerdos que han hecho. Nosotros no toleraremos y no podemos tolerar la visión de las naciones ‘en el estado y la posición de los gladiadores’ en sus relaciones entre ellas; apoyamos la prevalencia de la ley... Somos un pueblo en cuya sangre la causa de la ley es el elemento vital.”²

Así hablan los seis miembros de la facultad de historia moderna de Oxford, hombres que tienen derecho a esperar que su voz va a ser escuchada. Ellos son portavoces de una opinión pública que está muy difundida en Gran Bretaña. Podría preguntarse si en Irlanda está muy extendida. ¿Cree Irlanda, también, que la causa de la ley es el elemento vital en la sangre del inglés? ¿Qué Inglaterra asume con sensibilidad, con la valentía que da la nobleza, la protección de las pequeñas naciones? ¿Qué combate por ellas en contra del militarismo por la causa de la justicia?

“Inglaterra se empleó a fondo para aniquilar el comercio irlandés y para arruinar la agricultura irlandesa. Leyes dictadas cuidadosamente por los terratenientes ingleses prohibieron la exportación de las ovejas o las vacas irlandesas a los puertos ingleses. La exportación de lana fue prohibida, para que no pudiera interferir con los beneficios de los criadores de lana

² “Why We Are at War; Great Britain’s Case.” By members of the Oxford faculty of modern history, pp. 115, 116

ingleses. De este modo, la pobreza fue añadida a la maldición del mal gobierno, y la pobreza aumentó con el rápido crecimiento de la población nativa, hasta que el hambre convirtió al país en un infierno.”

“Los asesinatos y los motines que brotaban de vez en cuando por la miseria general y el descontento fueron brutalmente reprimidos por la clase gobernante.” ...

“Los terratenientes protestantes unidos en ‘Sociedades Orange’, oprimían al país de cuando en cuando con baños de sangre y el más completo terror ... De hecho, Irlanda fue empujada a la rebelión por la crueldad sin ley del rico labrador Orange y de las tropas inglesas.”

Las referencias son del período anterior a la Unión (1800). ¿Acaso estas citas han sido extraídas de un manual de agitadores irlandeses? No, son las frases utilizadas por un historiador inglés de generalizado prestigio, T. R. Green, M.A., que ejerció como examinador en la escuela de historia moderna de Oxford.³

“Para un irlandés no constituye ningún delito moral denegar autoridad moral al Acta de Unión. En mi opinión, un inglés tiene bastantes más motivos para sonrojarse dados los medios con los que dicha acta fue conseguida.” Estas son las palabras de aquel “glorioso prócer”, William Ewart Gladstone, ante un comité del Parlamento en 1890. La referencia era al hecho de que la Unión había sido alcanzada tan sólo gracias a un monstruoso soborno.

¿Y qué fue de Irlanda una vez consumada la Unión? ¿Irlanda en los siglos XIX y XX? La historia de su pueblo habla por sí sola. Irlanda contaba en 1841 alrededor de 8.200.000 habitantes, o sea, alrededor de 97 habitantes/Km², una población no excesiva para la fértil isla verde, más o menos la misma densidad que tiene hoy Austria. En el año 1911, sin embargo, 70 años más tarde, la población de Irlanda se había reducido casi a la mitad, en torno a los 4.400.000 habitantes. En estos 70 años la población de cualquier otro país europeo aumentó regularmente hasta duplicarse, o más que duplicarse. En Irlanda se redujo a la mitad. La densidad de población cayó de 97 a 52 habitantes/km².

³ “A short History of the English People.” London, 1875, pp. 786-788. De este libro han circulado en Inglaterra más de 500.000 copias.

¿Actuará Inglaterra con su “Unión de Naciones” sobre las otras naciones europeas como ha actuado con su vecina Irlanda después de su unión con ella?

¿Qué piensan las otras naciones de las bondades de esta “Sociedad Europea” que estaría encabezada por Inglaterra como representante de la justicia?

“Justicia para Irlanda”, fue la patética petición de Gladstone. Fue necesaria una lucha de 30 años de duración para lograr una mayoría suficiente que apoyase una ley destinada a devolver a la nación irlandesa el derecho a gobernarse por sí misma. La ley fue finalmente aprobada -y el Rey de Gran Bretaña e Irlanda tuvo que declarar (en junio de 1914) que el país se encontraba al borde de una guerra civil. El gobierno fue emplazado a estar alerta y observar cómo sistemáticamente se estaba preparando una rebelión, cómo la indignación contra una ley imperial estaba siendo fomentada, conducida y llevada adelante, cómo recibía la aprobación y el apoyo de un partido cuya fuerza electoral en Gran Bretaña es casi igual a la del partido en el poder ...

“Nosotros apoyamos la prevalencia de la ley”, dicen los profesores, quienes presumiblemente pertenecen a ese partido. ¿Y qué significaba toda esa indignación? Su significado era y es impedir que Irlanda obtenga sus derechos, que tiene que continuar sufriendo todavía bajo la servidumbre que la ha aplastado y sofocado durante siglos.

Que el argumento moral -pues así podemos calificar la publicitación de un fundamento legal y ético como base de la política mundial inglesa- vaya a ser convincente para las mentes irlandesas puede muy bien ser puesto en duda. Allí donde la gente no ha llegado a conocer esa política de una manera tan directa, o donde haya olvidado sus impresiones, ese argumento todavía encontrará aceptación. Encuentra aceptación porque es bueno, y cuando los hombres no están irritados o amargados se hallan más dispuestos a creer que los motivos de los demás son más bien buenos que malos, en la misma medida en la que ellos se adjudican a sí mismos buenos motivos, antes que malos.

Por esta razón el argumento moral está ideado especialmente para las inteligencias femeninas y encuentra entre ellas más fácilmente una respuesta acorde, en parte porque las mujeres simpatizan alegremente y con entusiasmo ante los motivos nobles, y en parte porque incluso las mujeres educadas raramente poseen un conocimiento exacto de las circunstancias diplomáticas y todavía menos un conocimiento profundo de la historia.

Pero ambas ramas del conocimiento son necesarias para llegar a elaborar un juicio acertado sobre el argumento moral.

El alma de un pueblo se parece al alma de una mujer. Es siempre difícil penetrar y desnudar los hechos ocultos bajo la superficie de las cosas. Para esto se necesitan herramientas y aparatos que no están al alcance de cualquiera.

Hamlet se asombra de que “alguien pueda sonreír y sonreír y ser un villano”, pero el padrastro y tío de Hamlet no deja de sonreír. No sólo eso, sino que también pronuncia discursos solemnes. Habla de su hermano muerto, al que ha envenenado, “con el pesar más juicioso”. Sus pensamientos han luchado con sus emociones. El sentido de Estado exigía que tomase a la reina viuda por esposa - “con una mirada auspiciada y una mirada modesta”.

Shakespeare retrata más de una vez, en líneas que son clásicas, al hipócrita, con la miel en los labios de los pensamientos elevados y los motivos éticos.

La hipocresía ha sido frecuentemente considerada el vicio nacional del inglés. Un autor inglés de los tiempos más modernos, Bernard Shaw, dice en su artículo sobre la guerra actual:

“Sabemos que incluso en los círculos más amistosos de la nación inglesa se está extendiendo la opinión de que nuestras excelentes cualidades están siendo desfiguradas por una *incorregible hipocresía*.”

Shaw es de la opinión de que esa reputación no podría haber surgido sin algún fundamento. En particular, considera que dicho fundamento ha de ser encontrado en la actitud de los hombres de estado ingleses. Nombra como típico en este sentido a *Sir Edward Grey*.

En realidad, el hipócrita consciente, sin ninguna vergüenza, que deliberada y continuamente interpreta una comedia, es un tipo poco frecuente. El rol de hombre honorable es tan arduo para el hombre medio, ese papel de un hombre rigurosamente moral es tan arduo para un Tartufo, que, tanto en la vida como en el escenario, es habitualmente desenmascarado con suma rapidez.

Mucho más frecuente, por ser mucho más fácil, es la hipocresía que es mitad o incluso un cuarto consciente, la conducta del hombre gobernado no por verdadera maldad, sino por motivos no tan bellos, mediocres, comunes, y que sabe cómo disfrazar y adornar esos motivos con brillantes galas valiéndose de discursos virtuosos y piadosos. La base de esto es

frecuentemente una mezcla de vergüenza digna de alabanza con un disimulo digno de reprimenda, porque, tal y como Lord Bacon señala acertadamente en uno de sus ensayos, la desnudez de la mente, tanto como la desnudez del cuerpo, es indecorosa. Se puede agregar a esto que incluso en el caso de los ropajes diseñados para encubrir los pensamientos, se pone más interés en que complazcan a los demás que en que sean dignos y apropiados. De igual manera, el hombre prudente impone arrugas piadosas y aparentemente naturales a su cara, que tan fácilmente pueden disimular sus verdaderos pensamientos, antes que imponerle una incómoda máscara que tan sólo de lejos puede engañar. También esto se perfecciona con la práctica, y el hábito se convierte en una segunda naturaleza.

Esta notable mezcla de vergüenza e hipocresía no es del todo ajena a ningún individuo y ciertamente tampoco a ninguna nación. Pero es un hecho digno de mención que precisamente en la nación inglesa, que no carece de fuerza ni de grandeza tanto para lo malo como para lo bueno, se encuentra una marcada inclinación y talento para ella, y que los políticos ingleses, que pueden ser hombres íntegros y honorables en sus vidas privadas, en los asuntos de estado se muestran como maestros de ese arte que Sócrates consideraba el arte propio de los sofistas -ese de hacer que una mala causa aparezca como más buena, por medio de discursos tortuosos y enlatados.

Difícilmente es un accidente que el idioma inglés haya encontrado una palabra especial, intraducible, para esta peculiar actitud de la mente, que encuentra su más pura expresión en palabras retorcidas, pero altisonantes, destinadas a disimular los motivos. Esta es la palabra *cant*, que los filólogos derivan del latín “cantus” (canto), como si esta manera de hablar -tan profundamente insincera y sin embargo medio creída por el hablante mismo- se viese muy favorecida cuando se la entona como un sonsonete. Porque *cant*, esa manera de hablar, posee también este peculiar atributo: que cuanto más a menudo se repite, o más alto se proclama, tanto más es no sólo creída y entusiásticamente aceptada, sino que incluso aquellos que por vez primera la dieron curso, la creen ellos mismos también, y continúan declamándola con mayor confianza y, por lo tanto, con un mayor efecto.

Los ingleses mismos, entre los cuales el hombre amante de la verdad no es en modo alguno raro, no han dejado de darse cuenta de esta hipocresía avergonzada (como tal vez podría traducirse *cant*). Lord Byron se manifestó repetidamente en relación a ella con repugnancia y amargura.⁴

⁴ Countess of Blessington. “Conversations with Lord Byron”, *passim*.

Un tratado especial dedicado a *conventional cant*, publicado en 1887 por Sydney Whitman⁵, fue objeto de mucha controversia. Incluso los más celosos defensores de la pretensión inglesa de ser la primera nación el mundo, han de confesar que una condición peculiar existe en relación con *cant*. Pero nadie cree que pueda ser exterminada. Siempre ha prosperado en política exterior y con la guerra. Lord Cromer, uno de los hombres más respetados del país (aunque de ascendencia alemana, de la familia Baring), se ha referido recientemente a la frase, “el espíritu británico del *fair play*”, como “la frase *cant* de moda”.⁶

Que las tormentas de la guerra presente (1915) están vomitando montañas enteras de *cant*, en las orillas de la literatura especializada del momento, no puede admirarnos lo más mínimo. El libro de los seis catedráticos de Oxford ya ha sido mencionado. Incluso una revista semanal tan seria y competente como *The New Statesman* (dirigida por Mr. Sidney Webb y Mrs. Beatrice Web-Potter) publicaba el 24 de octubre un extenso artículo sobre la pregunta: “¿Por qué nos metimos en la guerra?”, y la respuesta fue: “Por Bélgica y por razones morales”, después de lo cual un corresponsal

5 “Conventional Cant, Its Result and Remedy”, London, 1887. Me había olvidado del título y del nombre del autor. Una vez acabado este trabajo, encontré ambos en “Leaves From My Diary”, de Moritz Busch III, p. 221. Busch escribió -por orden del Príncipe Bismark, como siempre- dos artículos en el *Grenzboten*, titulados “An Evil Spirit in the England of Today” (*Grenzboten*, 1888, p. 377 et seq., p. 533 et seq.). Ahí encontré (p. 534) la siguiente frase, que está en perfecta sintonía con mis propias ideas: “La expresión *cant* significa, entonces, falsedad, pero unida al sentimiento de que uno es veraz o que está diciendo la verdad; el engaño de otros que es al mismo tiempo el engaño de uno mismo.” Supe también que Carlyle describió *cant* como el arte de hacer que las cosas parezcan ser lo que no son, “un arte de tan mortal naturaleza que mata el alma misma de aquellos que lo emplean, transportándolos más allá del estado de falsedad consciente, hasta un punto donde ellos se creen sus propias representaciones insensatas, y precipitándolos a la condición más miserable concebible, en la cual uno es honestamente deshonesto.” De Carlyle se dijo que en una ocasión había exclamado (no tengo el pasaje exacto): “¡*Cant*, maldición de nuestra nación!”. Hasta hoy no he sido capaz de conseguir el libro de Whitman. Pero acabo de descubrir un artículo admirable sobre *cant* en el *New Statesman* del 23 de enero de 1915 (vol. iv, No. 94). *Cant* es ahí definido como el “sonsonete del santurrón”. “Es alabanza y oración que sale de la nariz, no del corazón... Nos habilita para hacer un buen papel ante nuestros vecinos, y para engañarnos a nosotros mismos, pero no sólo, *ya que además nos engaña haciéndonos creer que estamos engañando a otros*. Mucha gente considera que Inglaterra es la fábrica mundial de *cant*, y ciertamente la producción anual inglesa de esta mercancía alcanza una cifra estimable.” El escritor piensa, sin embargo, que si Alemania ganase la guerra, llegaría a ser el exportador líder de *cant* entre las naciones de Europa.

⁶ Lord Cromer, *Essays*, p. 9

(Mr. Sadler) argumentó en contrario y señaló: “la respuesta huele a hipocresía”.

Por supuesto que sí. *Cant* siempre huele a hipocresía, incluso cuando no pretende ser completa, desvergonzada hipocresía. Pero el artículo en cuestión estaba por completo en lo cierto cuando declaraba que el *cant* de Sir Edward Grey sobre la ruptura de la neutralidad de Bélgica y el sagrado deber de Inglaterra de intervenir en apoyo de Bélgica se ganó a la opinión pública a favor de la guerra. La opinión pública en Inglaterra es maravillosamente sensible al modo *cant* de hablar. Es como un autómata musical -se necesita tan sólo arrojar una moneda en la ranura y el instrumento comienza a emitir machaconamente una melodía altamente moral.

“En la literatura política de Europa 4 características se atribuyen a Inglaterra. Se asegura que, en las más altas cuestiones de política pública, Inglaterra es desleal, orgullosa, egoísta y pependenciera.”⁷ Esto declara un moderno autor inglés, descendiente de una famosa familia de políticos. No tendría que haberse olvidado de la quinta característica que culmina el carácter descrito de la política mundial de Inglaterra -*cant*, la singular salsa picante que condimenta habitualmente esas otras características tan acertadamente descritas.

Un único sentimiento subyace en el fondo de todas estas características. Es el temor -que el hombre de estado inglés valora como previsión y desvelo- el temor de los ladrones o indigentes que constituye una debilidad psicológica de mucha gente rica, ese temor a ser superado por los competidores, bien conocido de todo hombre de negocios.

¿Pero no estarán nuestros juicios determinados por el partidismo? ¿No será la hostilidad lo que pinta a la política inglesa bajo esta luz? ¿No muestra la historia que Inglaterra ha combatido por la justicia y la libertad con la bravura de un león, que ha hecho de la causa de los estados más débiles y pequeños de la tierra su propia causa? ¿Y qué por lo tanto su política mundial ha sido dictada por motivos éticos?

Para contestar a estas preguntas abriremos los libros de historia. No llamaremos como testigos a historiadores que pudieran ser objeto de sospecha, que pudieran estar infectados por el odio a la Inglaterra política, sino que acudiremos a historiadores ingleses, y preferentemente a hombres

⁷ El Honorable George Peel: “The Enemies of England”, London, 1902, pp 8-9

cuya autoridad no es cuestionada en Inglaterra, investigadores y pensadores considerados de primera fila.

De acuerdo con esto, coloco a la cabeza de estos testigos a Sir J. P. Seeley, el autor de dos obras que tratan sobre “La expansión de Inglaterra” y “El desarrollo de la política británica”. La primera de estas dos obras nos servirá como base para juzgar los motivos de la política mundial inglesa. Seeley fue nombrado caballero por sus servicios como académico y, por lo demás, recibió las más altas distinciones.

No se trata de que Seeley se enfrentara a las previsibles tendencias militaristas de las últimas décadas -popularmente llamadas “Jingoism”. Todo lo contrario. Un prominente historiador sueco (Harald Hjärne) lo califica como “el Heraldo del Imperialismo”, y piensa que puede ser considerado como el Treitschke inglés. Su autoridad en su propio país, sin embargo, es mucho mayor que la autoridad de Treitschke en los países germánicos. Lord Cromer, “el Egipto”, por ejemplo, nombra a Seeley, Gibbon, Guizot, Mommsen y Milman, como “los más capacitados escritores y pensadores que ha producido el mundo”. De igual manera Joseph Chamberlain, en uno de sus discursos en el Parlamento, aseguró que “nuestros más grandes pensadores y escritores nos han puesto ante nosotros este problema (el problema de una Gran Bretaña más poderosa)”, y citó como a tales a Seeley, Froude y Lecky.

En los escritos ingleses, algunas declaraciones de Treitschke son citadas y asociadas de la manera más absurda con citas de Nietzsche y Bernhard con el fin de demostrar cuán belicoso (o “chauvinista” o “militarista”) es hoy en día el sentir de los alemanes.

No es en este sentido que nosotros aduciremos las afirmaciones de Seeley y otros distinguidos autores. Los sentimientos de nuestras autoridades nos resultan indiferentes. Si nosotros hemos llamado la atención sobre el hecho de que Seeley es un historiador imperialista, es tan sólo para desvanecer la sospecha de que hallamos buscado a esos hombres porque son enemigos de Inglaterra y sus políticas. Lo mismo es verdad de W. H. Lecky, a quién nos referiremos varias veces. Su nombre es favorablemente reconocido en los EE. UU., en Alemania, sin duda en todas partes, como uno de los escritores más eruditos y prominentes.

Una significación algo diferente se asocia a Justin McCarthy, quién será llamado a testificar frecuentemente, casi tanto como Seeley. Esto es necesario dado que para el período que corresponde a la reina Victoria (1837-1900) no hay otra obra que disfrute de tanta popularidad y respeto en

Inglaterra como la “Historia de nuestro tiempo”, con sus tres partes, (1) hasta 1880, (2) 1880-1897, (3) 1897-1900. “Estos volúmenes, fácil y deliciosamente escritos, y en conjunto eminentemente sensatos y moderados, conforman una brillante pieza narrativa desde un punto de vista Liberal”. Así caracteriza esta historia la nueva edición de la Enciclopedia Británica, vol. XVII, p. 201

Los otros testigos apenas necesitan presentación. Además de los historiadores (en cuyo número figuran también estudiosos de los usos sociales) otros testigos serán reclamados eventualmente, bien porque sus críticas merezcan ser mejor conocidas, bien por su general difusión, o bien por la autoridad que se les reconoce.

Baste nombrar aquí a Richard Price, Herbert Spencer, Gladstone, John Morley (biógrafo de Gladstone), John Bright, G. M. Trevelyan (biógrafo de Bright), Lord Cromer, and V. S. Blunt; entre los historiadores, James Mill (también conocido como filósofo), Kaye, Malleon, G. O. Trevelyan y Holand Rose.

Todas estas autoridades son ornamentos de la nación inglesa o de su literatura y erudición.

En otros pasajes se ha hecho uso del Dictionary of National Biography y de la última edición de la Encyclopaedia Britannica. Los artículos que se citan de estas obras monumentales fueron escritos por las mejores autoridades en sus respectivos campos de estudio.

PRIMERA PARTE

LA POLÍTICA MUNDIAL INGLESA HASTA LA CAIDA DE NAPOLEÓN

SECCIÓN PRIMERA: GUERRAS EN CONTRA DE
ESPAÑA, EN CONTRA DE HOLANDA, Y EN
CONTRA DE FRANCIA, DESDE EL SIGLO XVI AL
SIGLO XVIII

CAPÍTULO I

LA EXPANSIÓN DE INGLATERRA. ELIZABETH, CROMWELL, LA RESTAURACIÓN. BUCANEROS

“Entre la Revolución y la Batalla de Waterloo puede ser reconocido que nosotros libramos siete grandes guerras, de las cuales la más corta duró siete años, y la más larga sobre doce. De los 126 años transcurridos, 64 años, o sea, más de la mitad, fueron años en guerra.” (Seeley, p.24)

De las 7 guerras de este período, “cinco son desde su origen guerras contra Francia, y las otras dos, a pesar de que en la primera el país beligerante al principio era España, y en la segunda nuestras propias colonias, muy pronto ambas llegaron a ser y acabaron siendo guerras contra Francia.” (p. 28)

Después de la pausa de siete años que siguió a la guerra de la Sucesión Española, las siguientes guerras pueden ser contempladas como un solo conflicto. “Digo que estas guerras no son sino una gran y decisiva lucha entre Inglaterra y Francia.” (p. 31)

“La expansión de Inglaterra en el Nuevo Mundo y en Asia es la fórmula que resume para Inglaterra la historia del siglo XVIII... La gran guerra triple de la mitad de ese siglo (1744-1763) no es más ni tampoco menos que el gran duelo decisivo entre Inglaterra y Francia por la posesión del Nuevo Mundo.” (p. 33) “Teníamos un competidor en el trabajo de colonización, un competidor que en algunos aspectos llevaba ventaja sobre nosotros, y ese competidor era Francia.” (p. 35)

“La afirmación de que la expansión es la principal característica de la historia inglesa en el siglo XVIII... significa que la política europea y la política colonial no eran sino aspectos diferentes del mismo gran desarrollo nacional.” (p. 42)

Seeley también de vez en cuando echa un vistazo hacia atrás, hacia la historia del tiempo anterior a este período, al *antiguo régimen* británico.

“Nos parece claro que nosotros somos la gran raza errante, colonizadora, trabajadora, que desciende de los vagabundos de los mares y de los Vikingos. El mar, pensamos, es nuestro por decreto de la naturaleza, y por sus rutas viajamos para sojuzgar la tierra y poblarla.” (p. 94) En realidad “la grandeza marítima de Inglaterra es de un crecimiento mucho más moderno de lo que la mayoría de nosotros imagina. Data de las guerras civiles del siglo XVII y de la carrera de Robert Blake.” (p. 95)

“No hay duda de que existieron héroes navales más antiguos que Blake. Están Francis Drake y Richard Grenville y John Hawkins. Pero la marina de guerra de Elizabeth estaba solo en su infancia, y los mismos héroes eran poco más que bucaneros.” (p. 96)

“Desde el punto de vista con el que aquí nosotros miramos la historia inglesa, el gran acontecimiento del siglo XVII antes de 1688 no es la Guerra Civil o la ejecución del Rey, sino la intervención de Cromwell en la Guerra Europea. Este acto puede ser casi considerado como la fundación del Imperio Mundial Inglés.” (p. 130) Los primeros Estuardos dirigían la mirada más hacia el Viejo Mundo que hacia el Nuevo. “Pero la reacción llega y termina con el ascenso al poder del partido de la Commonwealth. *Comienza entonces una política que no es, a buen seguro, muy escrupulosa, pero si competente, resolutiva y exitosa. Es oceánica y mira hacia el Oeste, como la política de los últimos años de Elizabeth.*” (p. 131) La política colonial de Cromwell es en grado sumo interesante porque Carlos II se guio por ella en la dirección de su propio proceder. “*La rectitud moral difícilmente es una característica de esa política colonial, y si hubiese sido religiosa, lo hubiese quizás aparentado, lo que en el caso de*

que el Protectorado hubiese durado más, hubiese sido su característica más peligrosa. Nada es más peligroso que el imperialismo que marcha con una idea en su bandera, y el Protestantismo fue para Oliver, nuestro Emperador, lo que las ideas de la Revolución fueron para Napoleón y su sobrino.” (p. 133) “Bien podemos estremecernos ante el pensamiento de que el peligro fue eliminado gracias a la caída del Protectorado.” (p. 134)

Esta política imperialista se desarrolló principalmente en relación con el Nuevo Mundo. “Aquí, sin duda, la política de Cromwell tiene un tinte peculiarmente categórico y carente de escrúpulos. Por su sola voluntad, sin consultar ni directa ni indirectamente al pueblo, y a pesar de la oposición de su Consejo, precipitó al país en una guerra contra España. Esta guerra fue iniciada según la vieja usanza de Elizabeth, por un ataque súbito, sin previa disputa o declaración de guerra, sobre Santo Domingo. (p. 134) Sir J. Stephen dijo una vez a sus oyentes que “si ellos tuviesen afición a la iconoclastia podría recomendarles emplearla sobre Cromwell el bucanero.” (p. 134) No fue, sin embargo, la guerra contra España lo más característico de este período y del período siguiente, sino la guerra contra Holanda. “Si la ruptura de Cromwell con España muestra del modo más impactante por su violenta precipitación el espíritu de la nueva política comercial, es susceptible sin embargo de ser mal interpretada.” (p. 135) Podría pensarse que había sido dirigida contra España por ser el gran poder católico. “La gran prueba de que esta causa está rápidamente dando paso a otra, a saber: a la gran rivalidad comercial producida por el Nuevo Mundo, es que a lo largo de toda la mitad del siglo XVII Inglaterra y Holanda se enfrentan en largas guerras navales de un carácter que nunca se había visto antes.” (ibid.)

Carlos II es a menudo censurado por la desatada falta de escrúpulos de su política exterior. En realidad, sin embargo, tan solo siguió los ejemplos ya asentados por la República y por Cromwell. Porque en esto su Gobierno fue apoyado por algunas personas que habían heredado las tradiciones de la República. “Anthony Ashley Cooper, un seguidor de las ideas de Cromwell, lo apoyó citando las viejas palabras, *delenda est Cartago*. En otras palabras: ‘Holanda es nuestro gran rival comercial, sobre el Océano y en el Nuevo Mundo. Destruyémosla, a pesar de ser un poder protestante; destruyémosla con la ayuda de un poder católico.’” (p. 136) “Esas fueron las máximas de la Commonwealth y del Protector, quienes, a pesar de ser puritanos, había comprendido que la rivalidad de los poderes marítimos por el comercio y el imperio en el Nuevo Mundo estaba ocupando el lugar de las luchas de religión como la cuestión principal.” (p. 136)

El resultado fue la conquista. Así, bajo Cromwell, Jamaica fue arrebatada a España, y Bombay a Portugal, y bajo Carlos, Nueva York a Holanda.

Así vemos que este historiador, que no oculta su entusiasmo por una “Gran Bretaña más y más grande” (en la misma medida en la que persevera en juzgar objetivamente), atribuye la fundación del Imperio a unos hombres a los que describe como “bucaneros”. Esta comparación no es la primera vez que se hace. Así, por ejemplo, en un opúsculo⁸ escrito en 1837, glorificando los viajes de exploración, aparece este pasaje: “Aunque el nombre (bucaneros), unido a una virtud y mil crímenes, es de aparición más tardía que los tiempos de Drake y su atrevido seguidor Oxenham, no hay sin embargo violación de la verdad adjudicándoles el carácter que ese nombre significa, de indiscriminado pillaje por mar y tierra, en paz y en guerra.”

Los verdaderos bucaneros, “una designación teñida demasiado pronto con toda especie de crímenes y excesos”, pertenecen al siglo XVII. También son conocidos bajo el nombre de “filibusteros” y se llamaban a sí mismos “hermanos de la costa”.

La conducta de los barcos de guerra ingleses hacia los barcos comerciales de países neutrales ha continuado exitosamente, desde entonces hasta hoy, las tradiciones de los “hermanos de la costa”. Una aceptación de esto puede encontrarse en los escritos de Seeley, aunque no tan explícitamente expresada.

Esta norma de conducta condujo a la guerra con Dinamarca en 1800, a la guerra con Estados Unidos en 1812 y a un agudo conflicto con el mismo país en 1841. De modo que la política inglesa en tiempos de guerra ha estado bien lejos de ser incompatible con sus intereses respecto a la propiedad privada.

⁸ “Lives and Voyages of Drake, Cavendish and Dampier, Including a View of the History of the Buccaneers”, London, 1837, p. 183

CAPÍTULO II

COMERCIO Y GUERRA. LOS MOTIVOS ÉTICOS

Cada vez más, entonces, las expediciones de los filibusteros se vieron seguidas por la guerra naval; en primer lugar, la guerra en contra de Holanda, y a continuación la gran contienda con Francia por el Nuevo Mundo. El clímax de las descripciones de Seeley se halla en cómo enfatiza la significación de este último enfrentamiento. Según él, ese enfrentamiento proporcionaba claramente un ejemplo visible del hecho de “que la expansión de Inglaterra nunca había sido un proceso tranquilo ni tampoco exclusivo de los tiempos más recientes; que a lo largo del siglo XVIII esa expansión fue un principio activo de ansiedad, una causa de guerras sin parangón tanto en magnitud como en número.” (p. 125)

¿De qué clase fueron las causas y los motivos de tales guerras?
Escuchemos la respuesta del historiador filosófico a esta pregunta.

“Me parece a mí que la principal característica de esta fase de Inglaterra es que ella es a la vez comercial y belicosa.” (p. 127)

“Las guerras del siglo XVIII fueron incomparablemente más grandes y más onerosas que las de la Edad Media. Las del siglo XVII también fueron grandes, en un grado menor. Estos son precisamente los siglos en los que Inglaterra se convirtió en un país cada vez más comercial. Sin duda, Inglaterra *en ese tiempo se volvió más y más belicosa a medida que se volvía más y más comercial*. Y no es difícil demostrar que había una causa eficiente que hacía que guerra y comercio crecieran juntos. Esta causa es el viejo sistema colonial” (p. 128), cuya característica esencial es “que coloca a la colonia en la posición de un estado conquistado, no de un estado en federación.” (p. 77) “En sí mismo el comercio puede favorecer la paz, pero cuando el comercio es artificialmente excluido de algún territorio prometedor por un decreto de gobierno, entonces el comercio favorece la guerra con igual naturalidad. Esto lo sabemos por nuestra reciente experiencia con China.”⁹ (p. 128) El viejo sistema colonial “configura al Nuevo Mundo en territorios, considerados como estados, para ser poseídos en cada caso por la nación colonizadora. El deseo de poseer tan espléndidos

⁹ Seeley se refiere por supuesto a la Guerra del Opio, y a los problemas que la siguieron. (Véase el Capítulo X).

estados y de disfrutar los beneficios extraídos de ellos, constituyó el mayor estímulo para el comercio que se ha conocido, y fue un estímulo que actuó sin interrupción durante siglos... Pero inseparable del estímulo comercial estaba el estímulo de la rivalidad internacional. Pues el objetivo de cada nación era incrementar su comercio, no dependiendo de las necesidades del ser humano, sino por un método completamente diferente, a saber: consiguiendo la posesión en exclusiva de alguna rica extensión en el Nuevo Mundo. Ahora bien, cualquiera que sea la natural oposición entre el espíritu del comercio y el espíritu de la guerra, *el comercio que procede con este método es casi idéntico a la guerra, y difícilmente puede dejar de conducir a la guerra.* ¿Qué es la conquista sino la apropiación de territorio? La apropiación de territorio bajo el viejo sistema colonial se convertía de este modo en el primer objetivo nacional. Las cinco naciones del Oeste se lanzaron a una ansiosa competición por territorio -esto es, fueron puestas en una relación las unas con las otras por la que la búsqueda de la riqueza producía naturalmente pendencias entre ellas, una relación, como digo, en la que comercio y guerra estaban inseparablemente enredados juntos, de modo que el comercio conducía a la guerra y la guerra fomentaba el comercio. El carácter del nuevo período así iniciado se puso en evidencia bien pronto. Consideremos la naturaleza de esa larga, intermitente guerra de Inglaterra con España, de la que la expedición de la Armada fue su más impresionante incidente. He dicho que los capitanes de mar ingleses eran muy semejantes a bucaneros, y sin duda *para Inglaterra la guerra era de principio a fin una industria, un medio para la riqueza, el negocio más floreciente, la inversión más beneficiosa del momento.* La guerra española es, de hecho, la infancia del comercio exterior inglés. La primera generación de ingleses que invirtió capital, lo hizo en esa guerra. De igual manera en que ahora invertimos en ferrocarriles, o en cualquier otra cosa, así entonces los hombres de negocios perspicaces compraban participaciones en el nuevo barco que John Oxenham o Francis Drake estaba armando en Plymouth y con el cual se proponía acechar los tesoros de los galeones, o hacer incursiones sobre las ciudades españolas del Golfo de México. Y con todo, los dos países formalmente no estaban ni siquiera en guerra el uno con el otro. Y es que tal como era el sistema de monopolio en el Nuevo Mundo, *el comercio y la guerra se hacían indistinguibles entre sí.* La prosperidad de Holanda fue la siguiente y todavía más alarmante ilustración de la misma ley. ¿Qué cosa sería más ruinoso, se me dirá, que una larga guerra, especialmente para un país pequeño? Y sin embargo Holanda había hecho su fortuna en el mundo por medio de una guerra de 80 años con España. ¿Cómo fue esto? Pues porque la guerra autorizaba su

ataque a todas las ilimitadas posesiones de su antagonista en el Nuevo Mundo, que hubiesen permanecido cerradas para ella si hubiera paz. Holanda por conquista se levantó un imperio para sí misma, y este imperio la hizo rica.” (pp. 128-130)

Inglaterra siguió los pasos de Holanda. A la guerra contra Holanda siguió su alianza. Ambos estados hicieron causa común en contra del poder colonial en reciente desarrollo por parte de Francia. El ministerio de Colbert significaba la entrada deliberada de Francia en la competición por el Nuevo Mundo. La unión de los dos poderes navales, que convirtió a William de Orange en Rey de Inglaterra, estuvo dictada en apariencia por los intereses protestantes comunes que se oponían a la reacción católica que había alcanzado su clímax con la revocación del Edicto de Nantes. Este motivo se hizo sentir también muy al comienzo. Una mirada retrospectiva a los acontecimientos que culminaron con la paz de Utrecht (1713) proporciona el punto de vista correcto sobre los más profundos y poderosos motivos latentes, pues en el proyecto de este tratado de paz la Guerra de Sucesión Española traiciona “su carácter intensamente comercial.” (p. 151)

En realidad “*es la más comercial de todas nuestras guerras*, y fue sostenida en interés de los mercaderes ingleses y holandeses, cuyo negocio y modo de vida estaban en peligro.” (p. 152) La amenazadora unión del Imperio Español y Francia habría cerrado prácticamente todo el Nuevo Mundo a Inglaterra y Holanda. Los franceses comenzaron a explorar el Mississippi y a establecer asentamientos. “Pero detrás de la afectación cortesana del *grand siècle*, consideraciones comerciales ahora gobernaban el mundo como nunca lo habían hecho antes, y como continuaron gobernándolo a través de la mayoría del prosaico siglo que se estaba iniciando por entonces.” (p. 152) La Paz de Utrecht señala una de las más grandes épocas en la historia de la expansión de Inglaterra. Inglaterra ahora era el estado más grande del mundo, y permaneció sin rival por muchos años. La decadencia de Holanda se hizo evidente. Francia estaba por algún tiempo incapacitada. La ganancia efectiva de Inglaterra fue, además de Gibraltar, Menorca, New Scotland y Newfoundland, el notable *Assiento*, ese tratado de estado que confería al mercader inglés un monopolio sobre el comercio de esclavos en la América hispana. El imperio colonial de Inglaterra era, en extensión, poco importante en comparación con el de Francia, e incluso con el de Portugal. Francia era también superior en muchos aspectos. Su política colonial parecía ser más exitosa. La rivalidad de Inglaterra se dirigía ahora por sí misma en contra de España y Francia, pero

principalmente en contra de Francia, el vecino de Inglaterra en América y en la India.

El acontecimiento decisivo en el gran duelo entre Inglaterra y Francia es la Guerra de los Siete Años, y la nueva actitud que Inglaterra asume como consecuencia de la Paz de París de 1762. “Aquí está el punto culminante del poder inglés del siglo XVIII; en relación a los otros estados, nunca Inglaterra desde entonces ha vuelto a ser tan grande.” (p. 160) “En esta fase culminante Inglaterra se convierte en objeto de celos y de temor para toda Europa, como España y después Francia lo habían sido en el siglo XVII.” (p. 161)

Hemos visto que este punto culminante había sido alcanzado por una larga serie de guerras. Todas estas fueron guerras de agresión. No importa de qué naturaleza fueron los pretextos o las causas externas inmediatas que llevaron a Inglaterra a desencadenar esas guerras, no importa cómo estos pretextos y causas difieren los unos de las otras, ellos son todos de la misma naturaleza -intereses comerciales, deseo de ganancia comercial, celos comerciales, envidia y recelo ante los competidores.

Esto es lo que nos muestra el desapasionado juicio de Sir J. R. Seeley, que seguramente no se haya sesgado en desventaja de su patria. En general, evita proponer juicios morales. No busca alabar o juzgar, sino comprender. Pero dado que, sin embargo, habla continuamente del poder y de la grandeza de Inglaterra, declara expresamente que no es parte de su intención “ni glorificar las conquistas hechas, ni justificar los medios adoptados por sus compatriotas.” (p. 155) Muestra como Inglaterra derrotó a sus cuatro rivales en la lucha por el Nuevo Mundo, pero no tiene la mínima intención de reclamar para Inglaterra una habilidad o bravura superior a causa de dichas victorias. No desea animar a sus lectores a admirar a Drake o a Hawkins, a la República bajo Cromwell, o incluso al gobierno de Carlos II. “Sin duda, no es fácil aprobar la conducta de aquellos que levantaron una Gran Bretaña más y más grande, a pesar de que hay mucho que admirar en sus logros, y ciertamente hay mucho menos de que culpar o de que estremecerse en ellos de lo que hay en los hechos de los aventureros españoles.” (p. 156) Él estudia todo el asunto “con el fin de descubrir las leyes por las cuales los Estados se levantan, expanden y prosperan o caen en este mundo” (ibid.) Desea también arrojar una luz sobre la cuestión de si es probable que la Gran Bretaña, ahora que existe, continúe a florecer y perdurar o caiga en la decadencia. “Tal vez ustedes puedan preguntar (el maestro se dirige a sus estudiantes) si podemos

esperar o desear que todo ello prospere, *si el crimen ha acompañado a su construcción.*” (ibid.) Pero Dios, dice, “tal y como Él se ha revelado en la historia, no juzga habitualmente de este modo. De la adquisición ilegal de territorio por un Estado no surge la probabilidad de que tal territorio sea perdido a su vez. Si comparamos el Imperio Británico con otros imperios en relación a su origen, veremos que ha sido levantado de la misma manera; que sus fundadores han tenido los mismos motivos, y que estos no fueron principalmente nobles; que ellos han desplegado la más fiera codicia, mezclada con heroísmo; que ellos casi no han sido inquietados por escrúpulos morales, al menos en relación a sus enemigos y rivales, si bien a menudo han exhibido una virtuosa abnegación entre ellos mismos.” (p. 157)

Seeley cree que, en comparación con otros imperios, del imperio inglés puede darse más bien un buen testimonio que uno malo; el imperio español, en especial, está incomparablemente más manchado de crueldad y de avaricia. Uno también encuentra rasgos nobles en la historia de los Conquistadores Británicos. “Sus crímenes, por otra parte, son los mismos que han sido casi universales en toda colonización.” (p. 157)

Es probable que los españoles, franceses y holandeses, obtendrán una conclusión un tanto diferente como resultado de una consideración de esos crímenes comunes.

CAPÍTULO III

LAS GLORIAS DE PITT, EL MAYOR. TRIUNFO SOBRE FRANCIA

En este período, el viejo Pitt, desde 1766 conde de Chatham, había alcanzado la cumbre de su éxito e influencia, a pesar de que a partir de ahí la popularidad consiguiente no sobrevivió a su nombramiento como par del reino. Había conducido la guerra en contra de Francia, en contra de una continua y poderosa oposición y a pesar de los fracasos iniciales en América y en Alemania, en donde Federico el Grande, el más dotado líder militar de la época, luchaba por él. Es bien conocida su declaración de que él conquistaría América en Alemania. “No contento, por lo tanto, de haber casi aniquilado las flotas de Francia, deseó privarla de todo su imperio colonial, y también de toda participación en esa pesquería de Newfoundland que él describía como el gran criadero de sus marinos. Hace algún tiempo, en el medio de sus triunfos, Pitt dijo: ‘Me habría contentado con poner a Francia de rodillas; ahora no descansaré hasta que la vea yacer boca arriba’. Una vez confesó, con franqueza sobrecogedora, que él amaba ‘una guerra honorable’. Nunca parece haber tenido un sentido cabal de la miseria que produce la guerra.”¹⁰

Lecky enfatiza el hecho de que Pitt, en su amor a la guerra, estaba en completa sintonía con los deseos de su pueblo. Había convertido en su meta identificar al patriotismo con un aumento de poder capaz de oponerse a “el enemigo natural e inevitable” (Francia), y con poner fin a la debilidad, anarquía y corrupción que, en su opinión, colmaba la reciente política inglesa. “Consideraba que el egoísmo, la incapacidad, las intrigas y las envidias de los grandes nobles, eran la principal causa de esos males.”¹¹

¹⁰ Lecky, “A History of the Eighteenth Century”, II, p. 512

¹¹ Lecky, III, p.111. Después de la caída de Pitt, su sucesor, Lord Bute, dejó a Prusia en la estacada (1762). Pitt consideró esto fraudulento, deshonesto y traicionero. Bute y su Rey ofrecieron como precio por la paz a la zarina Prusia Oriental y al Kaiser Silesia. J.

Coronar a su patria con la gloria de la guerra fue su objetivo y su logro. Con absoluta deliberación hizo a su política servir a los intereses del comercio. “La política británica es el comercio británico”, fue su lema.

R. Green dice que esto demostró una “desvergonzada indiferencia a nuestro honor nacional”, y declara que solo por casualidad se libró Inglaterra de tal envilecimiento. (“Short History”, p. 743)

CAPÍTULO IV

LA PÉRDIDA DE LAS COLONIAS NORTEAMERICANAS

El espléndido y victorioso desarrollo del imperio colonial británico en el siglo XVIII no ocurrió, sin embargo, sin interrupción. Hubo un revés, una repentina convulsión, cuyas consecuencias lejanas no fueron comprendidas cuando aconteció -la pérdida de las colonias norteamericanas, que constituían por entonces casi la totalidad del imperio colonial. “Como una burbuja, la Gran Bretaña más y más grande, se expandió rápidamente y luego estalló. Desde entonces se ha estado expandiendo otra vez. ¿Podemos evitar la inferencia obvia?” (Seeley, p. 176)

Seeley rechaza tal deducción, por la razón del que el viejo sistema colonial, que trataba a la colonia como a un esclavo, fue el responsable de la Revolución Americana. Todavía no ha ocupado su lugar un sistema nuevo, bien pensado, nos dice Seeley. Declara que el único sistema correcto es el que hace que las colonias sean *partes* de Inglaterra, oponiéndose de este modo al antiguo método que las consideraba *posesiones* y las trataba como a tales.

En palabras de Edmund Burke (en su famoso discurso del 19 de abril de 1774, referido a los impuestos americanos), la política colonial fue desde el principio exclusivamente comercial, y el sistema comercial fue un sistema de monopolio. “Ningún comercio fue liberado de tal restricción, sino solamente cuando era para habilitar a los colonos a disponer de lo que no podíais conseguir en el ejercicio de vuestro comercio, o cuando era para habilitarlos a disponer de los artículos que les eran impuestos y que ellos no podrían pagar sin algún grado de libertad... A este principio de monopolio comercial se orientan no menos de 29 Actas del Parlamento desde el año 1660 al desafortunado período de 1764.” Burke califica la condición de América durante este período como un período de libertad civil y servidumbre comercial.

Al mismo tiempo Richard Price escribió sus “Observations on the nature of civil Liberty, the principles of government, and the justice and policy of the

war with America.” (7th ed., London, 1776). El opúsculo tuvo varias ediciones, fue traducido a casi todos los idiomas europeos, y provocó más de 60 réplicas. Es una encendida denuncia de la política mundial inglesa de ese período.

“La desgracia a la cual el reino debe someterse haciendo concesiones no es nada comparada con ser el agresor en una disputa injusta.

El conflicto con América es vergonzoso para nosotros porque es inconsistente con nuestro sentimiento en casos similares... Esta guerra es vergonzosa en razón del convencimiento que nos llevó a ella, y bajo el cual ha sido emprendida: la opinión general era que el pueblo de Nueva Inglaterra era un atajo de cobardes, que podían ser reducidos a sumisión de golpe, por una sola mirada hostil de nuestras tropas... La manera en que esta guerra ha sido conducida hasta ahora la vuelve todavía más vergonzosa. Pensando que el valor inglés era insuficiente para sojuzgar a las colonias, las leyes y la religión de Francia se establecieron en Canadá con el propósito de obtener el poder de arrojar desde allí un ejército de papistas franceses sobre ellas. Los indios salvajes y sus propios esclavos han sido instigados a atacarlos, y se han hecho tentativas de ganar el auxilio de un gran cuerpo de soldados rusos. Con idénticas miras han sido contratadas tropas alemanas. Y la defensa de nuestros fuertes y guarniciones confiada a sus manos”.

Los historiadores modernos ingleses, en completo acuerdo con Price, describen la contratación de mercenarios, que consideran correctamente la desgracia de los príncipes alemanes, una desgracia caída sobre la Gran Bretaña en un grado no menor, que envenenó profundamente los sentimientos de los colonos.¹²

¹² Lecky: “A History of England in the Eighteenth Century”, ch. 12. Sir G. O. Trevelyan: “The American Revolution”, part II, vol. I, pp. 34-56

CAPÍTULO V

EL COMERCIO DE ESCLAVOS COMO EL PILAR DEL IMPERIO

Seeley trata el comercio de esclavos en conexión con su consideración de los “crímenes” con los cuales fue construido el imperio colonial inglés (como el español y otros imperios coloniales). Lo llama “el más grande de estos crímenes”. “Inglaterra había tenido alguna participación precoz en el mercado de esclavos en la época de Elizabeth, cuando John Hawkins se distinguió como el primer inglés que manchó sus manos con esta atrocidad. Encontraréis en Hakluyt¹³ una narración propia de cómo descubrió en 1567 una población africana, cuyas chozas estaban cubiertas con hojas de palmera secas, y cómo le prendió fuego, y de ‘8.000 habitantes consiguió apoderarse de unas 250 personas, hombres, mujeres y niños.’” (p. 158) “El mismo crecimiento gradual que tuvo nuestro imperio colonial del siglo XVII así fue nuestra participación en el comercio de esclavos. Así quedó establecido por el Tratado de Utrecht, y así fue, y llegó a ser ‘un objetivo central de la política inglesa’¹⁴ *Me temo que desde esa fecha nos hicimos con el liderazgo, y nosotros mismos nos manchamos más que las otras naciones en las monstruosas y enormes atrocidades del comercio de esclavos.*” (ibid.) Este pecado fue de alguna manera mitigado por el hecho de “que hicimos pública nuestra propia culpa, nos arrepentimos de ella, y finalmente renunciamos a ese comercio” (p. 159) En conjunto, sin embargo, ésta época (la primera mitad del siglo XVIII) secularizó y materializó al pueblo inglés como nada lo había hecho antes, no incluso el frívolo período del Rey de la Restauración Carlos II; nunca “motivos sórdidos” habían ocupado tan alto lugar. (Seeley se refiere al período anterior a 1883).

¹³ “Hakluyt: The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation, Made by Sea or on Land”, London, 1598; 2 vols.

¹⁴ La frase ha sido tomada de Lecky. Véase “History of England in the Eighteenth Century”, II, p. 13

Sin duda, no se puede eludir la conclusión de que el efecto que el comercio de esclavos -que estuvo siempre unido a la caza de esclavos y al robo de esclavos- tuvo sobre las cualidades morales de esa parte de los ciudadanos pudientes de la nación inglesa que se enriquecieron de ese modo no pudo ser precisamente favorable; y si en esa tierra, en mayor grado y más precozmente que en otros países, las quejas de los humanistas y filósofos en contra de las brutalidades de las clases propietarias fueron más sonoras, uno, para comprender las bases de tales quejas, tiene que recordar la manera en la que estas clases obtuvieron una gran parte de su riqueza.

En el año 1750 el Parlamento promulgó una ley en contra del secuestro de niños negros, pero demostró ser “por completo inefectiva”. Veinte años más tarde Pitt el viejo (Señor de Chatham) se jactó de que fue gracias a sus conquistas en África durante la Guerra de los Siete Años que casi todo el comercio de esclavos había caído en manos británicas. Y la gran mayoría consideraba ese comercio un “pilar del Imperio y se mofaba de sus pocos detractores como lunáticos”¹⁵

¹⁵ Rose: “Pitt and the National Revival”, London, 1912, p. 455. El Puerto de Liverpool debe su auge principalmente al comercio de esclavos, pues de todos los negocios que tenían su asiento allí, este negocio era “de lejos el más lucrativo”. “Se ha contabilizado que en la década de 1783 a 1793 los barcos de esclavos de Liverpool hicieron 878 viajes circulares (esto es: de Liverpool a la Costa de Guinea, de ahí a las Indias Occidentales, y de regreso a Mersey), llevando 303.737 esclavos y vendiéndolos por 15.186.850 libras (cerca de 76.000.000 de dólares). En vista de lo cual puede ser comprendida la indignación que se levantó ante la idea de prohibir este comercio. Bristol, a pesar de que tenía tan solo 18 barcos en este negocio, puso el grito en el cielo, porque dependía en gran parte del refinamiento de azúcar y de la manufactura del ron... Personas con propensión a la retórica describieron con tintes espeluznantes la decadencia de la marina mercante británica, el ocaso de su riqueza y las miserias de una carestía del azúcar.” (Rose, p.463)

CAPÍTULO VI

LA CONQUISTA DE LA INDIA

En relación a la conquista de la India escuchemos en primer lugar al filósofo James Mill, autor de la primera historia notable de la India, y él mismo un oficial de la milicia que llevó a cabo la mayor parte de esta conquista. Nos dice: “Fueron dos los descubrimientos importantes para la conquista de la India, en primer lugar, la debilidad de los ejércitos nativos en contraste con la disciplina europea; y, en segundo lugar, la facilidad de inculcar esa disciplina a los nativos en el servicio militar europeo... Ambos descubrimientos fueron hechos por los franceses.” Seeley, que cita este pasaje (p. 233), añade que es por completo incorrecto decir que la nación inglesa ha “conquistado” a las naciones de la India. Éstas fueron sojuzgadas por un ejército que sólo en su quinta parte consistía en hombres ingleses. Las otras 4/5 partes estaban compuestas de nativos. Puede decirse entonces que más bien la India se conquistó a sí misma. En realidad, también, lo que tuvo lugar no fue tanto una conquista como una revolución interna, el resultado de batallas proyectadas para establecer un límite a la anarquía. El talismán que capacitó a la East India Company para poner fin al imperio del Gran Mogol “no fue ninguna superioridad moral o física intransferible -como tanto nos gusta pensar-, sino por un sistema militar y una disciplina superiores, que *pudieron* ser transferidos a los nativos de la India. (p.245)

Pueda o no ser llamada conquista, lo cierto es que ese poder obvio –“de sangre y acero”- fue lo que permitió, primero a la Compañía de la India Oriental, y luego al estado británico adquirir el dominio mismo de la mayor parte de la India. Los líderes en los conflictos decisivos fueron dos hombres que se distinguieron a sí mismos por su fuerte voluntad y no pequeña inteligencia -Lord Clive y Warren Hastings.

Clive (1725-1774) es descrito en la última edición de la Enciclopedia Británica (Cambridge, 1910) diciendo “que él fue el primero de un siglo que proporcionó una brillante sucesión de esos ‘políticos-soldados’ -como

se les llama en el Este- a los cuales debe la Gran Bretaña la conquista y consolidación de su más vasta colonia.”¹⁶

Después de su retorno definitivo a Inglaterra, la Cámara de los Comunes adoptó una resolución (por 155 votos en contra de 95), declarando que Lord Clive “obtuvo y se apropió para sí mismo de 230.000 libras esterlinas durante su primera administración de Bengala”; a continuación, sin embargo, fue aprobada por unanimidad una resolución, reconociendo sus grandes servicios en relación con ese país. No se aludió al caso de Omichund.

Omichund fue un hindú traidor que fue groseramente timado por Lord Clive valiéndose de una falsificación, y que, en consecuencia, se volvió loco. El autor de la biografía de Clive en la Enciclopedia Británica señala este caso como el único “de honestidad dudosa”. Obviamente el asunto de las 230.000 libras no fue dudoso. Lord Clive se suicidó antes de los 50 años. No es probable que lo impulsara a ello una inquietud de conciencia, a pesar de que bien sabía él “que una buena parte de sus compatriotas lo consideraban un tirano pérfido y cruel.” Sufría ataques de melancolía patológica, y había tenido dos intentos de suicidio cuando todavía era un joven dependiente en Madrás. Más tarde se volvió apasionadamente adicto al hábito del opio.

Warren Hastings, que en su juventud ejerció de contable en Calcuta, se convirtió a los 39 años (1771) en Gobernador de Bengala, y unos años más tarde en Gobernador General de la India Oriental. Su conducta en estos dos cargos dio lugar al más prolongado proceso estatal conocido en la historia. Este proceso, que la Cámara de los Comunes condujo en su contra antes de que lo hiciera la Cámara de los Lores, se extendió desde el 13 de Febrero de 1788 hasta el 23 de Abril de 1795. Ejerció de fiscal principal ni más ni menos que Edmund Burke. El juicio se eternizó, pero debe ser tenido en cuenta que había una inmensa cantidad de material que tenía que ser considerada. Terminó con la absolución de los graves crímenes contra el estado que se le imputaban, pero fue condenado a pagar 80.000 libras. El juicio de la posteridad -al menos en su propio país- se ha ido inclinando más y más a su favor. Incluso el renombrado artículo de Macaulay, que ilustra con brillantez las características más importantes de Hastings, es considerado hoy en día partidista e inexacto. Hastings hoy en día es tenido como el héroe que primero estableció un sistema de gobierno civil para la India y que puso punto final a la corrupción más detestable entre sus

¹⁶ Encyc. Brit., xi ed., Clive.

funcionarios, y al sistemático y masivo saqueo de los nativos. Se admite, sin embargo, que hizo cosas irregulares, violentó la letra de la ley, rompió promesas contractuales, robó a las viudas, y que él pudo haber sido lo que fuera, pero no desde luego un político escrupuloso.

El escenario geográfico de las crueldades que él se sintió justificado en cometer estaba por entonces muchísimo más alejado de su patria en el espacio de lo que lo está hoy en día. Pero la India es ahora, en cuanto al tiempo, todavía muy remota. Es probable que entre los mahometanos coetáneos la memoria de aquellos tiempos persista con un aspecto un tanto diferente que entre los compatriotas de Warren Hastings, a pesar de que estos últimos nos aseguran que los nativos “honran” su nombre.¹⁷

Seis años antes de que comenzara el juicio contra Hastings, el 9 de abril de 1782, Henry Dundas, por entonces recién nombrado Tesorero del Almirantazgo, y más tarde, como Lord Melville, Ministro de Marina, expuso en la Cámara de los Comunes, en un discurso de cerca de 3 horas de duración, “las causas y la amplitud de las calamidades nacionales en el Este. Se extendió sobre la mala conducta de las presidencias de la India y del Consejo de Administración (de la Compañía de la India Oriental); de las primeras, porque precipitaron a la nación en guerras por ambición de conquista, censuraron y violaron el compromiso de los tratados, y saquearon y oprimieron al pueblo de la India; del segundo, porque ese Consejo de Administración denunciaba la mala conducta tan solo en la medida en que se descuidara la obtención del beneficio, pero en cambio ejercía una invariable contención ante la delincuencia mayor, siempre que ésta produjera una ganancia temporal.” El discurso fue seguido de una serie de propuestas que él promovió como resoluciones. Resoluciones que fueron solemnemente aprobadas en votación.¹⁸

Por aquellos días el poeta Cowper se quejaba de su patria

‘Que es severa castigando con la muerte
a los pequeños ladrones, y gratifica con la vida
y la libertad, y muchas veces con el honor también,
a los especuladores del oro público.

¹⁷ Cf. Enc. Brit., xi ed., s.v., and Dictionary National Biography, art. Warren Hastings.

¹⁸ James Mill: “A History of the British India” (Book V, Chap 9).

Que a los ladrones en casa tiene que colgar,
pero al que mete en su golosa y abultada bolsa
el oro de las provincias de la India, deja escapar.’

La pérdida de las 13 Colonias fue compensada por la conquista de la India. En el continuo ir y venir de la fortuna que marcaba por momentos el conflicto con Francia, la pérdida de las colonias significó una derrota, la conquista de la India una victoria. El resultado compensó sobradamente la situación. “En la India, sin duda, ellos tenían una ventaja sobre nosotros mucho más decisiva que en Norteamérica. Al principio en la India teníamos en comparación con ellos una sensación de inferioridad y luchábamos con un espíritu de autodefensa desesperada.” (Seeley, p. 35). El motivo decisivo fue el temor a los franceses. “Detrás de cada movimiento de los poderes nativos nosotros veíamos la intriga francesa, el oro francés, la ambición francesa, y nunca, hasta que fuimos los amos de todo el país, nos liberamos de ese sentimiento de que los franceses nos estaban arrojando de allí.” (p. 36) Entonces, también aquí se halla la misma razón de siempre: “la competencia entre los estados occidentales por la riqueza de las regiones descubiertas en el siglo XV.” (p. 305) Por lo tanto, forzar la salida de Francia de América así como de la India fue la condición precedente al dominio sobre los hindúes y los mahometanos en la India. “Este hecho, combinado con el otro hecho, igualmente impresionante, del gran comercio que ahora existe entre Inglaterra y la India, nos conduce con gran naturalidad a una teoría, de que nuestro Imperio en la India creció desde el principio hasta el final como resultado del espíritu comercial. Podemos imaginar que después de haber establecido nuestras colonias en la costa y haber defendido esos enclaves tanto de los poderes nativos cuanto de la envidia de los franceses, fue entonces que concebimos la ambición de extender nuestro comercio más lejos, tierra adentro; que quizá nos encontramos con nuevos estados, como Mysore y la Confederación Mahratta, que al principio no querían comerciar con nosotros, pero que *debido a nuestra impaciente avaricia* recurrimos a la fuerza, desatamos a nuestros ejércitos sobre ellos, a la vez que destruimos sus aduanas y anegamos sus territorios con nuestras mercancías; que de este modo acrecentamos gradualmente nuestro comercio en la India, que era al principio insignificante, hasta que llegó a ser considerable, y por último, cuando no sólo habíamos intimidado sino derribado de hecho todo gobierno nativo importante... entonces, habiendo sido removida toda

restricción, nuestro comercio se volvió enorme.” (pp. 305-306) Seeley no está dispuesto a aceptar esta interpretación a la primera. Él piensa que la relación de estos variados acontecimientos entre sí es más compleja. El avance del negocio fue independiente del avance en la conquista. El comercio había sido insignificante hasta 1813, a pesar de las vastas anexiones territoriales anteriores; no se había desarrollado después de que el monopolio de la Compañía de la India Oriental había sido eliminado por ley y la compañía prácticamente disuelta. Según la opinión de Seeley, los períodos de avance del comercio y aquellos otros de avance de la conquista no se corresponden entre sí. El imperio mundial comenzó con la protección y defensa de los agentes comerciales. “En el período que siguió inmediatamente, el período corrupto y revolucionario de la India Británica, es innegable que fuimos espoleados *por mera rapiña*. Los violentos procedimientos de Warren Hastings en Benarés, en Oudh y en Rohilcund, *tuvieron la naturaleza de especulaciones monetarias*.” (p. 313)

Seeley piensa que la historia posterior de la India británica fue de diferente naturaleza. Aquí le falla la clara percepción del historiador. Sus afirmaciones tan solo ponen en evidencia que la conexión entre comercio y conquista fue menos aparente en tiempos más recientes. Por una ley de Pitt de 1774 y por las reformas de Lord Cornwallis, que fue el Gobernador General desde 1786 a 1793, se puso un punto final a los monstruosos abusos de la administración -abusos a través de los cuales la Compañía de la India Oriental levantó para sí misma un monumento de imperecedera vergüenza. Desde ese período no hubo ninguna conexión entre los gobernadores y los jefes de los mercaderes bandidos. Sin embargo, cuando en 1798 Lord Wellesley como Gobernador General elevó a principio de actuación la intervención y la anexión, y sus sucesores empezaron realmente a comerciar siguiendo este principio, es seguro decir que no sólo hicieron su propio agosto; sino que ellos mismos bien sabían indudablemente que estaban abriendo una fuente de riqueza incalculable a través del comercio. Los actos de Lord Dalhousie, que gobernó la India desde 1847 a 1856 y que tomó posesión en 1856 del Reino de Oudh, sin derecho alguno, del mismo modo que previamente (1851-52) había arrebatado por la fuerza Pegu a los birmanos, es posible que no hayan sido el resultado *directo* de la codicia -Seeley es de la opinión que, si estos fueron crímenes, fueron crímenes por ambición (p. 315) y que fue, en cualquier caso, tan solo por los intereses comerciales de la patria y su Gobierno que se le consintió y apoyó. En el período más temprano el motivo comercial estaba parcialmente disimulado por una querencia y una

conveniencia mayor hacia el robo directo, en el período más tardío lo fue a través de la política pura y ostensiblemente militar del Gobierno. Pero sin el motivo de la avaricia la conquista de la India por la Gran Bretaña no puede comprenderse. Porque no sólo costó mucha sangre -incluso aunque esa sangre fuera principalmente de los mercenarios nativos- sino también mucho dinero. En juego estaba aquí también una inversión nacional de proporciones grandiosas. A Warren Hastings le fue reconocido como un gran mérito el haber incrementado los ingresos del estado de tres a cinco millones de libras, de los que la Compañía de la India Oriental fue la inmediata beneficiaria.

Incluso antes de que las hazañas y delitos de Warren Hastings fueran conocidos en detalle, Richard Price, al que ya nos hemos referido, escribió (p. 103): “Vuelve tus ojos a la India. Allí se ha hecho más de lo que ahora se intenta en América. Allí LOS HOMBRES INGLESES, actuaron por amor al pillaje y al espíritu de conquista, despoblando reinos enteros, y arruinando a millones de personas inocentes con la más infame opresión y rapacidad. La justicia de la nación ha ignorado estas enormidades. ¿También lo hará la justicia del Cielo? ¿No somos ahora maldecidos en los dos lados de la tierra?”

SEGUNDA SECCIÓN: GUERRA EN CONTRA DE LA REPÚBLICA FRANCESA Y EN CONTRA DE NAPOLEÓN

CAPÍTULO VII

ATAQUE CONTRA LA REPÚBLICA FRANCESA. EL EQUILIBRIO DE PODER EUROPEO

En su enumeración de las siete grandes guerras que Inglaterra emprendió desde 1688 hasta 1815, Seeley llama a las dos últimas, “Guerras en contra de la Francia revolucionaria”. Estas dos fueron parte en realidad de una sola gran guerra, a pesar de ser interrumpida por la Paz de Amiens (1802), cuyas estipulaciones Inglaterra no respetó. Esta gran guerra es descrita por Seeley como la continuación y conclusión del conflicto por el Nuevo Mundo y por la India. “Como pasó con la Guerra Americana (la Revolución Americana), Francia se venga de Inglaterra por su expulsión del Nuevo Mundo (a través del Tratado de Paris de 1763), por lo que bajo Napoleón realiza titánicos esfuerzos para recobrar el entonces perdido estatus.” (p. 39) Una cuestión continental proporcionó la primera causa de la guerra. La Convención Nacional Francesa había decidido, el 16 de Noviembre de 1792, que en la desembocadura del río Escalda no debería atracar ninguna flota. La Convención por consiguiente comunicó a Inglaterra que no se sujetaría a los tratados -no menos que cinco desde la Paz de Utrecht- que Inglaterra había impuesto a la vieja monarquía. En estos tratados Francia había reconocido el derecho de los holandeses, garantizado en el Tratado de Westfalia, de excluir a los extranjeros de la desembocadura del Escalda. Además, Inglaterra había garantizado, por medio del tratado de alianza de 1788, éste y otros derechos de los Países Bajos. “Había sido desde hace mucho tiempo una máxima en Whitehall (la

calle de Londres donde están los edificios del gobierno inglés) que los *Pays Bas* nunca debería estar bajo la soberanía de Francia. Para prevenir semejante desastre Inglaterra había derramado sangre y dinero por más de un siglo.”¹⁹

La ejecución de Luis XVI proporcionó aparentemente el impulso. Un aparente motivo moral estaba muy a mano, ese de poner fin a los actos de los Jacobinos. El más moderno historiador inglés de nuestra época no cree lo más mínimo en este motivo. “La ejecución no fue en ningún sentido la causa de la guerra. La cuestión giraba esencialmente en la conducta de Francia hacia nuestros aliados holandeses.” (Rose, “Pitt and the Great War”, p. 117). “Para Pitt y Grenville la guerra no fue una guerra de opinión -Monarquía versus República. Fue una lucha para preservar el *Equilibrio de Poder*, el cual en toda época nuestros hombres de estado han considerado incompatible con la soberanía de Francia en los Países Bajos. (ibid., p. 100) El equilibrio de poder europeo es otra fórmula para indicar la subyugación incondicional, lograda por el método que se prefiera, de cualquier poder europeo rival que parezca peligroso, o que amenace con llegar a ser peligroso, para el Poder Mundial Inglés, y para indicar la alianza con cualquier otro poder europeo que, de igual manera, por las causas que sean, se encuentre a sí mismo en oposición a ese gran poder rival. Por lo tanto, el mantenimiento del equilibrio de poder europeo por Inglaterra equivale constantemente, en la práctica, a una *perturbación* del equilibrio de poder europeo, y significa, por consiguiente, guerra europea. Pues si los otros países están tan agrupados que mantienen entre sí el equilibrio de poder o se encontrarían a sí mismos otra vez en tal situación tras una guerra corta, Inglaterra, invariablemente, echa su peso en la balanza en contra de su rival y, haciendo eso, instiga y fomenta nuevas guerras, o las prolonga, para humillar, debilitar y robar a sus oponentes. De esta manera la política mundial inglesa adquirió la aureola de haber librado a Europa de la tiranía de Bonaparte. Uno puede imaginar por sí mismo cuál hubiese sido el destino de Francia y de Europa si Inglaterra no hubiese considerado necesario humillar a la República Francesa. Quizás el genio militar de Napoleón nunca hubiese tenido la oportunidad de desplegarse en contra de Austria y de Prusia. Pero estas son distracciones ociosas. La subyugación de Francia (y de España, una dependencia de Francia desde 1763) fue el permanente e importante motivo de la política mundial inglesa. Aquí, si en algún sitio, vemos el tremendo drama de un choque entre poderes mundiales cuyas trayectorias han sido de tal manera

¹⁹ Holland Rose: “Pitt and the Great War”, p. 83

dispuestas que, sencillamente, *tienen* que toparse y estrellarse el uno contra el otro; porque una tendencia a la dominación mundial subyace en la Revolución Francesa desde sus comienzos, y fue por ayudar a prevalecer esa tendencia que “el Pequeño Cabo” se convirtió a sí mismo en el brazo ejecutor de la Revolución.

Es más que fascinante seguir las contorsiones y giros de la política de Inglaterra en esta contienda, una contienda de la que finalmente salió victoriosa con la ayuda de los poderes alemanes. Uno de los principales métodos de guerra de Inglaterra ha sido siempre la captura en el mar de los buques mercantes de sus enemigos y el registro de barcos neutrales. Fue en contra de esto que la unión de la “neutralidad armada” fue establecida en 1779 por Catalina II y renovada en 1800.

CAPÍTULO VIII

LA EXPEDICIÓN PIRATA EN CONTRA DE DINAMARCA

La arbitraria interpretación de la ley internacional por Inglaterra, que había excitado anteriormente en su contra a los poderes marítimos neutrales, fue bien pronto públicamente denostada por una acción que llenó a toda Europa de horror y descontento. Esta acción fue el repentino ataque sobre el imperio danés, intachablemente neutral y pacífico -el bombardeo e incendio de Copenhague.

La Paz de Tilsit se firmó el 7 de julio de 1807. El 21 de julio Canning recibió un informe confidencial referido a las intenciones de Napoleón con respecto a Dinamarca, y a los artículos secretos del Tratado de Tilsit. Por aquel entonces ni las cartas ni las personas podían ir desde Tilsit a Londres en 14 días (De hecho el informe trataba sobre una pretendida conversación entre Napoleón y el Zar del 25 de junio)²⁰. El 26 de julio el Almirante Gambier recibió órdenes de navegar en el Báltico. “El 3 de agosto el ministro inglés Taylor declaró al Conde Bernstorff en una conferencia ministerial en Copenhague que el Gobierno Inglés había recibido la más definitiva e indudable información de que Rusia, por medio de artículos secretos del Tratado de Tilsit, se había hecho partícipe de un acuerdo con Francia dirigido en contra de Inglaterra, y de que Dinamarca ya se había unido a tal acuerdo. Y a mediados de agosto, Canning, el Secretario de Estado, declaró oficialmente que el Gobierno Inglés poseía ahora auténtica información de que los Ducados de Schleswig y Holstein estaban ocupados de hecho por tropas francesas.”²¹

²⁰ Eng. Hist. Rev., Oct, 1901, p. 717

²¹ Este es el relato de alguien versado en el asunto, expuesto en una publicación alemana anónima que apareció el mismo año de 1807, llevando por título: “*¿Ha tenido éxito Inglaterra en justificar su expedición pirata en contra de Dinamarca? Una investigación inspirada por la declaración inglesa del 25 de septiembre de 1807.*” (Kiel, Akademische Buchhandlung, 1807, 157 pages). El autor fue el Consejero de Legación

Estos Ducados jamás han sido ocupados por tropas francesas. Es cierto que un tratado secreto que siguió al de Tilsit contemplaba, bajo ciertas condiciones, ejercer presión sobre Dinamarca. Cuando, sin embargo, Canning, hablando en la Cámara de los Comunes, fue llamado a capítulo, y quiso justificar el ataque por el pretendido conocimiento de esos artículos, tuvo que admitir que “los ministros no han dicho que ellos tuviesen en su poder ningún artículo secreto, sino que la esencia de tal artículo secreto había sido confidencialmente comunicada al Gobierno de Su Majestad, y que tal comunicación había sido hecha mucho tiempo antes a la fecha mencionada por el honorable caballero.”²² (La atención se había ido centrando en el hecho de que las noticias del logro de la paz y el texto del tratado no habían alcanzado las costas de Inglaterra hasta el día 8 de agosto.) Canning en ningún lado mencionó esta fecha. En la “Declaración” dada en Westminster el 25 de septiembre de 1807, el gobierno inglés mantiene también que “ha recibido la información más categórica de la determinación que tiene el actual gobernante de Francia de ocupar, con una fuerza militar, el territorio de Holstein -con el propósito de excluir a la Gran Bretaña de todos sus acostumbrados canales de comunicación; de inducir u obligar a la corte de Dinamarca a cerrar el paso del Sound en contra del comercio y la navegación británicas; y de servirse de la ayuda de la marina danesa para la invasión de Gran Bretaña e Irlanda.” Estos (supuestos) planes tenían que ser anticipados.

Un moderno historiador inglés²³, que elogia la genialidad de Canning y le atribuye poderes intelectuales de intuición, se ve obligado al mismo tiempo a admitir: “Puede que ahora sea considerado como casi probado que la información en la que él se basaba al principio era extremadamente magra. En parte... era falsa por completo; pero Canning no supo de su falsedad hasta el 10 de agosto.” (¡El bombardeo comenzó el 2 de septiembre!).

La acción comenzó dando instrucciones al embajador británico en Copenhague “de tranquilizar al ministro danés de que la presencia de la

Joh. Daniel Timotheus *Manthey*. La exactitud de su punto de vista (excepto por el hecho de que se tomaba a Napoleón demasiado a la ligera) queda probada por las concienzudas investigaciones modernas de Erik Möller en la *Dansk Historisk Tidsskrift*, 1910-12, pp. 309-422. Möller prueba también que los contenidos reales del tratado eran por completo diferentes de aquellos maliciados y declarados por Londres.

²² 22 de enero, Commons, p. 70

²³ Anónimo, en la *Edinburgh Review*, abril, 1906, pp. 345-361. Asumo que el escritor es un historiador por el hecho de haber extraído su material de los archivos.

flota británica en el Báltico *no tenía la intención de amenazar a Dinamarca*, sino que sencillamente era algo imprescindible para cooperar con el Rey de Suecia y proteger los refuerzos británicos” (que habían sido traídos a Stralsund). Estas instrucciones llevaban la fecha del 16 de julio. El 28 de julio fue designado un ministro especial (Jackson) ante el Príncipe Heredero de Dinamarca (y el Regente), ministro que el 29 de julio recibió instrucciones “especiales y muy confidenciales” (escritas por el propio Canning de su puño y letra) en las cuales aparecía lo siguiente. “Usted tendrá cuidadosamente presente en su mente que la posesión de la flota danesa es el principal e indispensable objetivo al que han de ser dirigidas todas sus negociaciones, y sin el cual ninguna otra estipulación o concesión puede ser considerada de ningún valor o importancia. Por lo tanto, incluso en el caso de que el gobierno danés consienta en entrar en un tratado de alianza como el que se propone en el proyecto del que usted es portador, será necesario que un artículo secreto sea añadido a dicho tratado, por el que debe ser estipulado que la entrega de la flota danesa debe tener lugar en el acto, sin dilación, y sin esperar la formalidad de la ratificación del tratado. (Firmado) G. Canning.”²⁴ Jackson llevó primero su ultimátum al ministro Bernstorff, luego (el 9 de agosto) fue recibido en Kiel por el Príncipe Heredero de Dinamarca. Las negociaciones no tuvieron resultado. El 16 de agosto los soldados británicos desembarcaron en Vibeck (entre Helsingör y Copenhague). Los almirantes todavía intentaron imponer una entrega pacífica. El bombardeo de Copenhague comenzó el 2 de septiembre y tuvo un efecto terrible a partir del 5 de septiembre. La bella catedral (Fruekirke), varios edificios pertenecientes a la universidad y 305 casas fueron incendiadas. La capitulación y la entrega forzosa de toda la flota danesa se produjo a continuación.

Una idea de la profundidad de la indignación moral que ésta acción levantó en Dinamarca y en los Ducados, se puede obtener de la larga lista de protestas que aparecieron publicadas, atacando la “agresiva política en contra de la Dinamarca neutral” y clamando la venganza del cielo contra el expoliador. La más meritoria de estas publicaciones es la del Consejero Ministerial Manthey, ya citado, de la que el comentarista danés más moderno de estos acontecimientos (Möller, también antes citado) dice que “reivindica con gran convicción la visión danesa tradicional de estos sucesos”, visión que es confirmada en toda su extensión por las más recientes investigaciones de los archivos.

²⁴ Rose, in *Eng. Hist. Review*, Enero 1896, p. 86

Manthey dice, entre otras cosas (p. 104): “Hoy, cuando ha sido rasgado el velo que hasta ahora ocultaba el egoísmo y la ambición de los príncipes y las personas de Inglaterra, parémonos a considerar si tantas realezas habrían sido derribadas y tantas tierras florecientes devastadas si la política de Inglaterra, el oro de Inglaterra y los crímenes secretos de Inglaterra no hubieran sido el gran fermento por el cual, en nuestra notable generación, las masas excitadas fueron llevadas a sublevarse, y por el cual tantas disoluciones, separaciones y nuevas alianzas fueron originadas y todo tendió a un estado de cosas desquiciado cuya eventual realización iba a costar a la humanidad tanta sangre y tantas lágrimas.” El opúsculo caracteriza (p. 8) a la “Declaración” de Westminster (*supra*) como “inconsistente en su conjunto, maliciosa en alguno de sus términos, pero en todo momento una trama de hipocresía, bellaquería e ignorancia”.

En Inglaterra, también, el horror general encontró un fuerte eco. En la *Political Review* de septiembre de 1807, el asunto es calificado de “una escena de complicada iniquidad”, y después de volcar su más entera indignación sobre el principio con el que se intentó defender la actuación - que el Poder hace al Derecho- la *Review* dice: “Si algo pudiera ser añadido a esa repugnancia, a ese horror que sentimos en todo momento cuando contemplamos el asunto, es el lenguaje de *humanidad* y piedad afectado en esta expedición por nuestros oficiales.²⁵ Los debates que siguieron al discurso del trono en la Sesión de Apertura del Parlamento, en enero de 1808, se ocuparon principalmente de este asunto. Mientras que en el discurso real se elogió esta gloriosa hazaña, seis Lores propusieron una [moción de] protesta, “porque ninguna prueba de intención hostil por parte de Dinamarca ha sido alegada, tampoco ningún caso de necesidad ha sido expuesto para justificar el ataque sobre Copenhague, sin lo que la medida es, en nuestro concepto, desacreditadora del carácter e injuriosa para los intereses de este país.” La protesta individual de Lord Erskine presentada en el Registro contenía más de cuatro páginas. Dice “que ninguna especulación sobre la probable caída de la flota danesa en posesión, o poder, de Francia justificaría su apresamiento por la Gran Bretaña; que tal apresamiento sería subversivo de los principios elementales de la ley pública, y que hasta que este ataque sobre Copenhague sea reivindicado por

²⁵ “Reflexiones sobre la guerra con Dinamarca”, etc., extraído de la *Flower's Political Review*

la prueba de su justicia, *Gran Bretaña ha perdido su situación moral en el mundo.*”²⁶

En la Cámara Baja la oposición también se hizo oír. William Windham, el mismo un miembro del Ministerio hasta poco antes de aquel momento, declaró “que la única manera que quedó de borrar las manchas así arrojadas sobre el país era el reconocimiento público de su atrocidad; acusó a los ministros de haber sacrificado la reputación nacional. Las ruinas de Copenhague eran el monumento a su ignominia.”²⁷ En otra ocasión, el mismo renombrado orador, expresó la opinión de que el Gobierno había abiertamente repudiado el principio de que la honestidad es la mejor política, y que cuando el pueblo comenzó a hacer que sus teorías se acomodasen a sus malas costumbres, condicionó la más desesperante depravación; este nuevo sistema de moralidad probaría ser una injuria duradera para el mundo. Otros miembros el Parlamento calificaron los intentos de justificación como “cháchara contradictoria e inconsistente”. Dijeron que no se sabía cuál de las historias despachadas por el Gobierno habría de creerse. “Era, por utilizar una expresión sin duda grosera, pero pertinente en extremo, algo así como hurtar al Parlamento su opinión.”²⁸ Un miembro llamó al hecho de llevarse la flota danesa sencillamente “robo”. “Deshonesto como la expedición a Copenhague” se convirtió en un refrán en Londres.

En fecha tan alejada como 1822, el poeta Thomas Campbell, en unos versos dedicados a un amigo danés, habló del “asunto escandaloso”:

Ese ataque, lo admito, fue un asunto escandaloso;
Fue una hazaña de nuestros despiadados Tories,
A quienes odio, a pesar de que nos gobiernan, y puedo asegurarte
Que hubiesen sido ahorcados por ello, si Inglaterra los hubiera juzgado.

Los historiadores ingleses modernos consideran el asunto fríamente. H. W. Wilson (del Trinity College de Oxford) dice: “Que el ataque fue necesario

²⁶ The Parliamentary Register, 1808, vol. i, 2. i.

²⁷ Parl. Reg., Feb. 4, 1808

²⁸ (Windham) Parl. Reg., p. 289

nadie ahora lo negará. Inglaterra estaba luchando por su existencia; y a pesar de lo desagradable que fue la tarea de golpear a un débil país neutral, arriesgaba su propia seguridad si hubiese dejado en manos de Napoleón una flota de tales proporciones.”²⁹ Algo diferente es el juicio de J. Holland Rose (Cambridge) en el mismo volumen de la “Cambridge Modern History”. Escribe: La Gran Bretaña sufrió una pérdida de reputación moral, lo que en parte pesó más que la ganancia en fuerza material aportada a su marina y que la añadida sensación de seguridad. Los pueblos del Continente, desconocedores de las razones que impulsaron la acción de la Gran Bretaña, la consideraron poco menos que piratería. Esta mala impresión tan sólo gradualmente se desvaneció.”³⁰

Hay una semejanza aparente entre esta acción y el proceder del Imperio Alemán con Bélgica en 1914. En ambos casos se trataba de anticiparse al enemigo; en ambos casos existía la opinión de que el enemigo no respetaría la neutralidad. Pero había estas tremendas diferencias: (1) En 1807 esta opinión era una suposición basada tan sólo en rumores; en 1914 se basaba en hechos; (2) En 1807 la propia Dinamarca había respetado escrupulosamente su propia neutralidad, e incluso el Regente del país estaba personalmente inclinado a favor de Inglaterra; En 1914 Bélgica había violado groseramente su neutralidad por un acuerdo militar en el que había entrado con Inglaterra; (3) Cuando Dinamarca fue asaltada no tenía aliados, y aunque Napoleón hubiese deseado asistirle, era por completo incapaz de hacerlo. Más aún, la mayor parte de las fuerzas de tierra danesas estaban en Holstein, y el Gobierno estaba tan tranquilo que incluso no las trajo a Seeland. Bélgica, por el contrario, tenía, cuando fue atacada, los grandes poderes secretamente aliados de Inglaterra y Francia detrás de ella, y ambos en condiciones de ayudarla; (4) Inglaterra ofreció a Dinamarca la elección entre la guerra y la alianza; como prenda por esta alianza exigió la entrega de la flota danesa, la cual fue el único y solo objetivo por el que estaba trabajando. El Imperio Alemán ofreció una elección entre la guerra y una neutralidad que simplemente debiera permitir el paso de las tropas, por el que fue prometida solemnemente una completa indemnización. Muchas autoridades en ley internacional han sostenido la existencia de un derecho de paso a través de tierras neutrales, especialmente en el caso de que uno de los beligerantes no pueda alcanzar al otro sin ir a través de un territorio

²⁹ Cambridge Modern History, vol. ix, p. 236

³⁰ Cambridge Modern History, vol. ix, p. 299

neutral. Y aquí esta situación existía claramente, como resultado de las fortificaciones francesas en el Mosela.

SEGUNDA PARTE

LA POLÍTICA MUNDIAL INGLESA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

3ª SECCIÓN: QUERELLAS EN TRES PARTES DE LA TIERRA

En opinión de Seeley, la sucesión de grandes guerras no sólo comienza con el período que va de 1688 a 1815, sino que parece también terminar con él. Nos dice: “Desde 1815 hemos tenido guerras locales en la India y en algunas de nuestras colonias” - ¡y en China! ¡y en Persia! – “pero luchas en contra de los grandes poderes europeos, tal y como ese período vio por siete veces, hemos visto tan sólo una (la Guerra de Crimea) en un intervalo de tiempo más que la mitad de largo (1816-1882), y tan sólo duró dos años.” (p. 25). No hay aquí un presentimiento de lo que el siglo XX nos ha revelado. El hábil académico olvida también aquí que las guerras en contra de Francia en el siglo XVIII fueron libradas en buena parte en suelo colonial (en Norte América), y que, en analogía con eso, la mayoría de los conflictos que surgieron en Asia durante el siglo XIX compusieron una guerra latente contra Rusia; por no decir nada de las guerras de turcos y japoneses, detrás de las cuales estuvo el poder mundial británico. Porque en todo este período la política exterior británica nunca se detuvo ni tampoco se alteró en su naturaleza. Su campo y objeto, sin embargo, no se situaba ya principalmente en el Nuevo Mundo, sino en el Viejo, no ya en América, sino en Asia, y África hacía de puente hacia Asia. Esta es la tendencia para la que se preparó el camino en la última mitad del siglo XVIII. Ampliar, retener y asegurar la posesión de la India parece ser la más importante de las grandes tareas impuestas una vez que Francia fue obligada a abandonar la rivalidad por el dominio de los mares. Y sí anteriormente el temor a Francia había sido -por más de 100 años- un aguijón constante, ahora lo será el temor a Rusia. Un factor añadido son naturalmente los intereses

comerciales, que demandan una extensión de las esferas de interés y de dominio. Los intereses fiscales van de la mano con este factor.

Y así persisten, a lo largo de casi todo el siglo XIX, las agitaciones y disturbios belicosos, a través de los cuales el territorio de las antiguas civilizaciones es abierto a las mercancías de la industria. Paralela con la eliminación gradual del dominio de la Compañía de las India Oriental -la cual, desde 1784, había ya sido ya fuertemente restringida, a continuación, en 1815 privada de su monopolio (excepto en China, en donde perduró hasta 1833), y luego de sus funciones comerciales, para serlo finalmente en 1858 de su misma existencia- avanza no sólo la concienzuda y exitosa reforma de la administración, sino también la conquista sistemática. Todo ello encuentra su clímax en la erección en 1876 del llamado Imperio de la India.

Y lo modernos caminos de la política exterior inglesa, igual que los viejos, ha sido abiertos con hachas y azadones de hierro a través de despeñaderos y frondosidades, derramándose ríos de sangre en la faena.

CAPÍTULO IX

AFGANISTÁN

El primer conflicto importante que le sobrevino a la Gran Bretaña al perseguir estos fines con su acostumbrada energía y falta de escrúpulos fue la guerra con Afganistán.

Las disputas entre este Imperio, los sijs hindúes y la vecina Persia estaban en el fondo del problema. Las influencias rusa e inglesa se oponían entre sí en todas partes. Ambas, por ejemplo, sostenían una larga rivalidad por los favores del gobernador del territorio del Este, Dost Mohammed, que vivía en Kabul. Los rusos llevaban ventaja. Junto con Persia atacaron Herat, la capital del distrito occidental. Lord Auckland, que en 1838 había sido nombrado Gobernador General de la India, consideró la ocasión madura para involucrarse. Se alió con los Sijs y depuso a Dost Mohammed. Sentó en su trono a un pretendiente impopular, quién, a pesar de tener mejores derechos a la Corona, vivía en el exilio (7 de agosto de 1839). El Gobierno Inglés aprobó y apoyó este *coup d'état*. Por un tiempo todo parecía ir bien, y en Londres se celebraba el espléndido logro. En noviembre de 1841, los afganos se rebelaron en contra del príncipe que se les había impuesto. El resultado fue una completa y vergonzosa derrota de las tropas inglesas de la frontera. Fueron obligadas impacientemente a evacuar el territorio, y a rendir sus cañones, excepto seis, que les fue permitido retener para la marcha de retirada. Dost Mohammed, que había sido llevado cautivo a la India, volvió a casa. Su hijo, Akhbar Khan, había sido el líder de la revuelta. La retirada de los ingleses a través del Koord Kabul Pass recuerda alguna de las grandes retiradas de 1812, pero sus resultados fueron mucho peores. Al igual que en 1812, el invierno fue riguroso. La situación empeoró por el hecho de que algunas mujeres y niños acompañaban al ejército en su retirada. Akhbar Khan, que seguía la retirada, tomó eventualmente a las mujeres y los niños bajo su protección. El General Elphinstone, el comandante en jefe, tuvo también que rendirse a él. El ejército mismo fue continuamente atacado por las tribus fanáticas de las montañas. Después de que varios miles hubiesen caído muertos, el remanente se encontró atrapado en el Jugdulluk Pass. Sucedió entonces una masacre indiscriminada. De todo el ejército, que se componía de más de 16.000 hombres al comienzo de la expedición, sobrevivió *tan solo uno*, que

se había refugiado tras las murallas de Diellabad, en cuya ciudad se mantenía una guarnición inglesa. La fortaleza fue asediada por Akhbar Khan, pero en vano. Aparecieron tropas auxiliares inglesas bajo el mando del General Pollock y el asedio fue levantado. Los ingleses continuaron con su presión hasta Kabul y liberaron a las mujeres y los niños, pero a pesar de este éxito consideraron prudente evacuar el territorio y rehabilitar a Dost Mohammed.

El sucesor de Auckland, Lord Ellenborough, el 1 de octubre de 1842 emitió una proclama en la que declaraba que el Gobierno de la India estaba “satisfecho con los límites que la naturaleza había asignado a su imperio”, y que “imponer un soberano sobre un pueblo reacio sería inconsistente con la política del Gobierno Británico tanto como lo es con sus principios.” El noble Lord parece haber considerado la precedente conquista de la India como algo “natural”, y que la dominación inglesa de la India es objeto del más vehemente anhelo por parte de los hindúes.

Una ojeada a las publicaciones de aquel tiempo nos da una idea de la estupefacción y amargura que despertó en la “Madre Patria” la horrible catástrofe. Un autor que criticó la política exterior británica del momento con inusual perspicacia y brillantez fue el escocés David Urquhart. En su polémica en contra de la *Edinburgh Review*, que, como órgano del Whig Party, entonces en el poder, tuvo el atrevimiento de defender la guerra, Urquhart trata de poner en evidencia el enloquecimiento que llevó a la derrota por medio de un diálogo imaginario entre Lord Palmerston -ya por entonces el espíritu encarnado de la política mundial británica- y un consejero privado. El diálogo es como sigue:

Lord Palmerston.- Debemos marchar hacia Kabul, destronar a su gobernante y poner a otro.

Consejero Privado.- ¿Estamos siendo atacados por los afganos? ¿Los tratados están para ser violados, etc.?

Lord P.- No, nada de eso. Pero Dost Mohammed es amigo de Persia, y Persia es amiga de Rusia; por eso debemos destruirlo.

Consejero.- Pero ¿qué propone usted hacer con Persia?

Lord P.- ¡Oh!, Persia ya ha recibido lo suyo, el asedio de Herat ha sido levantado, y no tenemos nada que temer de ella.

Consejero.- ¿Qué propone usted hacer con Rusia?

Lord P.- ¡Oh!, Rusia nos ha dado las más satisfactorias garantías, no tenemos nada que temer de ella; todo lo contrario; ella nada puede hacer, sin duda, pues sus misiones y expediciones han fracasado por completo.

Consejero.- El peligro ha pasado, usted está satisfecho de dónde procede el poder, ¡y con todo, usted envía los ejércitos al territorio de un pueblo amigo!

El Consejero Privado y el Monarca -nos dice Urquhart- deben haber exclamado al unísono: “Vaya un caso para Bethlem!”³¹

El mismo autor, en otro pasaje, contrasta la conducta de Inglaterra con la de los mongoles, de quienes un historiador árabe escribió que se dan al pillaje y asesinan sistemáticamente, pero “sin odio ni venganza”. Continúa:

“En Asia Central enviamos un ejército en medio de un pueblo tan amistoso que está dispuesto incluso a aceptar nuestro gobierno -colocamos un pretendiente- apoyamos la perpetración de todas las locuras y crímenes internos- hicimos todo aquello que puede avivar el odio y el desprecio en un pueblo ya sometido a nosotros por la buena voluntad y el respeto. Es destruido nuestro ejército. Llegamos a la conclusión de que en el futuro no tendremos nada que ver con ese país, y aun así, sin tener incluso la intención de quedárnoslo en posesión, enviamos un ejército otra vez allí para robar y destruir; de ahí el contraste entre los mongoles y los británicos en esto -que los primeros destruyeron y robaron calculadamente, y sin odio ni venganza, y he aquí que nuestras tropas, compuestas de los que se auto denominan ciudadanos y cristianos, y enviadas desde un país que se honra a sí mismo con el nombre de la Gran Bretaña, que se tiene a sí mismo por ilustrado, filantrópico y religioso, nuestras tropas aparecen allí sin cálculo alguno, para devastar y destruir, movidas tan solo por el odio y la venganza. En cuanto al pretexto de que fuimos allí para recuperar a los prisioneros, si bien puede haber respondido al clamor del momento, es demasiado falso y absurdo como para seguir utilizándolo ahora. En realidad, los pasos que nosotros dimos eran los únicos que podías haber puesto en peligro a los prisioneros; pues para que ellos retornasen sólo había que cesar de perpetrar otra vez los crímenes, y de retener como a un esclavo al Príncipe que habíamos tan cruelmente destronado.”

³¹ El Royal Hospital Bethlem (un psiquiátrico de Londres)

Estas atrocidades llevaron a un trágico destino a un joven inteligente y admirable, el capitán Burnes, una autoridad en Afganistán, quién, encargado de una misión oficial, previno en vano en contra de las erróneas medidas del Gobierno. Sir T. W. Kaye, a quién debemos gratitud por la mejor historia de esta guerra, hace notar que “nunca debería ser olvidado... por aquellos que quisieran formarse una estimación correcta del carácter y de la carrera de Alexander Burnes, que ambas cosas han sido tergiversadas en esas colecciones de documentos estatales que se supone suministran los mejores materiales para la historia, pero que en realidad a menudo no son sino compilaciones sesgadas de documentos falseados -adulterados, a los que el timbre oficial convierte en moneda de uso corriente, defraudando a la generación presente, y transmitiendo a la posteridad una cadena de peligrosas mentiras.” Justin McCarthy, que cita este pasaje, dice que no fue hasta unos años después de que Burnes encontró su horrible final (fue asesinado en los tumultos del 21 de noviembre de 1841), que se supo que los informes que él había enviado al Gobierno fueron luego presentados por éste ante la Cámara de los Comunes de una manera tan mutilada y pervertida como para lograr que pareciera que él había aprobado y recomendado la política en contra de la que se había sentido impulsado a lanzar una advertencia.

McCarthy califica la historia de esos años (1839-42) como “un cuento de tal infortunio, desatino y humillación como los anales de Inglaterra no presentan en ningún otro lugar. Desatinos que fueron, sin duda, peores que crímenes, y un principio de acción que, por sí mismo, es un crimen que se castiga en cualquier gobernante, que llevó las cosas a tal condición que durante unos pocos años desde la proclamación de la Reina teníamos en Afganistán unos soldados que temían verdaderamente luchar contra el enemigo, y algunos oficiales ingleses que no se avergonzaban de intentar la eliminación de nuestros más formidables enemigos comprando su asesinato... Este capítulo nos enseña cuán vana es una política fundada en la maldad y en principios innobles... Nos habíamos desviado por completo de nuestro modo de proceder con el propósito de enfrentar peligros meramente especulativos.”³²

Inglaterra, aprendiendo sin duda de su desventura, se abstuvo durante cuatro décadas de interferir en los asuntos de Afganistán. Mientras tanto, se incrementó el peligro ruso. Hubo renovados y amargos conflictos. Hubo

³² Justin McCarthy: “A History of Our Own Times”, vol.i, pp. 174-5, 205. Tauchnitz edition.

otra vez una revuelta en Kabul. Todo el personal de la Embajada Británica fue asesinado (el 3 de septiembre de 1879). El año anterior le había sido denegada a la legación la entrada en el país, pero los afganos, forzados a ceder, se habían retractado de su oposición. Después de repetidas batallas, Inglaterra fue obligada a abandonar su demanda de mantener una embajada permanente, y prometió una vez más abandonar el país. Desde entonces el Ministerio de Exteriores ha cortejado el favor del Emir. En la Convención Anglo-Rusa del 31 de agosto de 1907, Inglaterra renunció a cualquier propósito de alterar las condiciones políticas de Afganistán, de inmiscuirse en su administración o de anexarse su territorio, y se comprometió a no ejercer su influencia en ninguna manera amenazadora para Rusia. Rusia reconoció que Afganistán se encontraba fuera de su esfera de influencia.

CAPÍTULO X

LA GUERRA DEL OPIO

Sobre los afganos la política inglesa intentó imponer un gobernante odioso; sobre los chinos, más o menos en el mismo período, una mercancía odiosa.

Como es bien sabido, China se opuso por muchos años a la entrada de todos los comerciantes europeos y sus mercancías. Una vez que el camino hubo sido abierto finalmente, John Company -como era conocida en Inglaterra la Compañía de la India Oriental- cosechó los principales éxitos. Su principal artículo de comercio fue el opio, recogido de amapolas cultivadas en la India. El cultivo de amapolas se realizaba exclusivamente bajo control del Gobierno (*en régie*). Después de que la Compañía perdió su monopolio, el comercio adquirió proporciones mucho mayores. No era sino contrabando, pues todo el comercio del opio estaba estrictamente prohibido por las leyes chinas. Los horribles efectos físicos y morales de la adicción al opio, eran el fundamento expreso para su prohibición.

Pero las autoridades chinas eran incapaces de impedir el contrabando ante la sistemática promoción del mismo por el Gobierno inglés. Los contrabandistas se volvieron más osados y menos escrupulosos, las quejas de las autoridades chinas mas sonoras. El gobierno inglés declaró que no era su intención autorizar a los súbditos británicos a desatender las leyes de la tierra en la que estaban comerciando. Nadie se tomó en serio esta declaración. Sin embargo, el emperador Suan-Tsung se creyó en posición de aventurar un paso terminante. A través del gobernador de Cantón, Ling, promulgó una petición de entrega de todos los almacenes de contrabando de opio. Veinte mil cajas del valioso producto fueron quemadas. El agente inglés, “encargado de la vigilancia del comercio con China”, se volvió hacia el Gobernador General de la India con una petición de apoyo. Declaró que la vida y la propiedad de súbditos británicos habían sido atacadas y que estaban en peligro, y rogó al Gobernador general que enviase tantos barcos de guerra como pudiese disponer. La Guerra del Opio había comenzado. Las hostilidades en tierra y en el mar duraron desde febrero de 1840 hasta agosto de 1841. Inglaterra y el opio obtuvieron una “gloriosa” victoria. China fue obligada a abrir cinco puertos, a ceder Hong-

Kong, y a pagar 22.500.000 dólares (4.500.000 de libras esterlinas) como indemnización de guerra y adicionalmente 6.250.000 dólares (1.250.000 de libras esterlinas) por el opio quemado.

La conciencia de la nación no permaneció callada. Un torrente de artículos, llenos de expresiones de vergüenza e indignación moral, se desbordó por todo el país. En la Cámara de los Comunes, William Ewart Gladstone, pronunció uno de sus primeros discursos importantes: “Yo no soy competente”, dijo, “para juzgar cuánto puede durar esta guerra... pero sí puedo decir esto: que una guerra más injusta en su origen, una guerra más calculada en su desarrollo para cubrir de deshonra a este país, no conozco ni he leído sobre ella.”³³

Después de la conclusión de las hostilidades, el venerable Duque de Wellington fue encargado con el deber de promover en la Cámara de los Lores un voto de agradecimiento al ejército y a la marina -por “la victoria después de años de guerra en contra de soldados no aventajados en la historia”- comenta McCarthy (vol. i, p. 140) – “a la flota y al ejército que triunfaron sobre los pueriles, desarmados e incapaces ejércitos y flotas de China.”

La cuestión del opio no se resolvió con la guerra. La importación de opio desde la India a China, que en 1810-11 apenas alcanzaba las 4.000 cajas (llamadas *piculs*, cada una contenía unos 60 kilos de peso), había alcanzado en 1835-36 una media anual de 35.500 cajas. Las importaciones continuaron aumentando, a pesar de cada protesta, y en 1855 más de 78.000 cajas fueron introducidas cruzando la frontera. El Gobierno inglés presionó a China para legalizar un comercio que era incapaz de suprimir, y así convertirlo en una fuente de ingreso fiscal. Lo que finalmente se hizo por un tratado comercial en 1858.

“Al mismo tiempo hubo en Inglaterra un despertar del movimiento en contra de la política de introducción de opio en China. Incluso en el período de monopolio de la Compañía de la India Oriental, anterior a 1833, se habían alzado algunas voces partidarias de ayudar activamente al Gobierno chino a reforzar su prohibición de la importación extranjera; y

³³ J. Morley, el biógrafo de Gladstone, dice al respecto (“The Life of William Ewart Gladstone”, vol. I, p. 226): “Este asunto desasosegaba a Mr. Gladstone, como sin duda cabría esperar de cualquier persona que piense que un estado debe tener conciencia.” Este Morley es el mismo hombre que, como Vizconde de Morley, representaba al actual Gobierno en la Cámara Alta. Abandonó el Gabinete debido a que desaprobaba la participación de Inglaterra en la guerra de 1914.

aparte por completo de la oposición parlamentaria al Gobierno del momento, un frente formidable de opinión pública había reunido fuerzas y conseguido el apoyo de los líderes de las obras religiosas y filantrópicas a ese movimiento. Este sentimiento fue alentado y su declaración reforzada por la casi unánime opinión expresada por los misioneros protestantes, ingleses y norteamericanos, que trabajaban en China, de que fumar opio era un mal moral inmenso, que seriamente obstaculizaba sus esfuerzos de atraer a los chinos al reconocimiento de las verdades de la Cristiandad, por lo que incumbía a todas las naciones cristianas dissociarse de un comercio que las desacreditaba ante el extranjero, es decir, que desacreditaba el título de cristiano. El movimiento culminó en un memorial (Documentos sobre el opio, p. 77), presentado el agosto de 1855 por Lord Shaftesbury como presidente de un comité formado para romper toda conexión del pueblo inglés y su gobierno con el comercio del opio...³⁴

“La opinión pública en América se había pronunciado en contra del comercio del opio. De los misioneros protestantes en China desde 1834 a 1860, puede decirse que los americanos doblaban en número a los ingleses; y sus informes a las sociedades matrices producían un efecto notable en el sentido profundamente religioso del pueblo americano.”³⁵

La repugnancia en contra del negocio fue más fuerte en Norteamérica que en Inglaterra. Más aun, el representante de los Estados Unidos fue el único que, en las negociaciones de los años 1832-44, apoyó expresamente la prohibición china del comercio del opio, y se dijo que muchos comerciantes americanos en China antes de ese período se abstuvieron de ese comercio por motivos morales. También fue el Gobierno americano, en Las Filipinas, el que promovió la conferencia sobre el opio que se reunió en Shanghái el 1 de febrero de 1909, y el que declaró que era el deber del Gobierno impedir la exportación de opio a cualquier país que hubiese prohibido su importación.

El comercio floreció sin interrupción (en 1880 las importaciones subieron a unos 97.000 *piculs*, unas 6.600 toneladas) hasta que recientemente, bajo la influencia del movimiento revolucionario en China, se hicieron renovados esfuerzos para suprimirlo. Incluso ha sido prohibido el cultivo de la amapola del opio, que en la misma China se había incrementado regularmente.

³⁴ Morse: “The International Relations of the Chinese Empire” (London, 1910), p. 550

³⁵ Id., p. 551

El negocio del opio continuó a ser una pesada carga sobre la conciencia inglesa -bien fuera por motivos religiosos o por motivos ético-filosóficos. Finalmente, en 1907, el Gobierno Británico anunció su voluntad de reducir gradualmente la exportación de opio desde la India a China, de modo que debería cesar enteramente en el plazo de diez años. Sería interesante saber si esto realmente se llevó a cabo.

Durante todo este período, como es bien sabido, China sufrió serios y profundos disturbios. Junto con la curiosa Rebelión Taiping, que duró más de una década (1855-1866), se produjeron gradualmente ataques por parte de Inglaterra, los cuales, como había sido antes el caso en la Guerra de Crimea, y en todas las cuestiones que afectaban al Próximo y Lejano Oriente, estaban relacionadas con Francia.

El caso de la lorcha (barco-fluvial) *Arrow* proporcionó el motivo para la guerra. El *Arrow* era un bajel chino que en aquel momento navegaba bajo bandera británica, sin ningún derecho a hacerlo. Un vigilante chino había arrestado, el 8 de octubre de 1855, a 12 hombres de este barco bajo acusación de piratería. El cónsul inglés en Cantón exigió la entrega de los prisioneros con el argumento de que el bajel era un barco inglés. (De hecho, durante un tiempo había navegado como un bajel inglés, pero su matrícula había caducado). Ante la negativa de los chinos a su demanda, el cónsul apeló al enviado plenipotenciario en Hong-Kong. Este último exigió no solo la entrega de los hombres arrestados, sino también una apología y la promesa de los funcionarios chinos de que no se repetiría tal ofensa. Los chinos replicaron con inspecciones adicionales, y Cantón fue inmediatamente bombardeado. Las operaciones por tierra y por mar duraron veintidós días.

En Inglaterra la gente no estaba del todo complacida con este proceder. Su ilegalidad era demasiado aparente. El venerable Lord Lyndhurst declaró en la Cámara Alta que ni la ley ni el sentido común podían justificarlo. Era, declaró, imposible situar un barco chino en aguas chinas excluido de la ley china. “Una lorcha propiedad de un chino compró una bandera británica; ¿eso la convierte en un bajel británico?” Esa había sido la pregunta del gobernador chino. “Cuando nosotros estamos hablando de acuerdos negociados con naciones orientales, tenemos sin duda”, dijo Lord Lyndhurst, “una especie de ley difusa y de moralidad difusa en relación a ellas.” Una moción para desaprobación de los hechos fue derrotada en la Cámara de los Lores por 146 a 110 votos. En la Cámara Baja, sin embargo, Cobden consiguió un voto de censura por una pequeña mayoría. Fue un duro golpe

para el Gabinete de Lord Palmerston, que vino en parte de alguno de sus antiguos partidarios. Lord Palmerston, audaz y confiado como siempre, disolvió el Parlamento. Y lanzó la consigna: “un bárbaro insolente violó la bandera británica, rompió el compromiso de los tratados”, etc. La consigna funcionó. Palmerston obtuvo una brillante victoria en las elecciones.

¿Pero había triunfado el caso del bajel pirata y del bombardeo de Cantón? McCarthy emitió este juicio: “*La verdad es que rara vez ha habido un ejemplo tan escandaloso e imperdonable de una ilegalidad despótica en las relaciones entre una nación fuerte y una nación débil.*” Y G. M.

Trevelyan, escribiendo hace muy poco, en 1913, dice: “Es probable que cualquier hombre, incluso el más cordial imperialista, que estudie hoy el tratamiento de China por Palmerston en el asunto del *Arrow*, llegará a la conclusión de que abusó de la fuerza de la Gran Bretaña y *provocó una guerra a partir de una indigna pendencia.*”³⁶

Fue una guerra fastidiosa la que comenzó entonces, jovialmente apoyada por Louis Napoleón. No alcanzó su final hasta el otoño de 1860, no antes de que el palacio de verano en Pekín hubiese sido saqueado durante 3 días por los oficiales ingleses y franceses. Que un profundo odio hacia los europeos había sido alimentado entre los chinos por tales métodos se ha puesto en evidencia con los últimos acontecimientos, que tienen consecuencias de largo alcance.

³⁶ Trevelyan, “Life of John Bright”, p. 258

CAPÍTULO XI

LA GUERRA DE CRIMEA

Una vez que Napoleón había sido aplastado y el conflicto por tierra y por mar de más de un siglo en contra de la rivalidad de Francia se terminó, los ojos de la política inglesa, hasta el final del siglo XIX, se dirigieron ansiosamente hacia Rusia. Pero de todo ello resultó tan sólo una única guerra europea en la que Inglaterra estuviese directamente implicada. La Guerra de Crimea fue obra de Lord Palmerston, quién tenía la ambición de lograr para su tierra natal lo que el viejo Pitt había conseguido unos cien años antes. Lo que Francia había sido para Pitt, Rusia lo fue para Palmerston. Para Palmerston, como para Pitt, la guerra era *un hobby*, a pesar de que ambos podían ser cualquier cosa, pero no líderes militares. El miedo estaba en la raíz de las acciones de ambos. El miedo a la creciente fortaleza del rival y la convicción en ambos de que era el principal deber del Estado era estar en máxima alerta hasta determinar el preciso momento en el que se podían hacer fracasar los planes del enemigo, y entonces presentar la guerra como una necesidad. En ese momento la guerra les parecía a ambos no menos “deseable” de lo que lo era para Napoleón el Grande.

“Palmerston creía, desde un principio, que las pretensiones de Rusia tendrían que ser suprimidas por la fuerza de las armas, y que no podían serlo de otra manera; creía que el engrandecimiento de Rusia era un peligro tan grave para Inglaterra que requería cualquier sacrificio nacional para evitarlo. Creía que una guerra con Rusia era inevitable, y prefería emprenderla más pronto que tarde... Palmerston comprendió mejor que nadie el carácter predominante en el pueblo inglés.”³⁷

La guerra fue emprendida en septiembre de 1854, con una invasión de la Península de Crimea en alianza con Louis Napoleón que apoyaba a Turquía. La participación del Reino de Cerdeña, cuya política estaba dirigida por Cavour, mejoró las posibilidades de los aliados. Tras la caída de Sebastopol (el 9 de septiembre de 1855), y la muerte del zar Nicolás, la guerra comenzó a extinguirse, dado el general desinterés por continuarla, y Napoleón III apoyó la paz, que fue confirmada en París en marzo de 1856,

³⁷ McCarthy, II, Chap. 2, p. 208 (Tauchnitz ed.)

y añadida a su gloria. En Inglaterra la guerra de Crimea fue recordada con pesar, entre otras razones porque puso en evidencia los serios defectos en la organización del ejército, especialmente en su aspecto sanitario. En su comienzo la guerra había sido popular, especialmente porque fue una reacción al pacifismo que en aquel tiempo se asociaba a las tendencias liberales. Pronto, sin embargo, el chasco y la impaciencia se volvieron generalizados; “todo el mundo” manifestaba que la campaña tan sólo había traído descrédito.³⁸ Incluso después de que la paz fuese firmada, la opinión pública permaneció insatisfecha con la manera en que la guerra había sido conducida, lo mismo que con sus consecuencias políticas. Hubo de admitirse que estaban en lo cierto aquellos hombres perspicaces que habían advertido enfáticamente en contra de la campaña. A la cabeza de estos se encontraba un hombre cuya genialidad y carácter nadie en la Gran Bretaña se aventuraría hoy a cuestionar: John Bright. Su oponente, Lord Salisbury, lo calificó como el más grande orador de su época. Inmediatamente después del estallido de la guerra, en una serie de espléndidos discursos en el Parlamento, Bright atacó el principio de hacer guerras para preservar el equilibrio de poder, y el sistema de alianzas implicado en tal proceder. Su referencia al Ángel de la Muerte sobrevolando la tierra se hizo famosa durante las negociaciones de paz en Viena. “El Ángel de la Muerte ha estado por doquier ahí afuera, casi puedes oír aleteando sus alas”, exclamó. Las negociaciones de Viena se malograron sobre la cuestión de neutralizar el Mar Negro; para lograr esto, Palmerston prolongó la guerra un año más. Catorce años más tarde (en 1870) Rusia declaró que no continuaría sujeta a dicho acuerdo; rasgó la declaración como si fuese papel mojado, e Inglaterra se vió frustrada.³⁹ Una conferencia de las potencias en Londres (en enero de 1871) declaró esa cláusula del tratado nula e inválida.

Gladstone, que pertenecía al gabinete responsable por la guerra, declaró más tarde que había sido más el sentimiento que la razón lo que había

³⁸ En noviembre de 1854 había 2000 heridos y enfermos en el hospital de Scutari, y en todo ese mes tan sólo 6 recibieron camisas limpias. (Trevelyan, “Life of John Bright”, p. 242). Un artículo de fondo de *The Times* -que por entonces todavía estaba escrito por hombres competentes y en ocasiones por hombres también moralmente serios- se quejaba, el 23 de diciembre de 1854, de “la incompetencia, letargo, soberbia aristocrática, indiferencia oficial, favoritismo, rutina, perversidad y estupidez con los que se alborotan y deleitan en el campamento en frente de Sebastopol.” (Ibid., p. 236)

³⁹ El veredicto es de Trevelyan. Véase “Life of John Bright”, p. 247

hecho a la guerra popular, pero que fue más la razón que el sentimiento por lo que él había sido arrojado “al abismo del odio”.⁴⁰

Debemos aceptar estos veredictos. Hoy no podría encontrarse ningún hombre reflexivo de nacionalidad inglesa inclinado a justificar la Guerra de Crimea.

⁴⁰ Morley, “Life of Gladstone”, I, p. 495

CAPÍTULO XII

LAS ISLAS JÓNICAS

Gran Bretaña se había reservado para sí un extraño legado a partir de las ruinas causadas por la derrota de Napoleón. Bajo el nombre de “Los Estados Unidos de las Islas Jónicas” -e incluyendo Corfú, Cefalonia, Zákynthos, Pasos, Ítaca y Cintera-, había sido creado un “estado libre e independiente”, por medio de un tratado especial entre Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia, que fue colocado bajo la protección del poder nombrado en primer lugar. Un Lord Alto Comisionado asumió las funciones ejecutiva y legislativa. “Una Carta Constitucional de 1817 conformó un sistema de gobierno que pronto se volvió tan despótico como para contentar al mismísimo Metternich.”⁴¹ El Alto Comisionado pudo simplemente hacer lo que quiso hasta 1848, cuando se produjeron algunos cambios.

Los desórdenes no habían faltado antes, pero en ese turbulento año hubo un levantamiento en Cefalonia, “que el Alto Comisionado suprimió con rigor cruel. Veintidós personas fueron colgadas, trescientas o más apaleadas, la mayoría de ellas sin ningún tipo de investigación judicial. Los incendios y la destrucción de casas y viñedos fueron de una brutalidad difícil de igualar.” Siguió un régimen de terror que se extendió a las otras islas. En virtud de un “poder de alta policía”, el Alto Comisionado fue habilitado para terminar con las actividades de cualquier persona, esto es, “arrancarla de su casa, de su negocio y de su vida. Esta alta policía fue principalmente invocada en contra de los editores de periódicos. No fue infrecuente que un editorial enfadoso fuese castigado con la deportación a alguna isla desierta, rocosa, habitada tan sólo por un puñado de pescadores.” Es típico el hecho de que un informe especial relativo a este método de gobierno, hecho por Gladstone -que fue enviado en 1858 a las islas con una misión especial para introducir reformas-, tan tarde como en 1903 yacía todavía en los archivos de la Oficina Colonial (“existía aún depositado en los archivos de la Oficina Colonial... un informe que todo el mundo estuvo de acuerdo que era impropio se hiciese público”).

⁴¹ Morley, “Life of Gladstone”, I, p. 598

Entre las razones para el descontento, la primera era el deseo de llegar a formar parte del nuevo Reino de Grecia; próxima a ésta causa venía la oposición natural a la tiranía del gobernador británico. En el fondo, sin embargo, yacían también condiciones sociológicas de propiedad de la tierra y de la agricultura, dado que los propietarios eran principalmente extranjeros (italianos).

El conflicto entre la Asamblea y el virreinato se fue volviendo cada vez más crónico y antipático para el gobierno central en Londres. A pesar del hecho de que Gladstone había declarado en mayo de 1861 -con la más hipócrita de las cantinelas- que el abandono de la empresa sería “un crimen en contra de la seguridad de Europa”, el caso es que eso fue precisamente lo que de hecho ocurrió el 29 de marzo de 1864. Y así llegó a su final un protectorado británico que ha sido caracterizado por todos los comentaristas e historiadores como un capítulo del más extremo despotismo.

Inglaterra se contentó reteniendo en el Mediterráneo la isla de Malta, que arrebató a los franceses; los cuales, por su parte, no tenían título legal alguno para la posesión de la isla.

CAPÍTULO XIII

JAMAICA

El desgobierno inglés se puso en evidencia a sí mismo, de una manera todavía más impresionante que en las Islas jónicas, en la más importante de las colonias de la Corona en las Indias Occidentales. En Jamaica, es verdad, la esclavitud había sido abolida en 1838, pero la opresión sobre los negros se había vuelto más pesada, no más ligera. En octubre de 1865, el malestar se manifestó con disturbios de naturaleza mucho más seria que lo habitual, disturbios en los que encontraron expresión las bien fundadas quejas de los negros. Y sin embargo, todo el asunto fue poco más que un alboroto ordinario. “Tan evanescente fue todo el movimiento, que todavía hoy se discute si hubo realmente una rebelión... o si los tumultos no fueron sino la improvisada obra de una masa descontenta y turbulenta.”⁴²

El gobernador proclamó la ley marcial sobre todo el territorio, excepto en la ciudad de Kingston. En Kingston vivía un negro llamado Gordon, que tenía un pequeño establecimiento comercial y que era miembro de la Cámara de Diputados de la colonia. Se había destacado como un defensor de los derechos de los negros, con un proceder enérgico, pero siempre legal, tanto dentro como fuera de la Cámara. Bien pronto fue arrestado, y dado que la ley marcial no prevalecía en Kingston y hubiese sido necesario llevarlo ante un tribunal civil ordinario, fue trasladado a otro distrito y presentado ante una corte militar compuesta de dos jóvenes oficiales de marina y un subalterno de infantería. Gordon fue acusado de alta traición, encontrado culpable y sentenciado a muerte. Como el día siguiente era domingo, la ejecución no se llevó a cabo hasta el lunes. “La totalidad de los procedimientos relacionados con el juicio de Gordon fueron absolutamente ilegales; fueron ilegales desde el primero al último... En ese procedimiento cada paso supuso una clara violación de la ley. Pero dado su trágico final, todo el asunto parecería más bien pertenecer al terreno de lo grotesco que al de la sobriedad histórica.”⁴³ McCarthy entra en detalles para probar esto y

⁴² McCarthy, IV, p. 117 (Tauchnitz ed.)

⁴³ Id., p. 121

apoya sus afirmaciones refiriéndolas a las críticas del juez presidente Cockburn, quién más tarde declaró que nueve-décimas partes del testimonio admitido debería haber sido rechazado bajo todas las reglas del procedimiento, no solo de los tribunales civiles sino también militares.

“Mientras tanto, continuaba el carnaval de la represión. La insurrección, o lo que fuera el movimiento que estalló el 11 de octubre, se había terminado mucho antes. Nunca ofreció la mínima resistencia a los soldados... Jamás un ejército insurgente fue avistado por ellos. Sin embargo, durante semanas, prosiguieron los ahorcamientos, las palizas, los incendios de casas. Los hombres eran colgados, las mujeres golpeadas, tan sólo por el hecho de ‘ser sospechoso de ser sospechoso’.”⁴⁴ 439 personas fueron asesinadas, más de 600 golpeadas, y unas 1000 casas quemadas. Se hicieron látigos especialmente efectivos, con cuerdas de piano. Una comisión nombrada más tarde declaró que “es penoso pensar que ningún hombre debería haber usado tal instrumento para torturar a sus prójimos.”⁴⁵ El informe de la comisión fue emitido en abril de 1866. Motivó la revocación del gobernador, si bien la opinión pública estaba dividida. Se formaron comités a favor y en contra de los métodos usados en contra de los jamaicanos. En ambos lados aparecen los más conocidos nombres de la época (la mitad de la era Victoriana). Apoyando al gobernador estuvieron Disraeli, Tennyson, Kingsley, Carlyle, Dickens, Ruskin; En defensa de los negros salieron John Bright, Herbert Spencer, Huxley, Goldwin Smith. John Stuart Mill fue el líder de este grupo. Incluso el partido del gobernador no estaba inclinado a justificar las crueldades y el asesinato legal de Gordon -al menos muchos de ellos no irían tan lejos-, pero sí que expusieron todas las razones que parecían demandar la implacable represión del levantamiento. Por el otro lado, los oponentes del gobernador pusieron especial énfasis en la insignificancia del levantamiento y en que ya había sido por completo sofocado cuando comenzó el reinado del terror. Sus adversarios replicaron exaltando las cualidades morales del gobernador y atacando el carácter de Gordon. Huxley, el renombrado naturalista, se limitó a observar sobre este asunto “que él no conocía ninguna ley que autorizase a las personas virtuosas, por el mero hecho de serlo, a mandar a la muerte a personas menos virtuosas, por el mero hecho de serlo.”⁴⁶

⁴⁴ Id., p. 123

⁴⁵ McCarthy, IV, pp. 123-4

⁴⁶ Id., pp. 127-8

CAPÍTULO XIV

LA GUERRA DE LOS PROPIETARIOS DE ESCLAVOS EN AMÉRICA

El tráfico de negros, con el que los marinos comerciantes ingleses habían “ganado” tantos millones, era, como es bien sabido, una cuestión en disputa durante la Guerra Civil Norteamericana, a pesar de que este aspecto del conflicto no ocupaba en sus comienzos el lugar principal.

El Gobierno Inglés estuvo más de una vez a punto de tomar partido a favor de los propietarios de esclavos del Sur. La opinión pública -al menos entre las clases altas, quienes están siempre en la mejor posición para hacer prevalecer sus opiniones- estaba indudablemente del lado de los Confederados. Esto se debía a motivaciones en parte aristocráticas, y en parte librecambistas y liberales. La repulsión ética a la esclavitud, cuyo más elocuente defensor era el intrépido John Bright, no encontró sino una débil o nula respuesta en esos círculos sociales. El periódico *Times* señaló que la Biblia no prohíbe la esclavitud expresamente en ningún sitio. Se creía confiadamente que el Norte sufriría una derrota aplastante. “Las clases influyentes estaban con toda su alma por el Sur”. De igual manera, Napoleón III no tenía la mínima duda de que la causa del Sur triunfaría y que la Unión estaba acabada definitivamente. También él deseaba, junto con el Gobierno Inglés, apoyar a la Confederación a través de su reconocimiento. “Conviene tener bien presente que tan sólo hubo dos estados europeos que abrigasen este sentimiento y que permitieron que así fuera sabido por todo el mundo.”⁴⁷ Estos fueron Inglaterra y Francia. Lincoln y sus amigos habían dado por supuesto la simpatía del pueblo inglés y del Gobierno Inglés. Pero fueron desengañados amargamente cuando se dieron cuenta que sus desventuras transitorias eran objeto de burla para los hombres de estado, los periodistas y los clérigos ingleses, y que toso esos círculos deseaban abiertamente el éxito de sus enemigos. Surgió un conflicto serio a raíz del caso del barco mercante inglés *Trent*,

⁴⁷ McCarthy, III, p. 253

que fue registrado por un crucero de los Estados Unidos. A bordo del *Trent* iban apoderados de los Estados del Sur, a quienes hizo prisioneros el capitán del crucero. Hubo una gran excitación en Londres por el hecho de que los plebeyos de los estados del Norte se hubiesen atrevido a imitar la práctica seguida durante siglos por la aristocracia inglesa -una práctica que había llevado a crear el sistema de la 'neutralidad armada' en Europa y a la Guerra de 1812 con los Estados Unidos. Todo depende de *quien sea el buey corneado*. El presidente Lincoln bien pronto absolvió y entregó a los prisioneros, pero el asunto causó mucha amargura, principalmente -de acuerdo con el juicio de McCarthy- como resultado de las despóticas maneras con las que se había comportado el Gobierno Inglés.

Aun admitiendo que Inglaterra jugó aquí el papel de defensora de los derechos de las naciones, bien pronto ocurrió un suceso que dio a los Estados Unidos motivo para quejarse. El crucero *Alabama*, navegando bajo bandera de la Confederación, capturaba barcos mercantes del Norte, uno tras otro. Para hacer eso, acostumbraba a utilizar la bandera inglesa, para mejor engañar a sus víctimas. Bajo las reglas de la guerra naval, estaba en su derecho. Pero el *Alabama* era, de hecho, un barco más inglés que americano, y lo mismo era verdad de otros varios cruceros "Confederados". Fueron construidos en un astillero inglés; sus tripulaciones eran casi exclusivamente inglesas; los cañones y los artilleros eran ingleses, y estos últimos pertenecían a la reserva de la Marina Real y eran pagados por el Gobierno Británico. El Gobierno Británico no prestaba atención a las representaciones enviadas por la Unión, al menos mientras se creyó que la Unión sería derrotada. Y esta creencia persistió hasta que las victorias de Grant y Meade no pudieron ya ser mantenidas en secreto. Las crónicas de estas victorias fueron recibidas en Londres con gran disgusto. "En alguno de los clubs hubo positiva indignación de que tales noticias hubiesen sido publicadas."⁴⁸ Cuando la victoria del Norte se hizo demasiado obvia, hubo un cambio completo de opinión. La clase trabajadora, bajo la influencia de John Bright y de algunos otros amigos de la causa de la Unión, había estado apoyando al Norte desde el lanzamiento por Lincoln, el 22 de septiembre de 1862, de la Proclama de Emancipación.

El asunto del *Alabama* estuvo en disputa durante años. Fue finalmente remitido a un tribunal de arbitraje que se reunió en Ginebra. El veredicto de este tribunal (15 de septiembre de 1872) consideró a Inglaterra responsable de las pérdidas ocasionadas por el *Alabama* y otros dos corsarios. Inglaterra

⁴⁸ McCarthy, III, p. 277

se vio obligada a pagar a los Estados Unidos una indemnización que ascendió, junto con los intereses, a 15.000.000 de dólares, por ruptura de la neutralidad.

Así terminó la participación -pues eso fue- del Gobierno Inglés en apoyo de los propietarios de esclavos de América.

CAPÍTULO XV

EL MOTÍN HINDÚ

Pero todos estos asuntos, en relación con su significación para el Imperio Británico Mundial, no son comparables con la rebelión en la India de los años 1857-1859, la cual, bajo el nombre de “el Motín Hindú”, es descrita como una simple revuelta de mercenarios, a pesar del hecho de que fue, o llegó a ser, mucho más que eso. Significó el colapso del dominio de la Compañía de la India Oriental.

Todavía se discute en Inglaterra si las anexiones de Dalhousie y sus métodos de gobierno fueron o no la causa de la sublevación. Más sorprendente fue la manera en la que él destruyó el Reino de Oudh -con una burda violación de los tratados solemnemente acordados-, pues allí era principalmente reclutado el ejército bengalí. Es tenido por cierto que esto contribuyó en buena medida a hacer odiosa la dominación británica. Los ingleses habían ignorado por doquier los sentimientos religiosos tanto de los hindúes como de los mahometanos, y habían violentado los prejuicios de casta. Los motines de los mercenarios nativos eran tan antiguos como la propia institución de los ejércitos asalariados. El temor a que podían ser empleados fuera del país y en consecuencia perder la casta, incidió con fuerza particular sobre estos sentimientos de casta. Se sumó a ese temor la pequeña guerra que Inglaterra sostuvo en Persia en 1856. Además estaba muy extendida la creencia de que la dominación británica de la India iba a durar 100 años, y fue justo 100 años antes, en 1757, que la gran victoria en la batalla de Plessey había dado a Clive la dominación de la India.

La historia del motín es una historia de atrocidades horripilantes por ambos bandos. Su supresión final dejó una impresión terrible y especialmente profunda en los sentimientos de Europa, a causa del método inglés de llevar a cabo las sentencias de muerte, atando a las víctimas a las bocas de los

cañones, que luego eran disparados. Este método de ejecución compasivo ya había sido empleado sobre los Lipaki en 1764.⁴⁹

Una vez sometido el motín, se hizo palpitante la cuestión sobre sus causas. El coronel Malleon, quién, complementando la obra de Kaye, nos ha legado el más penetrante relato histórico de los sucesos, contesta a la pregunta declarando que la causa primera fue la mala fe del Gobierno Inglés hacia los cipayos. “El Gobierno castigó a los cipayos porque rehusaron cumplir con un contrato que el propio Gobierno había roto”, escribió. Esto ocurrió en 1843, y en 1853, “de la manera más imprudente, el Gobierno intentó otra ruptura de contrato.” En este caso fue Lord Dalhousie la persona culpable. Sus “despóticas medidas” fueron coronadas con la adhesión de Oudh. “El motín, con toda seguridad, fue una consecuencia de estos actos; y del intento, como lo he calificado, de ignorar el silente cambio de épocas; de imponer las ideas occidentales sobre un pueblo oriental; y de haber pisoteado los prejuicios y descuidado las obligaciones en el curso de ese intento.”⁵⁰

⁴⁹ Ya en 1764 se hizo necesario pisotear un motín reventando 30 cipayos por la boca de un cañón. “Britannica Encyclopedia”, XIV, p. 446

⁵⁰ Malleon, “History of the Indian Mutiny”, vol. III, pp. 472-476; preface, p. viii.

CUARTA SECCIÓN: EL IMPERIALISMO MÁS RECIENTE

CAPÍTULO XVI

EGIPTO

Desde la Revolución Francesa, la tierra de los Faraones ha sido la manzana de la discordia entre ingleses y franceses por sus aspiraciones de conquista. Estas aspiraciones han estado, directamente, al servicio de los fines de explotación económica y financiera. No hubo guerra alguna desde 1815 entre las dos potencias, ni a causa de esto ni tampoco motivada por las colonias. Sin embargo, la política inglesa tuvo éxito, sin necesidad de recurrir a la guerra, en volver a Francia cada vez más dependiente de Inglaterra. Ha domesticado a la que una vez fue tan poderosa y temida nación, arrojando tanto forraje en su pesebre como le pareció necesario para apaciguar su sed de sangre.

El genio francés y la técnica francesa habían planeado y construido el Canal de Suez. Cuando en 1864 Ferdinand de Lesseps apeló a Lord Palmerston para que pusiese fin a la oposición al proyecto que había organizado en Constantinopla la diplomacia inglesa, el Ministro declaró: “que en opinión del Gobierno Británico el canal era una imposibilidad física, que si llegara a hacerse perjudicaría la supremacía marítima británica, y que el proyecto era simplemente un ardid en pro de la interferencia francesa en el Este.” Se trata con toda seguridad de un buen ejemplo de la clarividencia y altura de miras del arte británico de gobierno ¡qué todavía gusta ver en Palmerston a un representante típico!

La concesión por el Sultán no se confirmó antes de 1866. Mientras tanto, Lesseps había organizado una compañía de acciones para la construcción del canal, que se abrió en noviembre de 1869. En 1875, Disraeli, en quien se habían acoplado admirablemente el financiero y el hombre de estado, compró al Virrey de Egipto 176.602 acciones del Canal de Suez. Esto marca el comienzo de la conquista financiera y de la concomitante

conquista territorial de Egipto por Inglaterra. El estado estaba al borde de la bancarrota. Para impedirla, se impuso, por la fuerza misma de los hechos, el íncubo del control financiero anglo-francés (el Control Dual). En el año 1881 se produjo una sublevación bajo el liderazgo del oficial egipcio Ahmed Arabi, dirigida también en contra de los turcos. En palabras de Lord Cromer -que en 1878 había sido miembro de una comisión francesa y que más tarde, en 1884, llegó a ser cónsul-general y gobernador *de facto*-, fue “una genuina revuelta en contra del desgobierno.” El movimiento fue un éxito; Arabi se convirtió en Ministro de Guerra. Esto no convenía al íncubo. Barcos ingleses y franceses aparecieron en Alejandría para proteger los intereses de los estados acreedores; una revuelta en esa ciudad, en la que algunos súbditos británicos perdieron la vida, suministró el pretexto para el bombardeo, el 11 de julio de 1882, de sus débiles fortificaciones exteriores, lo que aumentó la anarquía.

El almirante inglés no actuó enteramente bajo su propia responsabilidad. En cuanto tal, no estaba preocupado por la ley de naciones, pero detrás de él estaba su Gobierno, que ahora sostenía que su misión era suprimir la “rebelión”. Siguió la ocupación de la tierra del Nilo, la cual, a pesar de que el sometimiento del Sudán no ocurrió hasta más tarde (1898), bien pronto supuso su anexión política. Francia, cuyo Gobierno insistió durante años en que Egipto debía ser desocupado, fue eliminada por la *entente*, y por el tratado de 1904, que equivalía a una partición del Norte de África. “Nosotros retenemos Egipto, tú te apoderas de Marruecos. Los otros poderes no tendrán negocios ni aquí ni allá. Si por ventura Alemania se entromete en Marruecos, Gran Bretaña protegerá a Francia.”

Ese fue el verdadero significado de este tratado. Que aquí viniera al caso un ápice de “derecho”, ninguna de las partes contratantes se ha atrevido nunca a declarar. El único derecho fue aquel que Shylock reclama.

Gladstone, el hombre de estado, ya había escrito precozmente en 1877: “Nuestra primera ocupación en Egipto, sea por latrocinio o sea por previa expropiación seguida de compra, será casi con toda seguridad el germen de un imperio en el Norte de África, que crecerá y crecerá... hasta que finalmente nos estrechemos las manos a través del ecuador con Natal y Ciudad del Cabo, por no decir nada del Transvaal y del Río Orange en el Sur, o de Abisinia y Zanzíbar, que serán deglutidas como viático de nuestro viaje.”⁵¹

⁵¹ Gladstone's “Gleanings”, IV, p. 357.

A este mismo Gladstone le correspondió, como Primer Ministro, la tarea de defender el bombardeo de Alejandría. John Bright, que era miembro de su gabinete, dimitió a causa del asunto. Goldwin Smith (que fue profesor de historia moderna en Oxford desde 1858 hasta 1866) le escribió: “Esta es una guerra entre propietarios de acciones”. Esta fue también la interpretación de Bright. Él había autorizado el bombardeo, ya que era un miembro del gabinete, y ese pensamiento le amargaba intensamente. La iniciativa había partido de Lord Chamberlain, en aquel tiempo todavía un radical. Un audaz e incansable abogado por un trato decente y honrado a los egipcios fue Wilfrid Scaven Blunt, que había vivido mucho tiempo en Egipto y estaba en 1882 en el lugar mismo de los sucesos. Disfrutaba de la completa confianza de Arabi, al que describe como un noble entusiasta y un verdadero creyente musulmán. Bismarck calificó a Arabi como un poderoso factor que se debería tener muy en cuenta. El general Gordon, cuyo trágico destino en Jartum fue una consecuencia más de las complicaciones en Sudán que siguieron a la ocupación de Egipto, escribió el 3 de agosto de 1882 una carta de aprobación a Blunt desde Ciudad del Cabo, en el momento de mayor excitación pública de ese año. La carta se burla de la discreción del entonces Secretario de Estado, Sir Charles Dilke, y dice: “¿Podrían las cosas haber terminado peor si él lo hubiese revelado todo? Yo creo que no. No más control, no más empleados cobrando 373.000 libras al año -no más influencia de los cónsules generales, una nación que nos odia -no más Tewfik- no más interés -una ciudad bombardeada, Alejandria- estos son los resultados de la gran diplomacia secreta... En cuanto a Arabi, con independencia de lo que sea de su persona, vivirá por siglos en el pueblo. Ellos no volverán a ser otra vez ‘vuestros obedientes servidores’.”⁵² Blunt consideró necesario, veinticinco años después de los sucesos, completar las justificaciones iniciales de su proceder, escribiendo un libro que en su comienzo contiene algunos documentos interesantes, entre ellos varias cartas de Ahmed Arabi. En un prefacio del libro, escrito en 1895, Blunt dice: “Tal vez podría ocurrir también que la cuestión egipcia, aunque ahora latente, se reactive por sí misma inesperadamente de una forma urgente en el futuro, exigiendo a los ingleses un nuevo examen de su posición política y moral allí.” Fue a este fin que él quiso contribuir con el material que había reunido. En un “Prefacio” escrito más tarde, en 1907, declara que para este propósito “es necesario primero que los ingleses tengan expuesto ante ellos el pasado tal

⁵² Wilfrid Scaven Blunt, “Secret History of the English Occupation of Egypt” (1907), p. 28

y como realmente fue, y no como les ha sido presentado durante tanto tiempo por los engañosos documentos de sus Informes Oficiales.” Él señala el hecho de que Lord Cromer estaba en El Cairo tan sólo durante una parte del período revolucionario. Blunt se impuso a sí mismo la tarea de, “ofrecer una exposición completa y en detalle de todo el drama de intriga financiera y política debilidad tal y como me fue revelado en el momento.” Una parte del libro se compone de páginas de su diario. Estas son muy pesimistas sobre el futuro de su país. “La decadencia de Inglaterra estriba en causas mucho más generales que aquellas por las que puede hacerse responsable a cualquier hombre o partido. Nosotros fracasamos porque no somos ya honestos, no somos ya justos, no somos ya unos caballeros.”⁵³ Evidentemente Blunt piensa en ese momento también que la honestidad y la justicia de la política inglesa, aunque no perfecta, era no obstante superior en un período anterior.

Naturalmente, sus puntos de vista han sido severamente atacados. La autoridad reconocida en lo que atañe al Egipto moderno y a la conquista inglesa es la obra en dos volúmenes de Lord Cromer “Modern Egypt”. Con toda estimación hacia este excelente trabajo, uno debe a Blunt, sin embargo, hacer la justicia de señalar que Cromer está en desventaja en tanto que él no vivía en Egipto durante el período crítico. Lord Cromer trae a discusión las palabras del profesor Sayce, la reconocida autoridad en lenguas semíticas: “Aquellos que han estado en el Este y han intentado mezclarse con la población nativa saben bien que es totalmente imposible mirar el mundo con los mismos ojos que el Oriental. Sin duda, por un momento el europeo puede figurarse que él y el Oriental se comprenden el uno al otro, pero más pronto o más tarde llega ese instante en el que súbitamente es despertado de su sueño, y se encuentra a sí mismo en presencia de una mente tan extraña para él como lo sería la mente de un habitante de Saturno.”⁵⁴

Quizás para la observación de ciertos acontecimientos se aplicará también la norma de que es precisamente en Oriente donde uno tiene que haber experimentado estas cosas para poder entenderlas. Más aún, Blunt, un hombre rico, vivió en Egipto privadamente, como un caballero, mientras que Cromer (antes Sir Evelyn Baring) fue allí tan solo por encargo del Gobierno Inglés.

⁵³ Blunt, p. 92

⁵⁴ Prof. Sayce, “The Higher Criticism and the Monuments”, p. 558

Mientras tanto, reservémonos más bien nuestro juicio. Podemos, sin embargo, aceptar como correctas aquellas cosas en las que Cromer y Blunt están de acuerdo. Incluso Cromer confirma, al final de su obra, con respecto a Egipto, aquello que se dijo de la India poco después de la anexión del Punjab: “En ningún sitio somos amados”. Él lo considera “una falta de gratitud de una nación extranjera por las aportaciones extranjeras”, pero dice que tal ingratitud es casi tan vieja como la historia. En otro lugar⁵⁵, Cromer mismo se refiere a la afirmación de Seeley de que “sería muy temerario asumir que cualquier gratitud que pudiera haber despertado nuestro Gobierno, aquí o allá, pudiera ser suficiente como para compensar el descontento que hemos causado entre aquellos a los que hemos privado de respeto e influencia.”

Pero el descontento no se refiere tan sólo a las reglas de antes, sino también a los gobernantes. La dominación extranjera es opresiva *per se*. Se la siente como una carga, incluso cuando trae consigo reformas bien acogidas. El descontento crece y se agudiza por acontecimientos que hacen evidente que los gobernantes extranjeros unen a la falta de comprensión de las costumbres nativas una severidad hacia los crímenes que surgen precisamente de un intento de observar dichas costumbres. Tal aconteció en Egipto con el caso Denishwai. En el Nilo tan solo se puede disparar a las palomas con el permiso del “omdeh”, el cacique del lugar, pues los habitantes de la aldea aprecian a sus semi-domesticadas palomas como una propiedad valiosa que cuidan con gran diligencia. Los oficiales ingleses disfrutaban disparando a las palomas. Sucedió entonces que una partida de 50 oficiales ingleses, en una marcha a través del delta del Nilo, fue sorprendida disparando a las palomas y detenida. Sus armas fueron requisadas, una escopeta fue descargada, hiriendo a varias personas, entre ellas a una mujer. El pánico se desató y los ingleses fueron gravemente golpeados. Uno de ellos murió más tarde de insolación, pero su muerte fue adjudicada a sus heridas. Una corte extraordinaria, que existía para tales casos, inmediatamente condenó a muerte a cuatro egipcios, otros varios a largos períodos de prisión, y siete a recibir cada uno cincuenta latigazos. Las ejecuciones y los latigazos fueron llevados a cabo en al acto.

Sir Edward Grey había sido recientemente nombrado Ministro de Asuntos Exteriores en el nuevo Gobierno liberal. No sólo defendió el drástico veredicto, sino que el 6 de julio lanzó una advertencia contra futuros brotes de *fanatismo* en Egipto, que podrían posiblemente hacer necesarias

⁵⁵ *Edinb. Review*, Jan., 1908, reprinted in “Political and Literary Essays” (1913), p. 13

medidas más extremas. A esta advertencia, el nuevo líder del partido nacional egipcio, Mustafá Pasha Kamel, replicó que él, lo mismo que sus compatriotas, creía que Sir Edward Grey había hablado en el Parlamento tan sólo con el propósito de obstruir toda discusión sobre la espantosa realidad de Denishwai. Pero, preguntó, ¿es digno de Inglaterra, del país que desea ser representativo de la humanidad, de la justicia y de la civilización, aprobar y adoptar como propios los actos de aquellos que ofrecen al mundo la tristeza y el drama terrorífico de la barbarie -las ejecuciones de Denishwai?

La posterior historia de la usurpación inglesa de Egipto proveerá tal vez una respuesta penetrante a esta pregunta. No han faltado en la Cámara Baja y en su propio partido una fuerte oposición y una crítica incansable a Sir Edward Grey.

Una palabra puede decirse aquí de los conflictos por Sudán, que formaron parte de la conquista de Egipto. El trágico destino del General Gordon causó una profunda impresión entre sus contemporáneos, y fuera de Inglaterra también. Hasta qué punto su Gobierno fue responsable de su muerte, es cosa que aquí no nos concierne. Por lo demás, sin embargo, basta citar una frase impresionante del gran filósofo Herbert Spencer, escrita por él no mucho antes de su muerte en 1903. Dijo: “el amor a mi país no se acrecienta en mí al recordar que -después de que nuestro Primer Ministro había declarado haber comprometido nuestro honor con el Jédive para reconquistar Sudán- nosotros, después de la reconquista, comenzamos sin dilación a administrarlo en el nombre de la Reina y el Jédive, anexándolo de hecho.” En ese mismo pequeño artículo encontramos esta sentencia: “La contemplación de los actos por medio de los cuales Inglaterra ha adquirido en torno a ochenta posesiones -asentamientos, colonias, protectorados, etc.- no despierta sentimientos de complacencia.”⁵⁶

⁵⁶ Artículo sobre “Patriotism” en “Facts and comments”, pp. 88-89

CAPÍTULO XVII

LA GUERRA DE LOS BOERS

Para los Boers, la conquista del Transvaal y del Estado Libre de Orange - que les robó las últimas regiones permanentes de su independencia política - fue la consumación de un “Siglo de Injusticia”. (Éste fue el título de un folleto publicado por el ex Secretario de Estado, F. W. Reitz).

La Colonia del Cabo, el punto central de la dominación británica en Sudáfrica, fue parte del botín obtenido con ocasión de las batallas en contra de la República Francesa y más tarde en contra de Napoleón. Al principio en 1795, después en 1806 y finalmente en 1814 la Gran Bretaña echó mano a la vieja colonia holandesa. “El título británico a la Colonia del Cabo se basó en la conquista, el tratado y la compra. Los deseos de los habitantes no fueron consultados y surgió en ellos un resentimiento por haber sido su futuro dispuesto de ese modo.”, informa el inglés Frank R. Cana.⁵⁷ Bien sabe él que no fue sino la conquista lo que fundamentó realmente ese “título legal”.

La repugnancia al dominio inglés, que en este caso avasalla no ya asiáticos o negros o colonos de ascendencia inglesa, sino a descendientes de una vecina tierra europea, se ha incrementado en proporción a lo que se ha extendido tal dominio. Todavía están frescos en la memoria los acontecimientos que contribuyen a ello. Incluyen la derrota de los ingleses en Majuba Hill (1881); la organización de la Liga Afrikáner (1882); el descubrimiento de los campos de diamantes y de las minas de oro; los procedimientos sistemáticos de Cecil Rhodes y su Compañía de Acciones; la política del presidente Kruger; las reclamaciones de los *Uitlanders* en el Transvaal; la provocada invasión del Dr. Jameson (la razia de Jameson), instigada por Cecil Rhodes, por entonces ministro de la Colonia del Cabo; y los horribles y perennes resultados de este crimen. “No puede negarse que los acontecimientos que acompañaron la incursión de Jameson causaron una gran amargura entre los holandeses de la Colonia del Cabo e

⁵⁷ Encyc. Brit., article “South Africa”, XXV, p. 470

influyeron en su actitud posterior en contra de los Boers del Transvaal.⁵⁸ En el año 1897 Sir Alfred Milner, un imperialista fanáticamente despiadado, fue nombrado Virrey de Sudáfrica y Gobernador de la Colonia del Cabo. Esto significaba que se retomaba otra vez la política de fuerza -por un tiempo en desuso-, ya que respaldando a Milner estaba el Secretario de Estado para las Colonias, Joseph Chamberlain. Desde el mismo comienzo gobernó la República del Transvaal como si fuera un estado sujeto a obediencia, a pesar de que, bajo el tratado de 1884, la situación del Transvaal, según la ley internacional, era tan solo de dependencia en un grado limitado, pues en 1877 se había librado por sí mismo de ser incorporado al Imperio Británico. Siguió la guerra de los tres años (1899-1902), con el sometimiento definitivo y la reglamentación de las nuevas colonias, la introducción de mineros chinos bajo condiciones que los convertían de hecho en esclavos, y, finalmente, el otorgamiento de gobierno propio y la constitución de la Unión Sudafricana como uno de los miembros del Imperio Británico.

Al principio la guerra trajo consigo varias derrotas para el ejército británico. Más tarde el ejército pudo anunciar victorias. “A lo largo del curso de la guerra Inglaterra envió a Sudáfrica cerca de 450.000 hombres. De estos, sobre 340.000 vinieron de la madre patria, el resto de la India, las colonias y la misma Sudáfrica. Toda la fuerza armada de los Boers en el campo de batalla era bastante inferior a los 75.000 hombres.”⁵⁹ McCarthy opina que en vista de la proporción relativa de fuerzas (6 a 1), ningún poeta podría entusiasmarse demasiado por la victoria, y que si hubiese sido una guerra entre poderes extranjeros, con toda certeza la simpatía del pueblo inglés habría estado del lado del más débil.

La simpatía de todo el mundo civilizado no-inglés estuvo del lado del más débil, hasta el punto de que la guerra significó una severa derrota moral para la política mundial inglesa. Las hipócritas cantinelas con las que se lanzó la guerra de conquista no tuvieron valor alguno fuera de las fronteras inglesas; nadie las aceptó; fueron arrojadas a la cara de Chamberlain, Milner y sus lugartenientes.

Ya en 1850 la Reina Victoria “reconoció ante el Primer Ministro que no podía observar sin dolor que Inglaterra era generalmente detestada.” Cincuenta años más tarde, después de haber celebrado su jubileo de diamantes en el trono, ella encontraría todavía muchas más razones para

⁵⁸ Encyc. Brit., *ibid.*

⁵⁹ McCarthy, “History of Our Times”, VII, p. 126

ese dolor. Hablaron en su presencia los grandes hombres del país, hombres que pertenecían tanto al Gobierno como a la oposición, aunque estos últimos no se atrevieron sino a una débil protesta en contra de la guerra.

El 31 de octubre de 1900, el Señor de Kimberley se refirió al hecho de que “nosotros somos de modo acostumbrado odiados por los extranjeros”.

El 16 de diciembre de 1901, El Señor de Rosebery, Primer Ministro entre 1895 y 1896, testificó que “no existe paralelo al odio y a la mala voluntad con la que somos mirados casi unánimemente por los pueblos de Europa”.

El mismo Lord Salisbury, a la cabeza del Gobierno, declaró el 9 de Mayo de 1900, “que este país ha sido señalado con reproches por casi todas las culturas de Europa”. Y en un discurso posterior (el 6 de Junio de 1902), suscitó la cuestión de “si la raíz de la amargura contra Inglaterra -que él era por completo incapaz de explicar- acaso no pudiera referirse a algún sentimiento más profundo que en el futuro nos veremos obligados a reconocer”.

En el año 1902 apareció también el interesante trabajo del Honorable George Peel, “The Enemies of England”, del que fueron tomadas las citas anteriores. Peel piensa que “ese sentimiento ha sido prevalente como un factor general en Europa desde la última mitad del siglo XVIII.”

Sin duda que acierta, pues esta hostilidad ha tenido en Francia siempre su asiento. Desde las palabras del Ministro Cardenal Bernis (en torno a 1750), “Inglaterra llegará a ser el déspota del universo”, hasta el libro de Jean de la Poulaine (1902), “The Colossus with Feet of Clay”, ¡qué récord podría exhibirse de expresiones de repugnancia francesa, de burlas francesas y de odio francés contra Inglaterra!

Peel reconoció correcta y completamente la causa y el meollo del “profundo, difundido y antiguo” sentimiento que Inglaterra ha atraído sobre sí en el Continente. Lo situó en el hecho de que la política de Inglaterra, “en un cierto estadio de su progreso” se había opuesto sistemáticamente a cualquier poder “que aspirase a la primacía del mundo”. “Más allá de toda amargura”, dice, “esto sigue siendo la verdadera cuestión en disputa entre nosotros y nuestros críticos Continentales; y en relación a la pregunta de si esta oposición nuestra estaba o no justificada, debemos contentarnos con sostenerlo así o admitir la respuesta dada en las interpretaciones de algunas mentes imparciales.”

Y cuando responde entonces que “nuestros hombres de estado han buscado incesantemente nuestra *seguridad*, la cual en cada época importante de los

asuntos europeos ha sido la misma que la seguridad de Europa”, esto no lo dice por hablar a la manera *cant* (pues a este autor no le gusta hablar así), sino por una dudosa generalización sobre los asuntos de estado de Luis XIV y Napoleón, el último de los cuales en realidad luchó más en contra de la supremacía de Inglaterra que por la supremacía de Francia.

Por volver a la Guerra de los Boers, este conflicto fue decidido exclusivamente por los intereses imperialistas de Inglaterra, detrás de los cuales se hallaban, como siempre, los poderosos intereses comerciales.

W. H. Lecky, el historiador, políticamente conservador y unionista, escribió en 1900 un folleto titulado “Moral Aspects of the South African War”. Se trata, de principio a fin, de una defensa de la política inglesa y un severo ataque al gobierno del Transvaal. Con todo, Lecky se ve obligado a admitir estas matizaciones:

“Estoy lejos de afirmar que nuestra conducta en otros aspectos fuese impecable. Hay varias páginas en la historia de los primeros tratos ingleses en el Transvaal que de ningún modo favorecen nuestro crédito. Una población de mineros como la que tenía su centro en Johannesburgo nunca se organiza con el orden más deseable, y en la presente generación la especulación financiera se ha entremezclado en exceso, tanto en Inglaterra como en África, con la política sudafricana. El espíritu partidista fluye violentamente en El Cabo, y si hubo un partido holandés que buscaba la dominación más absoluta, hubo también un partido inglés violento, arrogante y carente de todo escrúpulo. La razia de Jameson, a pesar de que fue sin duda precedida de un enorme desgobierno, fue un gran desatino y al mismo tiempo un gran crimen. Nuestro Gobierno no tenía nada que decir, y los hombres que tomaron parte en esa incursión fueron procesados y castigados; pero una sección del público británico -vergonzosamente engañado por una parte importante de la prensa británica- adoptó una actitud hacia la incursión que, naturalmente, aumentó la profunda desconfianza hacia Inglaterra que ya existía en el Transvaal.”

Lecky tiene por seguro que Rhodes preparó y planeó dicha razia.

El veredicto de Herbert Spencer es corto y severo. Dice: “Después de haber prometido, a través de las palabras de dos Ministros para las Colonias, que no íbamos a interferir en los asuntos internos del Transvaal, procedimos a

insistir en ciertos acuerdos electorales, y en señalar a la resistencia como la excusa para una guerra desoladora.”⁶⁰

Pero el criticismo más agudo en respuesta a la Guerra de los Boers vino de la propia nación británica, cuando, tres años más tarde del final de la guerra, colocó con una poderosa mayoría las riendas del gobierno en manos de aquellos hombres que, como Campbell Bannerman, Lloyd George y Asquith, habían protestado enérgicamente en contra de la guerra y en contra de la manera en que ésta fue conducida. En su momento fueron denostados como “Inglesitos” y “Pro-Boers”.

Puede dudarse, con muy buenas razones, que estuviese de acuerdo con la voluntad de esa mayoría que Sir Edward Grey se convirtiera en Ministro de Exteriores del nuevo gabinete liberal.

⁶⁰ “Facts and Comments”, p. 89

CAPÍTULO XVIII

PERSIA

Un distinguido hombre público americano ha descrito la historia moderna de este país bajo el título “The Strangling of Persia”. Mr. Morgan Schuster estaba en la mejor posición -como ningún otro hombre- para dar un informe fiel e imparcial de los acontecimientos que él caracteriza concisamente con ese título.

En los esfuerzos por subyugar y explotar a Persia, y con esa finalidad arrojarla en la confusión y en la anarquía, Rusia jugó el papel de líder a lo largo de casi todo el siglo XIX. Gran Bretaña se vio arrastrada a Afganistán por su poder y dominio sobre la India, y en su momento obligada también a dirigir su atención hacia Persia. Bien pronto, en 1839, se desarrollaron violentos motivos de fricción, que llegaron a una declaración de guerra el 1 de noviembre de 1856. Lo que estaba en juego era la posesión de Herat (en Afganistán), que Inglaterra no quería que fuera para el Sha. Inglaterra - habiendo obtenido una rápida victoria- reclamaba desde entonces la exclusiva supremacía comercial en el Golfo Pérsico. A principios del nuevo siglo (1902-1907), la rivalidad entre Inglaterra y Rusia se fue agudizando, pero durante la confusión provocada por la revolución persa - inmediatamente seguida de una moderna constitución- se alcanzó un compromiso. El 31 de agosto de 1907, se firmó la convención Anglo-Rusa, que naturalmente equivalía, en su naturaleza y efectos, a la partición de Persia.

Sir Edward Grey defendió este tratado de compromiso ante la Cámara de los Comunes. Un periódico de Londres, que disfruta de gran respeto por su genialidad y franco coraje a la hora de criticar abiertamente cualquier acción de gobierno, tuvo esto que decir al respecto:

“Sir Edward Grey no sólo se ha enredado a sí mismo haciendo una defensa por completa gratuita de la acción que Rusia está emprendiendo, sino que ha sancionado y adoptado explícitamente los aspectos más reservados del compromiso anglo-ruso que están en la base misma de la agresión rusa. En la medida en la que los términos de ese tratado cuentan, ofrece la división de Persia en esferas económicas, dentro de las cuales cada potencia se

obliga a no competir con la otra por las concesiones. Nosotros nunca hemos pensado que ese acuerdo fuera compatible con la integridad de Persia, y siempre hemos argumentado que sería ampliado, y que debería ser ampliado, hasta una partición política. Por fin esto ha sido reconocido, y reconocido sin ninguna conciencia de que los términos del tratado han sido olvidados. La palabra ‘política’ ha sido sutilmente introducida por Sir Edward Grey para describir el carácter de los intereses particulares que cada potencia se reserva para sí en su propia esfera. Una vez que se usa esa palabra, se acabó la independencia de Persia y su reparto prácticamente se ha cumplido.

“Pero si un pequeño país puede ser invadido por una gran potencia tan sólo porque un oficial extranjero a su servicio se ha atrevido a escribir una carta razonada y contemporizadora al *Times*, en respuesta a los ataques editoriales de los semioficiales periódicos británicos y rusos, entonces es que debemos revisar todos nuestros conceptos sobre las relaciones internacionales... Es el cuento del lobo y la oveja, tan flagrante y cínico que uno apenas está animado a continuar analizándolo.”

Y en un segundo artículo, el mismo publicista hace las siguientes observaciones sobre el mismo asunto, observaciones que hoy en día son del máximo interés:

“A pesar de lo desastrosa e insensata que nosotros pensamos es esta política, no la tenemos por ininteligible. Es una consecuencia, y una de las peores consecuencias, de la *política europea de Sir Edward Grey*. Un principio simple y elemental la ha dirigido desde el principio -su temor a que este u otro poder pueda ser atraído hacia lo que el ha llamado ‘la órbita’ de la diplomacia alemana. Año sí, y año también, hemos estado pagando, principalmente con el patrimonio de otro pueblo, por la satisfacción de evitar que ciertos poderes lleguen a cualquier entendimiento íntimo con Alemania. El lado francés de la cuenta está representado por la transacción de Marruecos y sus secuelas. A Rusia le hemos dado carta blanca sobre la parte más grande de Persia. Fue un precio bien alto, lo sería por cualquier cosa.”

El autor resume su opinión sobre la política exterior inglesa en las siguientes frases:

“Nosotros estamos jugando un papel continental sin recurso continentales, y cuando una gran ambición se basa en medios inadecuados al final tiene

que resultar o bien la humillación de una rendición o bien el desastre de una derrota”⁶¹

⁶¹ The Nation

CAPÍTULO XIX

LA GUERRA MUNDIAL DE 1914

En la tarde del 2 de agosto el gobierno belga se encontró en la necesidad de decidir si tomaría partido por Alemania o por Francia. Pero la decisión de Bélgica había ya sido tomada mucho antes. Bélgica era un miembro de la *entente cordiale* entre Francia y Gran Bretaña.⁶² Esta *entente* significaba ostensiblemente una garantía de apoyo inglés a Francia. En realidad significaba que *Francia y Bélgica* habían llegado a ser instrumentos de la política inglesa. Bélgica era, en palabras de un escritor militar sueco, “el puesto avanzado del Reino Unido en el Continente”.⁶³ Jugó este papel disfrazada de Estado independiente cuya neutralidad había sido garantizada en 1839 por el concierto europeo, un concierto en el que Gran Bretaña tocaba el primer violín.

Confiado en el apoyo inglés y francés, el gobierno belga se posicionó a sí mismo en contra de la petición del gobierno alemán de que asumiera una neutralidad amistosa y permitiera la entrada de las tropas alemanas en territorio belga.

La frontera fue cruzada el 4 de agosto. El gobierno alemán tenía en su poder informes seguros sobre el proyectado avance de las tropas francesas a lo largo del Mosa, en el distrito de Givet-Namur -informes que dejaban pocas dudas sobre la intención de Francia de avanzar a través del territorio belga en contra de Alemania. El Imperio Alemán estaba en guerra con Rusia y Francia, y su aliada, Austria-Hungría, también contaba con la oposición de Serbia. En San Petersburgo -de acuerdo con un informe del *chargé d'affaires* belga para el Ministro *Belga* de Asuntos Exteriores- había la firme convicción, antes incluso del 30 de julio -la garantía sin duda había sido recibida- de que Inglaterra apoyaría a Francia. “Este apoyo -

⁶² Los documentos que prueban que Bélgica hacía mucho tiempo que había dejado de ser un Estado neutral han sido ahora (enero de 1915) publicados en un folleto que lleva el título “Die belgische Neutralität” (“La neutralidad belga”, por George Stilke, Berlín)

⁶³ Svenka Dagblad, 15 de octubre de 1914

escribe el comisionado belga- es de extraordinario peso y ha contribuido no poco a dar la ventaja al partido de la guerra.”

De todos los documentos que han llegado a ser conocidos referidos a la causa de la guerra, este es el que ilumina la situación más nítidamente.

La participación de Inglaterra en la Guerra Mundial era segura cualquiera que fuesen las circunstancias. Se daba por hecho, sin duda, porque a pesar de que Inglaterra era, en la *secuencia* de los acontecimientos, el último factor, era el primer factor en *ocasionar estos acontecimientos*. Ningún otro estado tenía un interés tan tremendo como el que tenía Inglaterra en pisar el poder alemán por medio de una coalición europea. Por esta razón la *neutralidad* de Inglaterra no podía haber sido asegurada a través de ninguna concesión, no incluso a través de la concesión de no violar la neutralidad *belga*.

Sólo cuando desea herirse a sí mismo un poder beligerante hace concesiones a un poder cuya hostilidad es segura.

Por esta razón seguramente el mensaje del 2 de agosto del Secretario de Estado expresaba que era “una exigencia para la misma preservación de Alemania anticiparse a un ataque por parte de Francia”. Pues tanto fundamento moral demandaba que la neutralidad belga no fuese violada, como también lo demandaba la posición de auto-defensa en contra de una poderosa coalición de estados en la que Alemania se encontró a sí misma, posición que no sólo justificaba, sino que incluso exigía, la ruptura de un tratado internacional que no era sino un arma en las manos de un enemigo que hubiese sido *enemigo bajo cualesquier circunstancia*.

Esta violación fue seguida inmediatamente por la declaración de guerra inglesa. El embajador británico fue “instruido para decir que el Gobierno de Su Majestad se siente obligado a dar todos los pasos a su alcance para defender la neutralidad de Bélgica y el cumplimiento de un tratado del que forma parte Alemania tanto como nosotros.” (Correspondence respecting the European Crisis, Cd 7467, N° 159)

Que Inglaterra en cualquier caso era el enemigo del Imperio Alemán se demuestra por el memorándum que el 2 de agosto -es decir, antes de cualquier decisión con respecto a Bélgica- Sir Edward Grey entregó al embajador francés. (Correspondence respecting the European Crisis, n° 148). En el que se dice: “Estoy autorizado a darle una garantía de que, si la flota alemana entra en el Canal o a través del Mar del Norte para

emprender operaciones hostiles en contra de las costas o los barcos franceses, la flota británica ofrecerá toda la protección a su alcance.”

En el telegrama en el que Sir Edward Grey comunicaba esta declaración al embajador británico en París se dice:

“Le advierto que hemos tenido que considerar muy graves problemas y los aspectos más difíciles, y que el Gobierno sentía que no podía obligarse a sí mismo a declarar necesariamente la guerra a Alemania si la guerra estallaba mañana entre Alemania y Francia, pero que era esencial para el gobierno francés, cuya flota había sido desde hace tiempo concentrada en el Mediterráneo, hacer sus preparativos en relación con su costa norte, enteramente desprotegida. Por eso pensamos imprescindible darles esta garantía. Salvo que la flota alemana tomase la acción indicada no nos ataba a ir a la guerra contra Alemania, pero daba a Francia la seguridad que necesitaba para hacer los preparativos con su propia flota mediterránea.”

Sin duda, habría sido más conveniente para Sir Edward Grey y sus amigos si ellos hubiesen podido estar seguros de la derrota de Alemania sin arriesgar un solo barco o cañón británico. Si ellos hubiesen podido dictar a Alemania la manera en la que debiera conducir la guerra, si ellos la hubiesen podido inspirar el temor a que el fracaso de su campaña era *seguro*, entonces, por supuesto, Inglaterra hubiese estado encantada de permanecer neutral, y habría llenado su boca con frases *cant* todavía más maravillosas de lo que lo está haciendo, sobre la libertad y la justicia, sobre su misión de proteger a las naciones más pequeñas -frases calculadas para confundir a aquellos que son lo bastante simplones como para no distinguir al disfrazado lobo de la caritativa oveja.

Las verdaderas razones de estado ni siquiera en Inglaterra permanecerán ocultas para siempre.

Ocultas no lo han estado por completo nunca. Antes de que el Gabinete alcanzase su decisión, las voces de los hombres más importantes se habían alzado oponiéndose a una guerra a favor de Serbia y Rusia y en contra del Imperio Alemán y Austria. Uno tan sólo necesita recordar los encendidos artículos del *Manchester Guardian*, del *New Statesman*, e incluso de la ministerial *Westminster Gazette*. Recordar la declaración de los profesores de Oxford, que consideraban esa guerra un crimen en contra de la cultura; sobre todo puede traerse a colación la renuncia de los tres miembros del Gabinete, Morley, Trevelyan y Burns, cada uno de ellos con un nombre cuyo peso excedería al de una docena de Churchills y Greys si la genialidad y la altura de miras políticas pudiesen ser sopesadas. Puede traerse a la

memoria el manifiesto del Partido Laborista Independiente, que declaró con palabras claras y veraces: “Inglaterra no está en guerra por defender a las naciones oprimidas o en apoyo de la neutralidad belga.” Recuérdese la valiente intervención del honrado líder laborista escocés, Keir Hardie, en la Cámara de los Comunes. Además la proclamación del antiguo líder del Partido Laborista, Ramsay Macdonald, y el manifiesto, ya citado, de Bernard Shaw (*Common Sense About the War*). Y finalmente, H. N. Brailsford ha llamado recientemente la atención sobre el hecho de que el informe del *chargé d'affaires* belga en San Petesburgo, del que ya hemos dicho que es el que mejor aclara toda la situación, ha sido censurado por completo en Inglaterra. Brailsford dice: “Una palabra podía haber sido dicha que hubiese preservado la paz, una palabra de Inglaterra a Rusia –‘Si tú te movilizas contra Alemania antes de que todos los recursos diplomáticos hayan sido agotados, te consideraremos como el agresor y no utilizaremos ni un solo hombre ni barco para ayudarte.’. Sir Edward Grey no pronunció tal palabra.”

Sir Edward Grey no podía decir esa palabra porque tenía el íntimo deseo de que Alemania fuese forzada a ir a la guerra, incluso a pesar de que le hubiese complacido más que Alemania sufriese una severa derrota sin la ayuda británica. Como él y sus socios creían que sólo con la ayuda británica se podía asegurar esa derrota, prometió esa ayuda, pues no estaba en posición de formular una condición bajo la cual Alemania podía haberse asegurado la neutralidad de la Gran Bretaña.

Nuestra consideración de la historia inglesa moderna nos enseña a caracterizar al pueblo inglés como un auténtico Epimetheus. No hay un solo momento en el que no pueda decirse a sí mismo: “La lamentable ilusión se desvanece como la niebla”.⁶⁴ La vergüenza y el arrepentimiento ocuparon su lugar. El inglés cultivado piensa con vergüenza en la piratería, el asesinato y el delito que han fundamentado su imperio colonial. Recuerda con vergüenza y arrepentimiento el comercio de esclavos, celebrado en su tiempo como el pilar del imperio. Sabe que la conquista de la India se hizo por caminos pavimentados con la traición y las promesas rotas, con toda suerte de crueldades; sabe que el maltrato sistemático causó la pérdida de las Trece Colonias, que se unificaron en torno a las Barras y Estrellas, y que el mismo espíritu comercial mezquino motivó que sus antepasados tomaran partido por los emigrantes en contra de la República Francesa. Incluso los seis profesores de historia moderna de Oxford, con su

⁶⁴ Epimetheus, en “Pandora”, de Goethe

flojo conocimiento de la historia, saben que Inglaterra cometió una grave injusticia contra de Dinamarca en 1806. Sólo con el más amargo remordimiento cada hombre ilustrado de Inglaterra recuerda la catástrofe en Afganistán de 1837-41; El sólo nombre de la Guerra del Opio trae a la memoria la vergüenza y el reproche duradero. ¿Y la Guerra de Crimea? Hemos visto que no hay ahora una sola persona inteligente que la defienda, no importa cuán grande fue el júbilo con la que fue recibida, y que ese júbilo se haya hundido en las profundidades del odio. Tan sólo unos pocos conocen el despotismo con el que se conservaron los pequeños estados de las Islas Jónicas y Jamaica, pero nadie familiar con los hechos se atreverá a declarar que Inglaterra allí defendió el derecho, o incluso la libertad. Sólo con repugnancia el inglés de hoy se permite a sí mismo que se le recuerde que sus padres y abuelos estuvieron al lado de los propietarios de esclavos y en contra de Lincoln, mientras que toda Alemania -que entonces incluía Austria- ni por un instante dudó de sus simpatías, y en los mismos Estados Unidos miles de hombres alemanes y jóvenes tomaron entusiásticamente las armas en contra de la institución de la esclavitud. Que la sublevación de la India se debió a la grave culpabilidad de la East India Company y del gobernador que la mandaba es un hecho histórico como demuestra la disolución de esta compañía que siguió inmediatamente.

Los informes sobre acontecimientos de tiempos más modernos -la conquista de Egipto, el bombardeo de Alejandría, el sangriento veredicto en contra de los campesinos de Denishwai, la guerra de los Boer, y el estrangulamiento de Persia- no son todavía definitivos. Pero incluso ahora requiere un gran descaro afirmar que esos acontecimientos, en la medida en que han llegado a ser conocidos, acrecientan el honor de la política mundial inglesa. Bien se puede decir, también respecto a estas urdidas maquinaciones y campañas, que un sentimiento de vergüenza y penitencia ha venido a ser casi universal entre las personas honradas del Reino Unido.

Hay, por tanto, adecuadas razones para creer que este sentimiento en relación con las causas de la actual Guerra Mundial continuará aumentando y alcanzará gradualmente una altura consonante con la terrible magnitud de estos sucesos.

De todo lo que ha sido hasta aquí presentado de manera desprejuiciada, basado en el testimonio de importantes y reconocidos escritores ingleses, podemos extraer la conclusión de que la conciencia del pueblo inglés, cuando sea desafiada a dar un veredicto sobre la política mundial inglesa y

sus motivaciones, no podrá evitar encontrarlas culpables y sentenciarlas a perpetua condenación.

CONCLUSIÓN

Cuando Teseo vino a Creta, el Minotauro fue conducido a su presencia.

“Tú has devorado niños pequeños y jóvenes”, Teseo dijo.

El Minotauro tembló.

“Yo devoré a los niños por amor”, contestó.

“¿Y a los jóvenes?”, preguntó Teseo

“A los jóvenes por motivo éticos”

Teseo sacó su espada y cortó la cabeza del monstruo.

El Minotauro de los tiempos modernos es la política mundial británica.

BELICISMO INGLÉS Y PARLAMENTARISMO INGLÉS

UN COMENTARIO SOCIOLOGICO SOBRE EL LIBRO DE
FERDINAND TÖNNIES (1915) *WARLIKE ENGLAND AS SEEN
BY HERSELF.*

Carlos Allones Pérez (USC)⁶⁵

⁶⁵ Dedico estas páginas a honrar la memoria de Mijaíl Gorbachov (1931-2022)

*Por lo tanto, Harry,
mantén siempre sus mentes ocupadas
con guerras extranjeras, para que los hechos
que transcurren en sitios muy remotos
disipen los recuerdos del pasado.*

Shakespeare (1598): *Enrique IV, parte II*

Dejemos a los historiadores ingleses y norteamericanos la réplica a las interpretaciones que el libro de Tönnies ofrece sobre las distintas guerras inglesas. A nosotros nos parecen en general bastante verosímiles, basta pensar en la ristra de guerras que Inglaterra y los USA (sus descendientes contemporáneos) han protagonizado desde el año 1915 de publicación del libro del sociólogo alemán. Cito de memoria:

1ª Guerra Mundial

2ª Guerra Mundial

Guerra Fría / NATO

Guerra de Corea

Guerra de Vietnam

Guerra de las Malvinas

Bombardeo de Panamá City

Bombardeo de Sarajevo

Guerra de Irak

Guerra de Afganistán

¿Guerra de Ucrania?

¿Guerra de Gaza?

Bombardeo de Irán

Por nuestra parte no estamos habilitados como historiadores y nada valioso podríamos aportar a la discusión historiográfica. Pero como sociólogos, en cambio, sí que hemos analizado cómo se engendran en las asambleas políticas las grandes ideologías electoralmente exitosas -en nuestro libro de 2021ⁱ. Y es que nosotros vemos al belicismo inglés originado en el propio parlamento de Westminster, en ese *Rex in Parlamento* al que analizaremos como una asamblea política más.ⁱⁱ

I

Recordemos aquí apresuradamente los pasos que nosotros vemos en el engendramiento de cualquier *-ismo* político:

* Tiene que haber una situación real, objetiva, que afecte a un colectivo, bien porque se encuentra en efecto privado de sus derechos o bien porque se encuentre amenazado de perder sus privilegios.

En la situación real, hay objetivamente un colectivo agraviado (Nosotros), y otro colectivo (ellos), objetivamente beneficiado.

Esto sucede en el plano real. Es algo que existe, con lo que tropiezas todos los días, lo quieras o no, sí o sí. Algo que ocurre *donde tienes los pies*, por así decirlo -lo indicamos con un asterisco *

Pero ahora se desencadena aquello que te viene a la cabeza, *a donde se te va la cabeza*, el plano discursivo, siguiendo estos pasos:

1. Indignación moral.

Muchas personas del colectivo afectado sienten una indignación de carácter moral por la situación objetiva en la que se ven obligados a vivir. No se trata de conveniencia personal -de si a mí me va bien o me va mal- sino de una genuina indignación por la situación social general en la que vivimos *todos*.

2. Aumento de conversaciones

Sea presencialmente o con mediaciones tecnológicas cualesquiera (panfletos, ensayos, poesía, prensa diaria, radio, TV, redes sociales, etc. etc.) esos indignados se vuelven muy, pero que muy parlanchines, en la expresión de su indignación moral ante la situación real vivida, no hacen otra cosa que hablar de sus sentimientos morales, una y otra vez, todo el día hablando de lo mismo con todo el mundo... Chocan muchas veces con la indiferencia de la mayoría, y con la hostilidad de muchos, pero no cesan en su verbalización reivindicativa, precisamente por estar engendrada moralmente.

Está emergiendo una opinión pública política, más activa desde luego para los colectivos afectados, pero también empieza a extenderse más allá de estos.

3. Asamblea

Llegó el momento clave: esos indignados se reúnen presencialmente en un recinto cerrado. Y ahí suceden tres procesos distintos entre ellos pero que se retroalimentan entre sí.

3.1 Determinadas opiniones fidelizan públicos y esos públicos eligen esas opiniones.

Si yo me levanto en una asamblea y expreso una opinión que no encuentra *quorum*, esa opinión mía es una opinión privada que yo he hecho pública, pero no es una opinión pública. Es la asamblea la que otorga validez pública a determinadas opiniones, negándosela a otras.

Al igual que en un concierto de rock esperamos hasta el final para oír las canciones que nos han hecho pagar la entrada, de igual manera hemos acudido a la asamblea para que se nos diga en alto lo que queremos oír, lo que ya sabemos de sobra.

Y ello porque cuando hablamos desde la 1ª persona del plural, desde el *locus* del Nosotros inclusivo, ese Nosotros que me incluye a Mí, lo que decimos a muchos, esos muchos me lo están diciendo a Mí, me entra por ello mucho más adentro, hasta las tripas, llenándonos de superioridad moral

a los que estamos aquí reunidos, frente a Ellos, los de enfrente, esos que nos tratan tan injustamente.ⁱⁱⁱ

3.2. La asamblea decanta un *slogan* movilizador, un grito de guerra.^{iv}

Es un *fragmento lingüístico* afortunado, que cuenta inmediatamente con el entusiasmo de la asamblea, y ello porque de manera metonímica (señalando el todo por una de sus partes) consigue una inversión puramente simbólica de la injusticia sufrida, otorgándonos a Nosotros, los aquí reunidos, la superioridad moral sobre Ellos, aquellos que han provocado la situación de la que somos las víctimas.

Ese slogan no tiene que ser ni demasiado verdadero ni demasiado falso -de hecho, difícilmente resistirá un análisis riguroso de su construcción conceptual-, pero no se trata de eso, lo que sí tiene que ser es movilizador, capaz de involucrar a muchos en la lucha política que se pretende desencadenar y extender.

3.3. En la asamblea aparecen líderes carismáticos, aquellos más predispuestos por su carácter a la acción.

Son carismáticos por gracia o inspiración, por su facilidad de acceso y conexión con el sentir común, subconsciente, transversal de los asambleados. Individuos que mejor exaltan y encandilan con sus palabras (cual flautista de Hamelin), pero todavía más con sus gestos, a los aquí reunidos, que se hacen con el poder movilizador, activista, militante, arrastrando a los demás, que se rinden a su jerarquía.

** Pero ahora hay que disolver la Asamblea, volver al día a día en donde se sufre la situación que se quiere revertir o al menos aminorar. Hay que abandonar el plano discursivo, y volver al plano de la realidad objetiva, en donde chocas una y otra vez con el privilegio ajeno, que te excluye, o con la pérdida del privilegio propio, que dabas por hecho. Tienes, lo quieras o no, sí o sí, que poner los pies en la tierra, si quieres cambiar las cosas.

Comienza la lucha política, donde todo vale: difamación, propaganda, privación de bienes, privación de libertad, tortura, privación de la vida, victorias electorales, guerra, etc. etc.

Y se abren dos posibilidades: cualquier victoria, por mínima que sea, alimenta todos estos pasos que hemos visto, reforzando sobre todo la indignación moral que los engendra. Entonces son muchos los que se apuntan a esa lucha política, a la que en principio eran más bien reticentes.^v

Por el contrario, las derrotas coyunturales, y ya no digamos estructurales, debilitan la indignación moral, dando paso a una resignación *instrumental* ante los hechos consumados de la situación sufrida... “¡Qué quieres que te diga! ¡Tienes toda la razón! ¡Pero el mundo es así, no lo he inventado yo!”

II

Apliquemos pues este esquema, estos pasos, a Westminster, a esa asamblea política, la más señera y exitosa de todas ellas, y en muchos sentidos, madre de todas las demás.

*Las propias aventuras guerreras en el exterior, ya inauguradas en Francia al poco de la Conquista Normanda de la Isla (1066), pero recurrentes a lo largo de la historia inglesa, dan lugar a las injusticias resentidas por Londres ante la rebelión ocasional de los *foreigners* a los que somete.

Sea la pérdida de Normandía, la rebelión de las colonias norteamericanas, la guerra de los Bóer, la pérdida de Menorca, el terrorismo sionista, la guerra de las Malvinas, la obligada devolución de Hong-Kong, etc. etc. Siempre la asamblea de Westminster se encuentra en situación de agravio, por pérdida de los privilegios que se venían históricamente detentando.

1. Una vez izada la bandera, comprometidos el honor, la prosperidad y la seguridad de la patria, la indignación moral ante semejante agravio, no se puede contentar con menos que con una respuesta bélica: lo que a fuego se ha conquistado, a fuego ha de ser mantenido.
2. Si antes eran los Barones, *more normannico*, los que encabezaban la belicosidad, excluyendo del protagonismo a los Comunes -a los que llamaban para financiar *sus* guerras-, sin necesidad de ningún rearme

moral, por el impulso caballeresco medieval *itself*. Ahora, después de Cromwell, sí que se necesita una argumentación moral para esas guerras exteriores (que tanto ayudan a la paz interior). Y así, aquellos antes excluidos, los Comunes, y precisamente por haber sido excluidos *ab ante*, abrazarán con el mayor entusiasmo *parvenu* un proceder también belicista, pero ahora con una diferente justificación: el Parlamento *mismo*, el orgullo de haber institucionalizado la conversación entre opiniones públicas, el gobierno representativo, la superioridad moral que otorga tal gobierno, único en el mundo durante siglos y siglos.

3. ¿Pero qué es Rex in Parlamento? Ese gran *tool*, esa gran herramienta de gobierno, insuperable en tantos aspectos, incluso en el sentido más universal y genuino, pues genial es esa invención inglesa, eso de otorgar a los propios dominados la elección de los gobiernos a los que han de someterse, un auténtico *breakthrough*.^{vi}

El Rey, obligándose a hablar, obliga a hablar a todo el mundo. De ahí la impresionante capacidad deliberativa, racionalizadora de la política de Westminster. Su incuestionada legitimidad: ya que verdadero trasunto, espéculo, de las jerarquías sociales realmente existentes. Sus funciones legislativas, ejecutivas, judiciales, ahí depositadas, agrupadas institucionalmente ya desde 1295, originando una inmejorable homogenización y centralización administrativa. Su eficacísima capacidad recaudatoria fiscal, una vez ahí aprobada, perfectamente ejecutada. La exigencia meritocrática, de profesionalidad, de resultados, a todos los estamentos y clases de Inglaterra, ¡y al mismísimo Rey! (sobre todo en la logística que prepara y gana las guerras). La transparencia y formalidad en su proceder, con su documentación guardada y hecha pública, accesible desde su primera hora.^{vii}

Rex in Parlamento cautiva desde el primer momento el imaginario colectivo inglés, difundiendo y volviendo *sacrosanta* en toda Inglaterra la opinión de Westminster.^{viii}

Inigualable órgano de propaganda política (volveremos sobre esto).

Pero vayamos a los tres aspectos de toda asamblea política recíprocamente referenciados que antes señalábamos, y veamos cómo se han comportado históricamente, o mejor dicho, *trans-históricamente*, en el caso inglés de Rex in Parlamento:

- 3.1. A nosotros, como a Tönnies (1915), tan solo nos ocupa aquí la Política Exterior inglesa, esa que simboliza la persona del Rey, y en realidad la única que es capaz de agrupar al unísono todos los sectores sociales de la Isla tras las decisiones reglamentariamente tomadas en Parlamento.

Ya hemos dicho que la dominación feudal de los normandos sobre los anglosajones, *excluidos* matrimonialmente con todo rigor por aquellos (Searle 1980), hizo precisamente que estos, a través de los Comunes, particularmente a la hora de la guerra, abrazasen con el mayor entusiasmo las guerras *abroad* -sobre todo porque los burgueses vieron en la financiación fiscal de dichas guerras, desde el primer momento en 1295 en que fueron convocados a Parlamento, la vía más clara y directa para lograr las políticas comerciales expansivas que les enriquecían como tales clases burguesas, sobre todo londinenses -a través de las *common petitions* (Reyner 1941)^{ix}.

Ante la guerra, en los *foreign affairs, abroad*, Rex in Parlamento, aunque jerárquicamente segmentado en su interior -en realidad, en sus orígenes, consiste en tres sub-asambleas, excluyentes entre sí, y recíprocamente referidas: el Rey y su Consejo; los Obispos y Magnates; los Hidalgos y Burgueses-, vibra fácilmente al unísono (aunque por su genuina condición deliberativa, racionalizadora, no lo hace nunca *de buenas a primeras*).

- 3.2. ¿Y cuál es el slogan, el grito de guerra inglés por excelencia? ¿Cuál es el fragmento lingüístico que garantiza su arrogancia moral en todas las empresas bélicas que emprende? Bien fácil es localizarlo, “*los ingleses siempre hemos sido libres*”, la referencia a la historia parlamentaria única de su país.

Pues así como todo imperio se arroga superioridad moral, *civilizatoria*, sobre los pueblos violentamente conquistados (los egipcios, la superioridad del patriarcado sobre cualquier

parentesco matrilineal; los romanos, la soldadesca administrativa, legalizada; los españoles y portugueses, el catolicismo romano), los ingleses todo lo han hecho (y así lo siguen haciendo sus sobrinos norteamericanos) en nombre de la superioridad moral, civilizatoria, que encarna el Gobierno Representativo.

Convierten así al Parlamento en un auténtico *Anillo de Giges*, que todo lo invisibiliza, que todo lo justifica, que todo lo blanquea, que blanquea las mayores barbaridades y fechorías históricas (y no son pocas, la ristra es inacabable, y sigue hoy en día) en su nombre cometidas...

3.3. ¿Y cuáles son los Grandes Hombres ingleses? ¿Sus líderes carismáticos? En lo que aquí nos atañe, Pitt, Palmerston, Cobden, Disraeli, Wellington, Moore, Nelson, Napier, etc. etc. En la catedral de San Pablo o en la Abadía de Westminster en Londres se hallan todos ellos reunidos... En la habilidad política, en la guerra, aquellos que tanto han destacado, dentro y fuera de las fronteras de la Isla, descansan allí, en suelo anglicano.

** Ya en el plano real, el gran éxito de los ingleses en las grandes guerras se traduce también en su expansión económica. Pues es sabido, “wealth follows the flag”^x. (La tercera guerra contra la Holanda protestante del siglo XVII ya fue estrictamente imperial, comercial, como lo serán ya todas las declaradas a partir de entonces por iniciativa de los Comunes... aunque eso sí, convenientemente simbolizadas por el honor de la Corona y protagonizadas por los etonianos detentadores actuales de las baronías, ejercidas siempre *more normannico*)^{xi}

En algunos casos preponderarán en sede parlamentaria las decisiones belicistas, en otros las económicas... Pero, en el caso inglés (Tönnies 1915: 41-43), ¿son distintas? ¿acaso no van siempre juntas?^{xii}

III

Hasta aquí la aplicación a Rex in Parlamento del esquema desarrollado por nosotros para analizar los grandes -ismos ideológicos (Allones Pérez 2021) ... ¿Pero en que se manifiesta todo esto, aparte de las incesantes e

innumerables guerras inglesas denunciadas por el libro de Tönnies de 1915, y aquellas otras anglo-norteamericanas posteriores al mismo?

Pues aparte de esa interminable ristra de guerras, protagonizadas por England y los USA en los siglos XX y XXI, *consecuenciales* las unas con las otras, también se manifiesta en la incapacidad cultural de los ingleses de *sentir* las culturas antiguas, tradicionales, pre-modernas, “of whose richness and subtlety they have no conception” (Forster 1926)^{xiii}.

Los ingleses cuando viajan siempre están juntos, enrocados entre ellos, en realidad nunca salen de Inglaterra, raramente se mezclan con las poblaciones *nativas*, extra-europeas, con las que entran en contacto (e incluso tampoco con las europeas occidentales no inglesas).

Para nosotros la explicación sociológica de dicha alienación (pues así debe llamársela), reside en *la espiral de silencio* que ha atrapado a las clases medias inglesas como resultado inevitable de su recurrente éxito bélico. Es eso mismo a lo que Tönnies (1915: 15-17) se refiere como *cant*, una palabra de difícil traducción, pero que podríamos definir como la imputación de superioridad por los ingleses de a pie.

Ese *cant*, esa arrogancia moral inglesa, es ya cultural, se trata de lo que los franceses llaman *méconnaîtrai*: un término que señala cuando desconoces algo no porque lo ignores, sino porque *rehúsas* conocerlo. Y aunque Jesucristo perdonó en la Cruz a “los que no saben lo que hacen”, tuvo que perdonarlos, es decir, los consideraba culpables, *porque deberían saberlo*. Pues como resultado de la violencia simbólica de Westminster (como de cualquier otra asamblea política), viene a continuación la violencia colectiva física directa, es decir, la guerra, las muertes de niños inocentes, las vidas truncadas, las mentiras, los robos, las bellas ciudades reducidas a escombros ... ¡y de eso ya sabemos mucho, sabemos ya demasiado! Lo estamos aprendiendo en Europa con sangre en este siglo XXI, seguimos aprendiéndolo, como ya lo aprendimos a lo largo del siglo XX, ¡y de todos los siglos anteriores!^{xiv}

POST SCRIPTUM

Dichosos los que eligen ser pobres,
porque éstos tienen a Dios por Rey.

Mateo 5,3^{xv}

Pero dejemos aquí el comentario estricto al libro de Tönnies de 1915, y digamos algo ya por iniciativa propia, sobre la extensión, replicación del *modus operandi* inglés, capitalista ∫ parlamentario, al resto de los países occidentales, y aún más allá.

Los países agrupados en la OTAN, bajo la égida anglo-norteamericana, explotamos sin misericordia los territorios y las poblaciones que exige la ampliación de nuestro modo de vida *colonial*. Y no harán otra cosa tampoco las emergentes clases medias chinas, que no dudarán en recurrir a la violencia política y militar ante cualquier obstáculo geoestratégico que se oponga a su expansión material... (¡Eso si una guerra nuclear no acaba antes con todos nosotros!).

¿Y total *para qué*? ¿Para seguir consumiendo? ¿Para ver a nuestros hijos sin infancia, a nuestras mujeres sin maternidad, a nuestros hombres sin patriarcalidad?

¿Pero cómo salir de este *laberinto de muerte*?

Aquí - *¡y una vez descartado todo lo demás!* – no me queda otra que referirme a las experiencias de Yunus montando empresas sociales, unas empresas a las que define en estos términos:

“¿Por qué dividendos? Tal y como ya he explicado, defino las empresas sociales como empresas que no generan ni pérdidas ni dividendos. Danone estuvo completamente de acuerdo con este planteamiento, pero, en el último instante, añadimos al Memorando de Entendimiento (entre las dos

organizaciones) la provisión de un dividendo simbólico del 1%, como reconocimiento público de la propiedad de la empresa y para que Danone pudiera reflejar una cifra en la línea adecuada de sus libros de contabilidad. (Ahora, con la experiencia y habiendo tenido la oportunidad de reflexionar más sobre ello, me decanto por eliminar la cláusula del dividendo y que la empresa no pague dividendo alguno. Si Danone accede, lo haremos así, para que la empresa coincida con la definición de ‘empresa social’ tal y como yo mismo la he formulado: sin pérdidas y sin dividendos.)” (Yunus 2008:138)^{xvi}

(*faute de mieux*, mejor dejarse explotar uno mismo que explotar a los demás...)

... ¿Pero de dónde va a salir la energía psíquica necesaria para tamaña renuncia personal y colectiva? Pues de donde menos se lo espera el jactancioso individualismo moderno: de la propia sociabilidad *distintiva* que se iría engendrando, generación tras generación, entorno a esas nuevas empresas post-capitalistas.

Porque esto es lógico: *sí* el capitalismo, *y tan sólo* el capitalismo, ha sido históricamente capaz de desplazar al ejercicio de la maternidad a la periferia social, y aún al ostracismo social, su *cancelación* (Spencer-Brown 1999: 5)^{xvii}, la cancelación del comercio con el trabajo ajeno, a medida que se produzca, volverá a situar poco a poco a la maternidad en el eje, en el centro de gravedad de la vida social -en el *locus* macroestructural que le corresponde, y del que nunca debió haber sido arrancada.

De modo que poco a poco, *sin pretenderlo siquiera*, la producción industrial post-capitalista irá orientando cada vez más la vida social hacia la maternidad, engendrando con ello una sociabilidad trans-generacional mucho más reconciliada que la que pueda ofrecer el capitalismo.^{xviii}

BIBLIOGRAFÍA

ⁱ CARLOS ALLONES PÉREZ (2021): *Liberalismo, nacionalismo, socialismo, feminismo. Una interpretación sociológica*. Madrid: Ediciones La Catarata

ⁱⁱ De hecho, estas páginas pueden ser leídas y consideradas como una mera *addenda* al citado libro.

ⁱⁱⁱ Sobre el *locus* desde donde se construyen los pronombres personales, véase AGUSTÍN GARCÍA CALVO (1979): *Del lenguaje*. Zamora: Lucina

^{iv} **slogan**. war-cry, battle-cry XVI. (first in Scandinavian use: *slog(g)orne, sloghorne, slughorne*); party cry or watchword XVIII. -Gaelic *sluaghghairm*, formed by *sluagh* (host) (= Old Irish *sluagh*, West *llu*) + *gairm* shout, cry. - C. T. ONIONS Ed. (1966): *The Oxford Dictionary of English Etymology*. Oxford at Clarendon Press

^v Así interpretamos nosotros el concepto de *espiral del silencio* de Noelle-Neumann. ELISABETH NOELLE-NEUMANN (2011): *La espiral del silencio*. Barcelona: Paidós.

^{vi} Sobre el encadenamiento de circunstancias históricas que obligaron a los reyes ingleses a la convocatoria sistemática de parlamentos, puede verse:

CARLOS ALLONES PÉREZ (2018): English Breakthrough, en “One Sociological Approach to Some Classic Themes of English Political Economy”. *Nómadas: Critical Journal of Social and Juridical Sciences*. ISSN-e 1578-6730, nº 54, pp 26-60. Universidad Complutense de Madrid.

^{vii} ¿Nacen ahí los dramas históricos de Shakespeare? Sí, Rex in Parlamento, con toda su ceremonia, es un gran escenario teatral. (El entierro de Isabel II, mundialmente televisado, ¡duró 7 días!)

^{viii} En torno a 1325 aparece en Londres un escrito anónimo llamado *Modus Tenendi Parliamentum* en el que se refleja el prestigio y el grado de institucionalización alcanzado ya por entonces en Inglaterra por ese modo asambleario de gobierno.

^{ix} ELEANOR SEARLE (1980): Women and the legitimation of sucession at he Norman Conquest. *Social Science Working Paper*. 328. California Institute of Technology.

DORIS RAYNER (1941): The Forms and Machinery of the ‘Common Petition’ in the Fourteenth Century. Parts I and II. *The English Historical Review*, vol. 56, nº 222, pp 198-233 y nº 224, pp 549-570

^x STEPHEN SAUNDERS WEBB (1979): *The Gubernors-General. The English Army and the definition of the Empire, 1569-1681*. University of North Carolina Press. p. 436

^{xi} “En 1913 los estudiantes de Oxford no llegaban a los 3.000, y cerca de 2.700 murieron en la I Guerra Mundial (...) En la tradición británica, un joven oficial de clase

alta es responsable de las vidas de sus soldados. Una relación paternalista, sin duda, pero genuinamente responsable.”

SIMON KUPER (2022): *Chums*. London: Profile Books, on-line edition. p. 120

^{xii} En 1770, JACQUES-ANTOINE-HIPPOLYTE DE GUIBERT, conde de Guibert, publicaba en Londres su *Essai général de tactique, précédé d'un Discours sur l'état actuel de la politique et de la Science Militaire en Europe*. Chez les Libraires Associés, en donde puede leerse:

“Pero supongamos que un pueblo vigoroso, dotado de ingenio, recursos y gobierno, surgiera en Europa; un pueblo que combinara virtudes austeras y una milicia nacional con un plan fijo de expansión, *que no perdiera de vista este sistema*, y que, capaz de librar la guerra a bajo coste y subsistir gracias a sus victorias, no se viera obligado a deponer las armas por cálculos financieros. Veríamos a ese pueblo subyugar a sus vecinos y derrocar nuestras débiles constituciones, como el viento del norte doblega los frágiles juncos.” (pp XVII-XVIII) [traducción y cursivas nuestras]

Si bien el texto de Guibert ha sido considerado, con toda razón, una portentosa premonición de la ‘nación en armas’, que habría de convertir en realidad la Grande Armée de Napoleón, el malogrado y visionario conde era bien consciente de que, a su manera *unique*, Inglaterra era el país que más se aproximaba a tal sistema -pues no en vano los Comunes son desde 1295 parte institucional de su gobernabilidad.

Tal vez por esa razón (entre otras) Guibert prefirió editar su libro en francés, sí, pero *no* en Paris, sino en Londres.

Por lo demás, los ingleses trasplantados a América no cambiarán ese sistema, ese *modus operandi*, sino que lo llevarán a sus últimas consecuencias:

FREDERICK J. TURNER (1958): *The Frontier in American History*. New York: Henry Holt and Co.

^{xiii} E. M. FORSTER (1926): Notes on the English Character. *The Atlantic*, January Issue.

Por eso la BBC se pasa el día demonizando sistemáticamente a las culturas actuales de China, de Irán, de India, de Irak, de Egipto, es decir: a las cunas civilizatorias más antiguas y respetables. (Pero eso sí, los museos y las instituciones inglesas las coleccionan y estudian minuciosamente).

^{xiv} Sobre el concepto de ‘méconnaîtraï’, ÁNGEL BARAHONA (2024): *La guerra perpetua. Apocalipsis y Redención*. Madrid: Ediciones Encuentro

Esa manera *cant* de hablar, resultado del compulsivo esfuerzo inglés por el refinamiento de su habla, *polite*, no es sino la expresión verbal de la misma exclusión *more normannico* de siempre, *trans-histórica*, pero ahora ya culturalmente asumida y ejercida también por las clases medias inglesas.

Esa difusión por ósmosis del habla *cant* entre la ciudadanía inglesa, no es, desde luego, un asunto menor, pues hizo posible a lo largo del siglo XIX ni más ni menos que la ampliación del sufragio. Esta ampliación no podría haberse concedido si hubiese puesto en peligro la identificación colectiva con el Proyecto Imperial. Salvado magistralmente ese peligro - ¡véanse sino las cautelas que se tomaron a lo largo de 100 años para dicha ampliación! - pudo entonces sustraerse *de facto* a la opinión pública, y aún al Parlamento, el debate sobre *el por qué* la nación vive desde hace siglos en estado de guerra permanente, que allí se tiene por natural, inevitable, o dado por hecho. Y así hasta hoy.

Sobre *cant* como un comportamiento ya normativo entre los ingleses:

SIDNEY WHITMAN (1887): *Conventional cant. Its results and remedy*. London: Kegan Paul, Trench and CO.

JOAQUIM PEDRO DE OLIVEIRA MARTINS (1893): *A Inglaterra de Hoje*. Lisboa: Antonio Maria Pereira Editor

Y sobre los comportamientos represivos concomitantes:

TARU HAAPALA (2017): The Oxford Union Debate on War in 1933: Rethoric, Representation, Political Action. *Journal-Redescriptions*. Manchester University Press, Vol. 20, nº 1. pp 68-84

^{xv} L. ALONSO SCHÖKEL y JUAN MATEOS (1975): *Primera lectura de la Biblia*. Madrid: Ediciones Cristiandad

^{xvi} MUHAMMAD YUNUS (2008): *Un mundo sin pobreza. Las empresas sociales y el futuro del capitalismo*. Barcelona: Paidós

^{xvii} GEORGE SPENCER-BROWN (1999): *The Laws of Form*. Joh Bohmeier Verlag

^{xviii} CARLOS ALLONES PÉREZ (2019 [1999]): *Family and Capitalism: A Linguistic and Political Study*. Universidad de Santiago de Compostela, Edición on-line. Traducción de Paul Cassidy.

CARLOS ALLONES PÉREZ (2025): “Human biology and kinship” in *The nucleus of the Family and Industrial Capitalism*. pp 1-5; 7-12; 15. Repositorio Minerva de la USC.

URI: <https://hdl.handle.net/10347/40123>